



UNIVERSIDAD
DE MURCIA

Escuela
de Doctorado

TESIS DOCTORAL

*Polarización afectiva en España. Sesgos y
disposiciones cognitivas diferenciales: percepciones
erróneas, distanciamiento relacional y partidismo
negativo*

AUTOR/A José Miguel Rojo Martínez

DIRECTOR/ES Ismael Crespo Martínez

2025



UNIVERSIDAD
DE MURCIA

Escuela
de Doctorado

TESIS DOCTORAL

*Polarización afectiva en España. Sesgos y
disposiciones cognitivas diferenciales: percepciones
erróneas, distanciamiento relacional y partidismo
negativo*

AUTOR/A José Miguel Rojo Martínez

DIRECTOR/ES Ismael Crespo Martínez

2025



DECLARACIÓN DE AUTORÍA Y ORIGINALIDAD DE LA TESIS PRESENTADA EN MODALIDAD DE COMPENDIO O ARTÍCULOS PARA OBTENER EL TÍTULO DE DOCTOR/A

Aprobado por la Comisión General de Doctorado el 19 de octubre de 2022.

Yo, D. José Miguel Rojo Martínez, habiendo cursado el Programa de Doctorado en Ciencia Política y Administración Pública de la Escuela Internacional de Doctorado de la Universidad de Murcia (EIDUM), como autor/a de la tesis presentada para la obtención del título de Doctor/a titulada:

Polarización afectiva en España. Sesgos y disposiciones cognitivas diferenciales: percepciones erróneas, distanciamiento relacional y partidismo negativo

y dirigida por:

D. Ismael Crespo Martínez

DECLARO QUE:

La tesis es una obra original que no infringe los derechos de propiedad intelectual ni los derechos de propiedad industrial u otros, de acuerdo con el ordenamiento jurídico vigente, en particular, la Ley de Propiedad Intelectual (R.D. legislativo 1/1996, de 12 de abril, por el que se aprueba el texto refundido de la Ley de Propiedad Intelectual, modificado por la Ley 2/2019, de 1 de marzo, regularizando, aclarando y armonizando las disposiciones legales vigentes sobre la materia), en particular, las disposiciones referidas al derecho de cita, cuando se han utilizado sus resultados o publicaciones.

Además, al haber sido autorizada como prevé el artículo 29.8 del reglamento, cuenta con:

- La aceptación por escrito de los coautores de las publicaciones de que el doctorando las presente como parte de la tesis.
- En su caso, la renuncia por escrito de los coautores no doctores de dichos trabajos a presentarlos como parte de otras tesis doctorales en la Universidad de Murcia o en cualquier otra universidad.

Del mismo modo, asumo ante la Universidad cualquier responsabilidad que pudiera derivarse de la autoría o falta de originalidad del contenido de la tesis presentada, en caso de plagio, de conformidad con el ordenamiento jurídico vigente.

Murcia, a 31 de julio del año 2025

(firmado digitalmente)

José Miguel Rojo Martínez

Información básica sobre protección de sus datos personales aportados:	
Responsable	Universidad de Murcia. Avenida teniente Flomesta, 5. Edificio de la Convalecencia. 30003; Murcia. Delegado de Protección de Datos: dpd@um.es
Legitimación	La Universidad de Murcia se encuentra legitimada para el tratamiento de sus datos por ser necesario para el cumplimiento de una obligación legal aplicable al responsable del tratamiento. art. 6.1.c) del Reglamento General de Protección de Datos
Finalidad	Gestionar su declaración de autoría y originalidad
Destinatarios	No se prevén comunicaciones de datos
Derechos	Los interesados pueden ejercer sus derechos de acceso, rectificación, cancelación, oposición, limitación del tratamiento, olvido y portabilidad a través del procedimiento establecido a tal efecto en el Registro Electrónico o mediante la presentación de la correspondiente solicitud en las Oficinas de Asistencia en Materia de Registro de la Universidad de Murcia

Esta DECLARACIÓN DE AUTORÍA Y ORIGINALIDAD debe ser insertada en la quinta hoja, después de la portada de la tesis presentada para la obtención del título de Doctor/a.

Índice

Resumen	9
Abstract	11
Agradecimientos	13
1. Introducción	15
1.1. Contextualización y motivación	15
1.1.1. La polarización afectiva en España: estado actual del arte	26
1.2. Problema de investigación, limitaciones en el conocimiento disponible y contribución	33
1.3. Objetivos e hipótesis	41
1.4. Diseño metodológico	43
1.4.1. Diseño de la investigación y fundamentos epistemológicos	43
1.4.2. Recolección de datos y técnicas de análisis	45
1.5. Estructura de la tesis, coherencia y unidad científica	48
2. Marco teórico. La polarización afectiva: polarización política con efectos no políticos	50
3. Percepciones erróneas y falsa polarización como causa de la polarización afectiva. Propuestas para la medición del impacto actitudinal del sesgo perceptivo	51
4. Consecuencias sociales de la polarización afectiva. Distanciamiento, homofobia y sesgos grupales	52
5. Consecuencias electorales de la polarización afectiva. Un análisis exploratorio a partir del concepto de partidismo negativo	53
6. Conclusions, limitations and future avenues	54
7. Conclusiones, limitaciones y nuevas líneas de investigación	63
Apéndice A. Otras publicaciones relacionadas con la tesis	72
Referencias bibliográficas	73

Resumen

Esta tesis analiza las causas (cognitivas) y consecuencias (sociales y políticas) menos exploradas de la polarización afectiva en España, a partir de los sesgos y disposiciones diferenciales que configuran sus orígenes y manifestaciones, con especial atención al papel de las percepciones erróneas sobre los exogrupos y el sistema de partidos, al distanciamiento social entre individuos con distintas identidades partidistas y a la extensión e influencia del partidismo negativo. Utilizando datos de las Encuestas Nacionales de Polarización Política del Centro de Estudios Murciano de Opinión Pública (CEMOP), se demuestra que, cuanto mayor es la percepción distorsionada sobre la posición ideológica de un partido, más rechazo se genera hacia ese partido. Al mismo tiempo, se evidencia que la percepción de polarización sistémica alimenta la polarización afectiva individual y que la brecha entre polarización real y percibida (lo que se denomina falsa polarización) influye significativamente en los niveles individuales de dispersión afectiva. La acentuación de las diferencias intergrupales, a partir de inferencias imprecisas y estereotipos, ofrece una mirada novedosa a las hipótesis que han señalado a la divergencia ideológica como origen de la hostilidad interpartidista. Buena parte del contraste percibido es irreal y está distorsionado por sesgos cognitivos de origen grupal que tratan de reforzar el contraste entre categorías para mantener la distinción positiva del endogrupo y simplificar la comprensión del entorno. El error fundamental reside en pensar que los ciudadanos corrientes que componen las bases de los diferentes grupos partidistas tienen un alto grado de politización y compromiso, que comparten todos los postulados del partido por el que votan o que se parecen a sus líderes, cuando la realidad es posiblemente más anodina. Estas percepciones erróneas pueden verse acrecentadas tanto por la retórica de las élites como por el ecosistema mediático y abren una vía para el desarrollo de mecanismos de despolarización mediante contranarrativas que acentúen identidades o preferencias comunes.

Seguidamente, la tesis presenta datos novedosos sobre los efectos no políticos de la polarización afectiva en España, en particular, cómo puede alimentar la homogamia y contribuir a la segregación social (influyendo en las propias condiciones de socialización política de los sujetos). En conexión con el marco teórico desarrollado, se subrayan los procesos interpersonales como núcleo distintivo de este tipo de polarización política. A partir de una pregunta sobre el agrado o desagrado que generarían potenciales relaciones de pareja según la identidad partidista del *partner*, se contrapone la influencia del sesgo de favoritismo endogrupal frente al de rechazo exogrupal como sustratos separados de los procesos de discriminación y se observan dinámicas de bloque también en la vida cotidiana. A través de este estudio se constata, adicionalmente, cómo las expresiones de distanciamiento social son especialmente prevalentes cuando se trata de establecer relaciones con los votantes de la derecha radical (Vox), que además activan una mayor expresión de desagrado entre las mujeres. La presumible atribución de rasgos de personalidad a partir de la identidad partidista de los sujetos y el prejuicio de incompatibilidad

demuestran la condición expresiva del partidismo en España, la extensión del conflicto político a cada vez más esferas y refutan el tradicional cuestionamiento de la relevancia de este tipo de vínculo identitario. Sin embargo, dado que el origen de la discriminación parece ser más el amor al grupo propio y la desigual distribución de afectos que el rechazo exogrupal aislado, se activa una reflexión de calado psicológico sobre las motivaciones que tienen los sujetos para generar entornos homofílicos. Las manifestaciones de distanciamiento pueden no estar sustentadas prioritariamente en el odio al diferente o en una voluntad expresa de excluirle, sino en mecanismos adaptativos que tienen un enfoque aparentemente racional, pero parten de atajos mentales como los heurísticos de representatividad que sesgan el proceso de categorización social.

Por último, se aborda el concepto de partidismo negativo, una forma de identificación que nace del intenso rechazo a un grupo, y se procede a estimar hasta qué punto puede considerarse como una razón de voto hasta ahora inexplorada en España. El partidismo no se materializa en una escala bidimensional que va de polo positivo a polo negativo, sino que es una condición que puede darse de forma negativa y positiva o solo negativa o solo positiva. La independencia entre ambos constructos conecta la investigación centrada en el partidismo negativo con aquella otra que se ocupa de la contribución diferencial de los sesgos de favoritismo endogrupal y de rechazo exogrupal. Por otra parte, aunque polarización afectiva y partidismo negativo han sido tratados como conceptos equivalentes (debido a que algunas definiciones coinciden en resaltar la expresión de afectos negativos hacia el exogrupo como rasgo central de ambos), lo cierto es que no son sinónimos. El partidismo negativo no se basa en una distribución de evaluaciones afectivas entre grupos, sino que se refiere a una disposición específica de fuerte animadversión hacia una opción. No obstante, investigaciones previas sostienen que estos fenómenos están estrechamente relacionados y que el crecimiento del partidismo negativo es el principal factor que ha impulsado la intensificación de la polarización afectiva. Al demostrar que el partidismo negativo puede generar rendimiento electoral, como sucedió con el rechazo a Vox y el voto por el PSOE en las elecciones españolas de julio de 2023, existe un incentivo para que las élites adopten estrategias de comunicación orientadas a incrementar el rechazo al exogrupo para que ese sentimiento negativo se convierta en un motor de fidelización o movilización. Por el camino, esas campañas negativas que tratan de maximizar las distancias entre grupos y demonizan al rival impactan en las propias actitudes de los ciudadanos y contribuyen al clima de polarización social.

En conjunto, la tesis une aportes propios de la Psicología, la Sociología y la Ciencia Política para abrir nuevas vías de debate que nos ayuden a comprender las causas y consecuencias del actual clima de enfrentamiento afectivo que traspasa los límites institucionales para insertarse en nuestro día a día.

Abstract

This thesis analyzes the less explored (cognitive) causes and (social and political) consequences of affective polarization in Spain, focusing on the differential biases and dispositions that shape its origins and expressions. Special attention is given to the role of misperceptions about outgroups and the party system, to the social distancing between individuals with different partisan identities, and to the scope and influence of negative partisanship. Using data from the National Surveys on Political Polarization conducted by the Center of Public Opinion Studies of the University of Murcia (CEMOP), the analysis demonstrates that the more distorted an individual's perception of a party's ideological position, the greater the rejection of that party. It also shows that perceived system-level polarization fuels individual-level affective polarization, and that the gap between actual and perceived polarization (what is referred to as false polarization) significantly impacts individuals' affective divergence. The intensification of intergroup differences, based on inaccurate inferences and stereotypes, offers a new perspective on theories that attribute interparty hostility to ideological divergence. Much of the perceived contrast is misprojected and inflated by group-based cognitive biases that seek to reinforce categorical distinctions in order to maintain a positive ingroup image and simplify social interpretation. The fundamental error lies in assuming that ordinary citizens who make up party constituencies are highly politicized and committed, that they endorse all the principles of the party they vote for, or that they resemble their political leaders—when in fact, the reality is likely far more mundane. These misperceptions can be amplified by elite rhetoric and media ecosystems, and they open the door to the development of depolarization strategies based on counter-narratives that emphasize shared identities or preferences.

The thesis then presents novel data on the non-political effects of affective polarization in Spain, particularly how it can foster homogeneity and contribute to social segregation (ultimately shaping individuals' conditions for political socialization). In line with the theoretical framework developed earlier, the analysis emphasizes interpersonal processes as the distinctive core of this specific type of political polarization. Drawing on a question about the (dis)comfort respondents would feel in forming a romantic relationship with someone depending on that person's partisan identity, the study contrasts the influence of ingroup favoritism and outgroup rejection as separate foundations of discriminatory behavior. It also reveals how partisan bloc dynamics extend into everyday life. The findings show that expressions of social distancing are especially pronounced when it comes to forming relationships with radical right voters (Vox), who elicit stronger negative reactions—particularly among women. The likely attribution of personality traits based on a person's partisan identity, along with the prejudice of perceived incompatibility, highlights the expressive function of partisan identity in Spain. It illustrates the expansion of political conflict into increasingly personal domains and challenges

traditional assumptions about the declining relevance of partisanship. However, since the origin of discriminatory behavior appears to lie more in ingroup attachment and the unequal distribution of affect than in isolated outgroup rejection, the findings prompt a psychological reflection on the motives behind individuals' tendency to seek homophilic environments. These expressions of distancing may not be primarily driven by hatred of difference or an explicit desire to exclude, but rather by adaptive mechanisms that, although seemingly rational, rely on mental shortcuts such as the representativeness heuristic ultimately distorting the social categorization process.

Finally, the thesis addresses the concept of negative partisanship, an identification based on strong rejection of a particular political group, and assesses the extent to which it can be considered an underexplored voting rationale in the Spanish context. Partisanship does not unfold along a single bidimensional scale ranging from positive to negative, but rather can manifest positively and negatively at the same time, or exclusively in either form. The relative independence of these two constructs links the study of negative partisanship with research on the differential impact of ingroup favoritism and outgroup rejection. Moreover, although affective polarization and negative partisanship have often been treated as equivalent concepts (since some definitions highlight the expression of negative affect toward outgroups as a central feature in both), these terms are not synonymous. Negative partisanship does not involve a comparative distribution of affect across groups, but rather refers to a specific disposition of strong aversion toward one particular party. Nonetheless, prior research suggests that these phenomena are closely related and that the rise of negative partisanship is a key driver behind the intensification of affective polarization. By showing that negative partisanship can translate into electoral returns, as evidenced by the rejection of Vox and the resulting vote for the PSOE in Spain's July 2023 general elections, this thesis highlights the strategic incentive for political elites to adopt communication strategies aimed at increasing outgroup rejection, so that such sentiments become mechanisms for voter loyalty or mobilization. Along the way, these negative campaigns, designed to maximize intergroup distance and demonize opponents, also affect citizens' attitudes and contribute to a broader climate of social polarization.

Taken as a whole, this thesis brings together contributions from psychology, sociology, and political science to open new avenues of debate that help us understand the causes and consequences of the current climate of affective conflict, one that transcends institutional boundaries and permeates everyday life.

Agradecimientos

Hace cinco años decidí emprender una travesía. Cuando me imaginaba esta aventura, soñaba con la épica de Thor Heyerdahl, pero he estado a punto de convertirme en un personaje de Alfred Lansing. Nunca quise que esto fuera una Odisea, aunque a veces tuve que hacer esperar a la gente que más quiero. No he caído en las tentaciones de Jack Kerouac, pero sí he deambulado nostálgico como la compañía de teatro de Fernán Gómez en *El viaje a ninguna parte*. Algunos de estos días parecían ser obra de Jon Krakauer y otros me convencía a mí mismo de que solo estaba jugando, como Daniel el Mochuelo en *El Camino* de Delibes. Al fin y al cabo, soy solo un chico de pueblo. Mientras escribo estas líneas, tomo conciencia de que he llegado al final. Y surge ahora una cierta sensación de vacío. No puedo regresar al origen, no hay camino inverso, porque el espíritu mutó. Entonces, encuentro la metáfora definitiva. En esto de la tesis soy como Frodo Bolsón. Ya nunca volveré a ser el de antes porque la travesía era, en sí, la propia meta. Renuncié a la comodidad de la aldea-oposición para adentrarme en un mundo desconocido y lleno de fuerzas amenazantes. No siempre fue fácil, pero ahora sé que hice lo correcto. No sé cuáles serán mis Tierras Imperecederas, pero estoy deseando poder llegar a ellas acompañado de mi comunidad.

Mavi, gracias por sostenerme en cada momento de desesperación y por aguantar estoicamente mi peor versión. Por entender el amor como entrega incondicional. Por hacer de faro cuando persigo inconscientemente el naufragio. Llegar al final tiene sentido porque podemos celebrarlo juntos. Esta tesis es tan tuya como mía. Tú estás en las Tierras Imperecederas que anhele. Me recibes y me acompañas. Gracias a mis padres, Paqui y Pepe, por crear un entorno familiar lleno de comodidades en el que poder crecer rodeado de inquietud intelectual. Gracias por todos los cuidados. Fui un niño que siempre vivió de cerca la política y recibí como legado unos valores a veces férreos, pero que han salvaguardado mi dignidad. Me habéis enseñado a ser una persona respetable, el mejor activo posible.

En esta comunidad de afectos, mi director, el doctor Ismael Crespo, ocupa un lugar destacado. Desde aquel lejano TFG del año 2019, hemos compartido proyectos y experiencias de todo tipo. Nunca he parado de aprender a su lado. Gracias por creer en mí, por abrirme tantas puertas como has podido y por demostrar un compromiso inquebrantable con los tuyos. Seré, para siempre y con orgullo, un discípulo de Crespo. Gracias también a todos los profesores del Departamento de Ciencia Política de la Universidad de Murcia, que me han aconsejado con acierto. Gracias, especialmente, al profesor Alberto Mora, por ayudarme a crecer desde la bondad. Y, por último, gracias a Salva y a Álex, Álex y Salva. Mis grandes amigos. Algo increíble está a punto de suceder y lo vamos a seguir viviendo juntos.

En el plano institucional, debo agradecer la financiación recibida por parte del Gobierno de España a través del Programa Estatal de Promoción del Talento y su Empleabilidad en I+D+i. Esta tesis no habría sido posible sin el Contrato Predoctoral FPU (Ref. FPU20/01033) que me ha permitido dedicarme de forma plena a mi labor investigadora. También he tenido la suerte de formar parte del proyecto POLARIZA (21876/PI/22), financiado por la Agencia de Ciencia y Tecnología de la Región de Murcia-Fundación Séneca y liderado por el profesor Ismael Crespo. Buena parte de los datos incluidos en la tesis se derivan de este proyecto. Y, de igual forma, debo resaltar mi participación en el Centro de Estudios Murciano de Opinión Pública (CEMOP) y en la Cátedra de Políticas Públicas de la Universidad de Murcia, que ha facilitado el desarrollo de destrezas metodológicas esenciales para mi desempeño.

Por último, a la travesía metafórica con la que empezaba estas líneas le ha acompañado una travesía real en forma de experiencia internacional y muchas horas de avión. Estaré siempre agradecido al profesor Shanto Iyengar por acogerme en la Universidad de Stanford en la primavera del año 2023. Mi tesis dio un giro definitivo durante esos meses. Mientras tomaba el sol en Alamo Square con vistas a las Painted Ladies, caminaba por Menlo Park o me fascinaba con la Torre Hoover vinieron a mí algunas de las ideas que más tarde convertiría en preguntas de investigación. Todavía creo que todo aquello fue un sueño. La misma profunda gratitud siento hacia el profesor Olivier Godechot, director del AxPo Observatory of Market Society Polarization de Sciences Po-París, donde he realizado dos estancias de investigación (2024 y 2025). Mi participación en los seminarios y *workshops* organizados en AxPo ha sido tremendamente enriquecedora. Gracias también a todos los amigos del Colegio de España por su acogida en París. Todas mis estancias han sido financiadas por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades mediante procesos de concurrencia competitiva (EST23/00369, EST24/00223 y EST25/00112). A lo público, como verán, se lo debo todo. Parte de esta tesis tiene también la esencia de CDMX, Buenos Aires, Praga, Tesalónica, Florianópolis, Gotemburgo, Southampton, Liverpool, Maastricht, Madrid y todos esos sitios en los que alguna vez expuse una ponencia y llené una libreta con ideas inconexas. Espero volver a ellos con la serenidad que ahora siento.

«Qué curiosa palabra, *wanderlust*, ansia de viajar».
Susan Sontag, *Viaje sin guía* (*The New Yorker*, 1977).

«El error del intelectual consiste en creer
que se puede saber sin comprender
y, especialmente, sin sentir ni ser apasionado».
Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel IV* (Editorial Era, 1974).

1. Introducción

1.1. Contextualización y motivación

Los primeros usos del término «polarización»

El concepto de «polarización» no es nuevo en el campo de los estudios politológicos. Ha ocupado un lugar central en las hipótesis explicativas aplicadas a los colapsos democráticos acontecidos a lo largo del pasado siglo. En su ya célebre libro *Partidos y Sistema de Partidos* (1976 [2012]), Giovanni Sartori reseñaba la existencia de sistemas de partidos competitivos marcados por una gran distancia ideológica entre los actores relevantes que los conformaban, siendo esta para él la condición definitoria de la polarización, y por la aparición de fuerzas antisistema relevantes y bilaterales. Estas condiciones provocaban tanto tendencias centrífugas como procesos de deslegitimación y anulaban la posibilidad de establecer consensos mínimos operativos. Utilizando a la República de Weimar como caso paradigmático del pluralismo polarizado (la morfología sistémica más perniciosa de todas las contempladas por el autor al combinar alta fragmentación y múltiples incompatibilidades ideológicas), Sartori afirmaba que el «vaciamiento del centro político» era el origen de los procesos de ingobernabilidad e inestabilidad que precipitaron la desaparición de diversas democracias (1976 [2012], pp. 172-177). El análisis de la polarización que observamos en esta obra es de naturaleza supraindividual y se basaba en la distribución espacial de los actores dentro del *continuum* izquierda-derecha, esto es, se interesaba por el contraste de preferencias y creencias (1976 [2012], p. 422). Aunque la determinación de la posición ideológica de los partidos en el estudio de Giovanni Sartori consideraba las autoubicaciones ideológicas medias de los electorados (cálculo agregado a nivel de masas de la ideología como *super-issue*) y, por tanto, no se analizaban las actitudes de las élites o los contenidos programáticos, la operacionalización asumida del fenómeno dio como resultado un indicador de elasticidad de corte estructural que centraba su atención en las dinámicas de competición partidista.

En una línea similar a lo planteado por Giovanni Sartori, el politólogo español Juan J. Linz señaló en *La quiebra de las democracias* (1987 [1989]) que los contextos de polarización que tensionan hasta su caída a los sistemas democráticos se caracterizan por un clima de alta politización social y por procesos de radicalización que implican un movimiento del electorado hacia posiciones más extremas y no solo suponen la intensificación de sus creencias (defensa apasionada de las convicciones) con independencia de la posición que estas ocupen en el espectro (Almagro Holgado, 2023). En estos contextos, la ideología adquiere —de acuerdo con Linz— la entidad de *forma mentis*, se torna una identidad fuertemente arraigada y no pragmática que orienta toda la actividad cognitiva, al tiempo que emergen actitudes desleales

por parte de unas fuerzas opositoras antisistema que entorpecen la respuesta institucional a los desafíos sociales y minan, con ello, la confianza en los partidos mayoritarios centristas (Linz, 1989, p. 55).

El giro afectivo-identitario

El elemento ideológico y sistémico-partidista ha sido, pues, dominante a la hora de adjetivar el fenómeno de la polarización, al menos hasta la década del 2010. Desde la aparición en 2012 del artículo «Affect, not ideology: A social identity perspective on polarization», escrito por Shanto Iyengar, Gaurav Sood e Yphtach Lelkes, se comienza a vislumbrar un nuevo tipo de polarización basada en sentimientos y sesgos de grupo. Según reflejan los datos de este estudio, los ciudadanos estadounidenses tenían posiciones relativamente moderadas en materia de políticas públicas, pero habían incrementado de forma exponencial su rechazo hacia el exogrupo —medido a través de autorreportes en escalas tipo termómetro de sentimientos— (Iyengar et al., 2012). Así, se generaba una brecha de afecto endogrupo/exogrupo cada vez mayor, pero que no estaba motivada por una mejora del apego positivo al grupo propio. Incluso en ausencia de diferencias ideológicas intensas entre dos grupos, surgían procesos de rechazo, hostilidad y distanciamiento social, un fenómeno de rivalidad tribal irracional que se explica por la constitución de la identificación partidista como una identidad social prevalente y por el efecto de la comunicación política negativa y de un ecosistema mediático fragmentado y militante (Iyengar et al., 2012). El estudio comparado de Reiljan (2020) reforzó la asunción de que polarización ideológica y polarización afectiva constituyen dos fenómenos independientes, que, aunque están relacionados, no tienen que darse siempre de forma simultánea. Este investigador acreditó la existencia de sistemas de partidos centristas como Montenegro o Serbia donde, a su vez, los niveles de rechazo afectivo entre grupos eran elevados (Reiljan, 2020, pp. 388-389).

Al constatar que no era necesario que entre dos grupos existiera un gran distanciamiento ideológico e intereses muy encontrados para que aparecieran los conocidos sesgos de favoritismo endogrupal y de rechazo exogrupal (Iyengar y Westwood, 2015), la literatura sobre polarización afectiva decidió adoptar la Teoría de la Identidad Social de Tajfel y Turner (1979) como marco de referencia (Mason, 2015; Mason y Wronski, 2018; Wojcieszak y Garrett, 2018; Renström et al., 2021; West e Iyengar, 2022; Renström et al., 2023). La mera acción de categorizar socialmente (clasificar a los individuos en grupos y percibirlos de acuerdo a esa situación de pertenencia), incluso si esta es totalmente aleatoria y trivial (no fundada en ningún aspecto objetivo con impacto sustantivo), es condición suficiente para que surjan prejuicios, actitudes hostiles, se intente beneficiar sistemáticamente al grupo propio y se discrimine a los grupos externos maximizando injustificadamente las diferencias con ellos (Tajfel et al., 1971). El paradigma del grupo mínimo (MGP), enfoque experimental inicialmente propuesto por Jaap Rabbie aunque popularizado extensamente por Henri Tajfel, condensa esta reflexión sobre la

autosuficiencia de la categorización y de los sentimientos de pertenencia para generar prejuicio y discriminación (Allen y Wilder, 1975; Mullen et al., 1992; Brown, 2020). Si asumimos, pues, que el comportamiento intergrupar discriminatorio aparece al margen de la disparidad real de intereses (racionalidad material), las retóricas de enfrentamiento «nosotros *vs.* ellos» pueden escalar hasta escenarios de máximo conflicto conducidos por estructuras psicológico-cognitivas de orden identitario y no por tendencias de radicalización ideológica. Las normas sociales crean un entramado de incentivos y expectativas que promueven las actitudes discriminatorias entre grupos casi de forma inconsciente (Allen et al., 1975; Jetten et al., 1996). Socialmente se valida y se construye como deseable la protección de «los tuyos» en tanto que la categorización define los intereses, atributos y motivaciones de los sujetos (Tajfel et al., 1971; Connors, 2023). Para procesar de forma rápida e intuitiva el entorno, se asignan a los miembros del exogrupo automáticamente intereses y valores distintos, que además se perciben como indeseables o amenazantes (Stephan et al., 2015). Las inferencias apresuradas sobre el exogrupo sostienen el propio sentido de pertenencia, al favorecer un efecto de distinción que mantiene estables las categorías. La consolidación de los lazos afectivos precisa de ejercicios de comparación que protegen el estatus positivo del endogrupo para garantizar la autoestima (Rubin y Hewstone, 1998; Hogg, 2000).

Con el objetivo de profundizar teóricamente en sus hallazgos, Tajfel et al. (1971) dialogan con sociólogos como Lewis Coser, quien tempranamente advirtió la existencia de «conflictos irreales», aquellos en los que no se dan condiciones objetivas, en cuanto a los fines perseguidos por las partes, que justifiquen el antagonismo (Coser, 1956 [1961]). También el experto en mediación Christopher W. Moore (1995) incluyó, dentro de su tipología de «conflictos innecesarios», a los llamados «conflictos de relación», caracterizados por fuertes emociones de aversión entre las partes, estereotipos, falsas percepciones y problemas de comunicación, pero en los que no existe una incompatibilidad real de intereses. Estas sugerentes ideas refuerzan la posibilidad de que la animadversión política no siempre esté ligada a una mayor distancia programática. Ahora bien, la competición entre los partidos políticos —incluso en contextos altamente centrípetos— difícilmente puede reducirse a los presupuestos del paradigma del grupo mínimo o ser entendida como un mero conflicto irreal. Si bien cabe aceptar que la adquisición de la identificación política no es plenamente reflexiva y usualmente se produce a través de ejercicios de transmisión del apego en el marco de la socialización primaria (Jaime Castillo, 2000; Ammann, 2014) —lo que genera una adscripción mediada, por inercia y arbitrario-tradicional para el nuevo sujeto político, capaz de sentir hostilidad hacia los rivales a edades muy tempranas (Tyler e Iyengar, 2023)—, en los sistemas democráticos los partidos presentan vías de solución no coincidentes para los problemas públicos y sus propuestas tienen implicaciones de valor diferentes. La competición electoral no representa una contienda de resultados inocuos. No obstante, puede que el entendimiento de lo que realmente está en juego se haya maximizado de forma artificial e interesada. Según Mason (2018), el procesamiento

sesgado del entorno no crea exactamente conflictos inventados, pero sí conflictos exagerados. La percepción de que las elecciones contienen un escenario de decisión maniqueo y existencial, un juego de suma-cero que cambiará de forma completa la propia vida, alimenta el sectarismo político y promueve la moralización del debate público (Garrett y Bankert, 2020; Finkel et al., 2020; Boland y Davidai, 2024). De forma paradójica, los ciudadanos no necesitan adquirir cosmovisiones más extremas o moverse hasta espacios antisistema para que su percepción sobre la competición se polarice y respondan con intensidad a la sensación de amenaza imaginada. Sin alterarse necesariamente las preferencias en materia de políticas públicas, la acentuación de las diferencias de afecto intergrupales se traslada al ámbito interpersonal y dificulta la convivencia-cooperación entre quienes pertenecen a grupos rivales (Iyengar y Westwood, 2015; Carlin y Love, 2018). Este es el aspecto novedoso y singular de la polarización afectiva: la animadversión personal entre votantes, que impacta en esferas de la vida cotidiana no propiamente políticas, y que se basa en la simple pertenencia grupal (Huber y Malhotra, 2017; Jang y Chang, 2021; Rudolph y Hetherington, 2021; Berntzen et al., 2024).

Relaciones interpersonales, distanciamiento y discriminación

A pesar de que la dimensión interpersonal (horizontal) de la polarización afectiva constituye el aspecto distintivo del fenómeno y el que mayor inquietud social debería suscitar, buena parte de las investigaciones realizadas sobre este tema se han centrado en las evaluaciones hacia los grupos políticos como objetos abstractos o, en todo caso, hacia sus líderes (Druckman y Levendusky, 2019; Röllicke, 2023; Areal y Harteveld, 2024; Iyengar y Wagner, 2025). Como demostró Josep M.^a Comellas Bonsfills (2022a), medir solo los sentimientos hacia los partidos sobreestima el alcance real de la polarización y no se puede asumir una perfecta correlación entre la expresión de afectos hacia el partido y hacia sus votantes. Dado que los ciudadanos muestran menor rechazo hacia los votantes corrientes de un partido que hacia la etiqueta general de ese grupo (Comellas Bonsfills, 2022a; Crespo-Martínez et al., 2024a), se evidencia que, en algún sentido, son capaces de distinguir objetos de evaluación. Es posible sostener, además, que entre estos objetos se configura una jerarquía de intensidad: quienes manifiestan un rechazo agudo hacia los votantes de un partido habrán desarrollado previamente un alto rechazo al partido en sí, mientras que expresar sentimientos negativos hacia el partido no implica forzosamente mantener esas mismas actitudes hacia sus votantes. Así, los termómetros de sentimientos relativos a votantes se convierten en una prueba más restrictiva y decisiva para identificar escenarios de alta polarización afectiva. Aun con esto, son las medidas de distancia social (Ahmed, 2007), aquellas que capturan el grado de comodidad ante la posibilidad de tener amigos, vecinos o parejas de un determinado partido, las que representan con mayor precisión los comportamientos de discriminación intergrupales y constituyen disposiciones conductuales más concretas y menos vinculadas con las medidas clásicas de la polarización afectiva (los termómetros de sentimientos, los juicios de rasgos y los niveles de confianza), que presentan

una fuerte relación entre sí y parecen estar redirigiendo a un mismo constructo evaluativo general (Druckman y Levendusky, 2019).

Las manifestaciones de distanciamiento social no representan un prejuicio abstracto, sino conductas evitativas que materializan un principio de intolerancia y de deshumanización del adversario que favorece la extensión del odio como emoción política válida y dificulta que se pueda separar al individuo, en su singularidad, de la categoría a la que pertenece (Harel et al., 2020; Martherus et al., 2021). El deterioro de las relaciones personales por razones políticas condiciona, en consecuencia, la capacidad de cooperar y daña la cohesión social, dificultando la acción colectiva ante desafíos comunes (McConell et al., 2018; Levin y Weber, 2024). Las lógicas de aislamiento cognitivo (reducción de la interacción y de la exposición a opiniones divergentes) y de segregación (más la que se da en las relaciones personales cercanas que la observada en forma de separación espacial general) producidas por los sesgos de grupo limitan todavía más nuestra disposición a escuchar a la otra parte y a aceptar sus razones como legítimas, elevan los estereotipos por falta de contacto y provocan una sensación de otredad absoluta que incrementa la hostilidad y la desconfianza (Mutz, 2002; Pettigrew y Tropp, 2006; Brannon y Walton, 2013; Tilley y Hobolt, 2025)¹. La palabra «segregación» resulta sumamente útil para comprender los peligros que encierran las dinámicas intergrupales discriminatorias: asociada en el imaginario colectivo a graves violaciones de los derechos humanos, nos permite, por un efecto de enmarcado, no normalizar el desprecio hacia el ciudadano de a pie a causa de sus preferencias políticas. Este apunte es necesario por cuanto la discriminación por identidad política parece entenderse como menos inmoral que la discriminación por género, religión o etnia y está ya más extendida (Westwood et al., 2018). La gran pregunta es por qué podemos llegar a sostener que unas formas de discriminación son más aceptables que otras (Miller, 2023; Torcal, 2023). Como argumentan Iyengar y Westwood (2015), no solo no existen presiones sociales que limiten la exteriorización del rechazo hacia el exogrupo político, sino que los modelos de referencia de los ciudadanos (líderes, figuras mediáticas) promueven y normalizan este tipo de actitudes como posturas apropiadas que demuestran lealtad (incrementan, entonces, la autoestima, el apoyo de los copartisanos y el sentido de pertenencia). La propia forma de relacionarse entre sí que tienen los líderes en espacios como parlamentos o tertulias manda una señal sobre la conducta esperable (Zingher y Flynn, 2018). Ya tenemos, pues, una primera respuesta para

¹Desde la publicación en EE.UU. del libro *The Big Sort: Why the Clustering of Like-Minded America is Tearing Us Apart* (Bishop, 2008), diferentes trabajos se han preguntado si existe alguna conexión entre segregación residencial o geográfica y polarización política (Mummolo y Nall, 2017; Rohla et al., 2018; Martin y Webster, 2020; Brown y Enos, 2021; Smiley y Kaiser, 2025). El reciente trabajo de Tilley y Hobolt (2025) clarifica sumamente este debate en un contexto diferente al de los Estados Unidos. Los autores no encuentran una asociación robusta entre la homogeneidad política del barrio (objetiva o percibida) y la polarización afectiva, por lo que piden prestar mayor atención a la homogeneidad en redes cercanas (amistades, familia), donde los intercambios comunicativos y el contacto será más habitual y significativo que el que se pueda llegar a dar con los vecinos.

nuestra pregunta: en el campo político, los sesgos de grupo forman parte de normas aprobadas socialmente. Aunque estas inclinaciones se presenten también en otras relaciones intergrupales, el condicionamiento contextual atempera su expresión. Es posible, por tanto, desatar un comportamiento político puramente irracional, siguiendo de forma exacta las previsiones de la Teoría de la Identidad Social, sin miedo a que tenga ningún coste; es más, no hacerlo podría causar problemas. Superando el (recurrente) argumento normativo, subyacen otras dos razones.

La primera es que la identidad política representa una elección libre del individuo, por lo que recriminarle su pertenencia a un grupo o sancionarle por la misma le responsabiliza de un acto (aparentemente) consciente y que se puede modificar. En segundo lugar, la justificación de la hostilidad política interpersonal podría estar infiriendo erróneamente algunos principios de lo que el filósofo Karl Popper (1945 [2017]) expuso con su famosa paradoja de la tolerancia o, más tarde, sostuvo Herbert Marcuse (1968) en el ensayo *Repressive Tolerance*. Si aceptamos como real la premisa de que el exogrupo ataca valores fundamentales y daña el interés nacional, si estamos convencidos de que sus miembros son malvados o ignorantes y persiguen fines intrínsecamente perversos (Hartman et al., 2023), ¿por qué deberíamos relacionarnos con ellos y respetarlos? ¿No contribuiría esto a promocionar a un grupo que acabará por destruirnos? ¿Ser tolerantes con ellos no pondría en peligro un bien mayor como la democracia o el bienestar social? ¿No es posible enarbolar un derecho a la legítima defensa, una discriminación que busca ponernos a salvo? No es este el lugar idóneo para desatar un debate de largo recorrido sobre los límites de la tolerancia política y sus implicaciones prácticas, pero sí debemos subrayar que el salto que se produce entre el rechazo a los postulados de un grupo y los sentimientos de animadversión personal hacia quienes lo integran rompe la conveniente separación entre el orden de las ideas y el de las relaciones humanas, que tendrían que estar presididas por el innegociable respeto a la dignidad del otro. La actitud intolerante en el plano horizontal reduce la contienda política a una disputa emocional —por definición sesgada— asentada en una posición de superioridad moral. Por obvio que parezca, deberíamos ser capaces de disentir profundamente sin que esto ponga en riesgo la convivencia democrática o nos acerque a posturas de exclusión y demonización del enemigo (ya no adversario) que comportan una visión antagonista-autoritaria contraria al reconocimiento del rival (Schedler, 2023).

Llegados a este punto, parece oportuno preguntarnos por qué la política ocupa una posición central en la definición del autoconcepto, hasta el extremo de no poder separar la identidad partidista de una persona de su forma de ser (atribución de rasgos condicionada) y convertir esta identidad en un elemento que domina la vida social (Garrett et al., 2014). Al inicio de este epígrafe se recuperaba una idea central y ampliamente aceptada en los estudios sobre polarización afectiva: que el partidismo actúa *per se* como una identidad

social (Iyengar et al., 2019)². Esta afirmación, que supera la visión del partidismo como orientación actitudinal o reflejo instrumental de otras identidades para centrarse en sus implicaciones como forma de pertenencia grupal (vínculo afectivo), no es novedosa, pues ya se encontraba implícita en los trabajos de la Escuela de Michigan (Campbell et al., 1960) o en las aportaciones de otros autores como Greene (2004), que medía hace ya dos décadas la identificación partidista a través de la escala IDGP (*Identification with a Psychological Group*) y acreditaba que, conforme aumentaba la identificación social respecto al partido preferido, el favoritismo endogrupal y el desprecio hacia el grupo ajeno se volvían más intensos.

De acuerdo con estos resultados, la fuerza de la identificación social con el grupo va a moldear las puntuaciones expresadas en los termómetros de sentimientos y, en suma, la brecha diferencial endogrupo/exogrupo. No basta solo con apreciar la presencia o ausencia de identificación, sino la fortaleza, en términos sociales y de autoconcepto, que esta tiene. Esta presunción es lógica: cuanto más me importa lo que los demás piensan de mi grupo, cuando asumo sus éxitos como los míos o siento los ataques hacia el grupo como ataques hacia mí o el hecho de sentirme reflejado en el estereotipo de sus miembros son estados que corroboran la imbricación de esa identidad social con la identidad personal, un requisito fundamental para reaccionar emocionalmente de forma adversa ante los escenarios de competición (Greene, 2004). Años después, West e Iyengar (2022) confirmaron que la pertenencia a un grupo partidista era una parte determinante del concepto que los electores tenían de sí mismos, pero puntualizaron que la relevancia de esta identidad podía fluctuar temporalmente atendiendo a la presencia en el entorno o no de acontecimientos electorales. También hay estudios que han confirmado esta hipótesis (que el partidismo funciona como una identidad social) en entornos multipartidistas europeos. Es el caso de Bankert et al. (2017), autores que retoman la distinción entre partidismo instrumental (racional) y expresivo (identitario-social) para enmarcar este debate con precisión. Desde los presupuestos del partidismo expresivo, la identificación con el grupo no parte de elementos racionales, de evaluaciones informadas sobre el desempeño o de la capacidad de ese partido para hacer valer los intereses e ideas del sujeto, sino que representa un vínculo estable e independiente de la actuación política, dominado por un razonamiento motivado y una predisposición emocional a la defensa del grupo en cualquier circunstancia (Huddy et al., 2015; Bankert et al., 2017). Fundamentar la identificación partidista en narrativas que apelan al sentido de grupo y a la emoción (como si se tratase de un deporte), frente al cumplimiento de objetivos y a la defensa de intereses,

²Puede reemplazarse partidismo por la pertenencia a un grupo ideológico —si asumimos las etiquetas izquierda y derecha no como un conglomerado de posiciones temáticas, sino como otra forma de construcción identitaria que no siempre descansa en opiniones coherentes sobre asuntos concretos (Comellas Bonsfills y Torcal, 2023)— o a grupos articulados en torno a liderazgos, véase por todos el ejemplo del peronismo/antiperonismo (Fierman, 2021; Crespo-Martínez et al., 2025a). El excesivo debate académico sobre el sustrato que protagoniza la identificación obvia que, con independencia de la naturaleza del grupo de adscripción, las consecuencias conductuales, cognitivas y emocionales de la identidad de grupo son iguales.

puede considerarse un ingrediente destacado del clima de polarización afectiva (Miller y Conover, 2015). Pero, si ya sabíamos que el partidismo podía actuar de forma expresiva y afectivo-psicológica, ¿qué ha cambiado en los últimos años?

Clasificación social y primacía de la identidad

La mayor relevancia del partidismo en su vertiente expresiva se vincula con la intensificación de las tendencias de clasificación social (*social sorting*), es decir, la progresiva alineación o superposición de identidades sociales al interior de las categorías partidistas, convirtiendo a estas en una suerte de mega-identidad que lo subsume todo (Mason, 2016; Mason, 2018; Ruckelshaus, 2022; Torcal, 2023). Esto equivale a constatar que la sociedad se segrega cada vez más alrededor de las líneas partidistas. El ampliamente citado libro de Mason *Uncivil agreement. How politics become our identity* (2018) contiene datos ejemplificativos de este fenómeno en torno a dos ejes: a) el alineamiento ideológico y temático, cómo el ser conservador o liberal cada vez se relaciona más con ser demócrata o republicano (poco relevante para el caso europeo porque el clivaje ideológico está en el origen del sistema de partidos, aunque sí podría estar dándose un proceso de depuración de los matices ideológicos en los partidos centrípetos); b) las diferentes composiciones sociodemográficas de los electorados norteamericanos en términos raciales, geográficos, religiosos o económicos. En 2012, los republicanos eran, de media, 30 puntos porcentuales más blancos que los demócratas. Esta diferencia era de solo 13 puntos porcentuales en 1972 (Mason, 2018, pp. 34-37). La clasificación social no es una realidad exclusiva de los EE.UU. En su estudio de 119 elecciones celebradas en 40 países, Hartevelt (2021) logra demostrar que cuando las divisiones políticas coinciden claramente con las divisiones sociales y no hay espacio para alianzas transversales o lealtades múltiples, la polarización afectiva crece. En este contexto, ciertas identidades sociales resultan decisivas para activar una sensación de cercanía política (afinidad subjetiva, comunidad) entre los ciudadanos (Titelman, 2023). De forma brillante resume estos hallazgos Ezra Klein (2021, p. 67): «la polarización no es extremismo, sino clasificación». La clasificación acentúa la sensación de otredad a la que nos hemos referido previamente y, en consecuencia, fortalece las fronteras con el grupo rival. Al pensar en los simpatizantes de un partido no solo viene a nuestra mente la categoría política, o las posiciones temáticas que esta implica, sino una larga lista de diferencias religiosas, educativas, territoriales o incluso en estilos de vida que provocan una relación circular entre características personales e identidad política. En definitiva, la incompatibilidad de ideas adquiere también carácter moral, cultural y social, asumiendo una posición de radical diferencia personal. Se pierden los puntos de encuentro (identidades compartidas) que relativizaban la sensación de hostilidad.

Este contraste de rasgos refuerza los postulados de la hipótesis «party-over-policy» (Dias y Lelkes, 2022). La posibilidad de que ciertos temas, por ejemplo, los relativos a la batalla cultural, o las divergencias ideológicas percibidas respecto a los candidatos tengan una influencia

destacada en la polarización afectiva (Rogowski y Sutherland, 2016; Webster y Abramowitz, 2017; Orr y Huber, 2020; Gidron et al., 2023) olvida que esta disparidad de preferencias —que, no obstante, juega un papel influyente en la expresión del afecto interpersonal— no manifiesta solo disposiciones ideológicas, sino que actúa, ante todo, como una fuerte señal de identidad grupal. Así lo explican Dias y Lelkes (2022): el desacuerdo político y la identidad partidista tienden a fusionarse, dado que la postura sobre un determinado *issue* se asocia rápidamente a un grupo partidista (véanse las explicaciones previas sobre *ideological sorting*). Entonces, el partidismo condiciona tanto el afecto interpersonal como las preferencias políticas y estas refuerzan las diferencias de afecto interpersonal porque redirigen a su vez a los marcadores identitarios (ver Figura 1-B). Como demostraron Cohen (2003) y Bolsen et al. (2014), el grupo ejerce una poderosa influencia sobre sus miembros, que supeditan sus actitudes hacia una determinada política a la posición que decida sobre ese asunto su partido, un nuevo caso de razonamiento motivado que condiciona la interpretación de la información recibida. Recientemente, en España, aportamos evidencia a partir de un *endorsement experiment* sobre la influencia que ejercían los líderes —como referentes simbólicos del grupo— en el apoyo de los electores a un mensaje, incluso utilizando contenidos poco controvertidos e idéntica redacción (Crespo-Martínez et al., 2025b). El aspecto sustantivo de los mensajes pasaba a segundo plano.

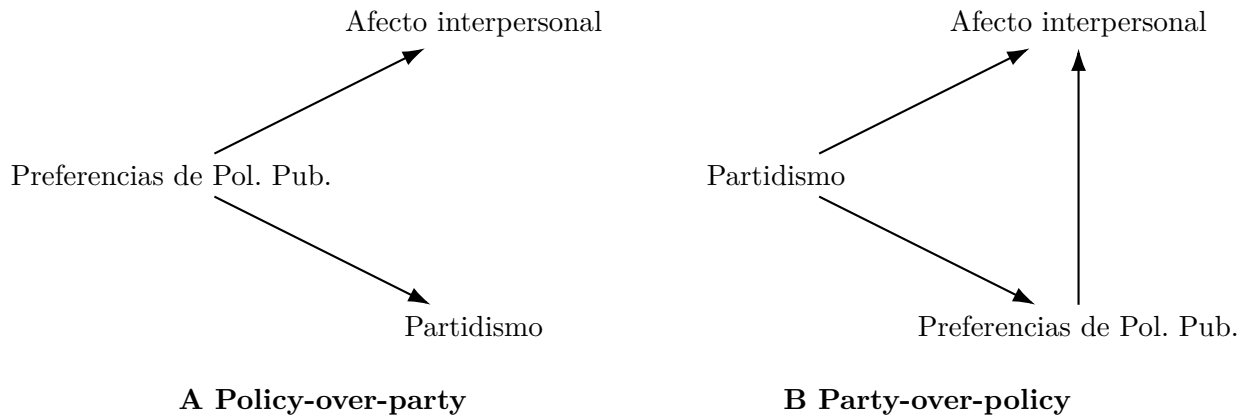


Figura 1: Hipótesis explicativas de la polarización afectiva.
Fuente: adaptado de Dias y Lelkes (2022, p. 779).

Además de matizar la influencia de los temas o de los desencuentros ideológicos, no podemos obviar que las identidades orientan y sesgan las percepciones sobre los grupos externos y sobre la realidad que les rodea (Hong et al., 2004). Según lo teoriza Tajfel (1981) en *Human Groups and Social Categories*, los efectos de la categorización en la percepción se producen a través de mecanismos de acentuación intergrupal (percibir más diferencias entre los grupos de las que realmente existen) que operan de forma singularmente pronunciada si la dimensión que se somete a evaluación tiene una elevada carga de valor social. En relación con nuestro

objeto de estudio, la atribución de creencias, mentalidades o características sociodemográficas coincide con rasgos críticos íntimamente ligados a las líneas divisorias partidistas y en los que es previsible que surja una percepción de distancia artificial. Si profundizamos en el impacto de los estereotipos, dentro de una reflexión amplia sobre las funciones cognitivas del prejuicio, y volviendo de nuevo a Tajfel (1981), podemos sostener que las imágenes inexactas sobre un grupo preservan el sistema de valores del individuo —le protegen de la disonancia— y permiten que se mantenga la distinción positiva del endogrupo. A partir de estas constataciones, autores como Druckman et al. (2022) midieron la sobreestimación del nivel de extremismo del exogrupo y acreditaron que la animadversión sentida estaba exagerada por el efecto de los estereotipos: los electores evalúan al exogrupo pensando en el prototipo extremo y no en el votante medio que es usualmente más moderado y menos comprometido. Nos encontramos ante un problema de «falsa polarización» y de inferencias sesgadas (FERNBACH y VAN BOVEN, 2022) que nos devuelve a los presupuestos de los conflictos exagerados o irreales y complejiza los acercamientos basados en el distanciamiento ideológico (lo que influye en las actitudes interpersonales no es el alcance real del desacuerdo, sino la estimación perceptiva sesgada del mismo). Previamente, Ahler y Sood (2018) mostraron la existencia de percepciones erróneas no basadas en errores de cálculo o en simple ignorancia fáctica (Landy et al., 2018) a la hora de estimar la composición sociodemográfica de los partidos y cómo estas creencias inexactas, que asumían una excesiva homogeneidad en el exogrupo, impactaban en la lealtad al grupo, en el afecto partidista y en la atribución de extremismo (conectando clasificación social percibida y reacciones polarizadas). Dos grandes atajos mentales explican la incidencia de las percepciones erróneas en nuestros juicios y proyecciones: la falacia de conjunción y los heurísticos de representatividad, ambos vinculados a cálculos imprecisos de probabilidad de pertenencia por similitud con el estereotipo de la categoría o por asumir que dos condiciones se dan con frecuencia a la vez (Ahler y Sood, 2023). También en el contexto español hemos podido demostrar que las percepciones erróneas, originadas por procesos de categorización y comparación, son sistemáticamente más intensas hacia los grupos a los que no se pertenece y que, cuanto mayor es la distorsión de las posiciones temáticas atribuidas a dichos grupos, mayor es el rechazo afectivo hacia ellos (Crespo et al., 2024b).

Aunque estas creencias falsas o infundadas, que también polarizan los *factual beliefs* sobre la realidad general (Rekker, 2024), son producto de un sesgo cognitivo de base identitaria, se ven promovidas por la cobertura mediática que privilegia los perfiles más extremos y polémicos, por el tipo de contenido dominante en las redes sociales y por las propias estrategias de las élites, que tratan de alejar lo máximo posible a sus bases de los grupos rivales creando imágenes distorsionadas y caricaturescas de ellos (Flynn et al., 2017; Garrett et al., 2019; Yudkin et al., 2019). El fomento de la polarización a través de la promoción de los estereotipos como catalizadores del afecto negativo nos acerca a una última reflexión: ¿se avivan los sentimientos de rechazo y el partidismo negativo para que esa pasión movilice o impida la transferencia de

voto sin necesidad de tener que convencer de las virtudes propias? Si a través del discurso político se instala que los miembros del exogrupo son unos radicales, que son completamente diferentes o que nos odian, una posible victoria de la contraparte resulta un escenario tan desagradable que, por sí solo, persuade, incluso si nuestro partido nos ha decepcionado o no tenemos claro el vínculo. Atendiendo a los hallazgos de Garzia y Ferreira da Silva (2022), la extensión del «voto negativo» de componente afectivo, que es decisivo entre quienes presentan lazos menos fuertes con un grupo, demuestra que, en entornos polarizados, el comportamiento electoral de un significativo número de ciudadanos se orienta a perjudicar a quienes rechazan intensamente. Esta animosidad proviene de o ha sido intensificada por acciones de campaña negativa que tratan de maximizar las distancias entre grupos (Iyengar et al., 2012; Rodríguez et al., 2022).

Esta contextualización permite entender la inserción de la tesis en una prolija línea de investigación. Bajo la modalidad de compendio de publicaciones, los artículos incluidos afrontan tres temas poco explorados en el estudio de la polarización afectiva en España:

- El papel de las **percepciones erróneas**, en particular, cómo el sesgo cognitivo que conduce a la maximización imprecisa de las diferencias ideológicas con los grupos externos y a la percepción sistémica de un enfrentamiento mayor al real induce a los individuos a pensar que tienen poco en común con esos grupos, reaccionando adversamente contra ellos a partir de un juicio de acentuación intergrupala. De esta forma, debatimos las implicaciones de la «falsa polarización» y reforzamos la perspectiva tanto identitario-psicológica como comunicativa del fenómeno, en línea con los trabajos de Levendusky y Malhotra (2016), Enders y Armaly (2019) y Lees y Cikara (2021).
- Las **consecuencias sociales** de la polarización afectiva o cómo las identidades partidistas ya afectan a ámbitos no políticos en nuestro país: la «polarización cotidiana» en términos de Miller (2023, p. 122). Analizamos el impacto diferenciado de los dos tipos de sesgo grupal (favoritismo endogrupal y rechazo exogrupal) en las actitudes interpersonales. Se explora una forma específica de homofilia, la homogamia, como expresión icónica del distanciamiento social, siguiendo los trabajos inspiradores de Klostad et al. (2013) y Huber y Malhotra (2017).
- Las **consecuencias electorales** del partidismo negativo. Al indagar en la influencia que el partidismo negativo tiene sobre el comportamiento electoral, reflexionaremos sobre su carácter estratégico y sobre cómo la animadversión hacia ciertos grupos puede convertirse en una poderosa razón explicativa del voto, incentivando su uso y promoción en términos de utilidad comunicativa. La identidad política no se conforma solo a partir del apego como sentido de pertenencia positivo. La identificación por oposición puede ser tan determinante en la propia autocategorización que guíe la toma de decisiones. Continuamos en este punto los hallazgos de Caruana et al. (2015) y Lawall (2022).

1.1.1. La polarización afectiva en España: estado actual del arte

«Una de las dos Españas
ha de helarte el corazón».

Antonio Machado, «Españolito» (1912)

España vivió una cruenta guerra civil hace apenas un siglo. La caída de la Segunda República estuvo precedida por una evidente acumulación de pasiones identitarias. Los enfrentamientos religiosos, territoriales o de clase, que se trasladaban a la arena política, adelantaban una temprana batalla cultural por la definición de la esencia del país. El mito de un país dividido en dos mitades exactas e incompatibles, es decir, un país polarizado, siempre nos ha acompañado. De hecho, la revisitación de ese pasado en forma de acciones de memoria histórica o de resurgir nostálgico sigue hoy despertando controversias (Labanyi, 2008). El fantasma de los años 30, transmitido generacionalmente, ha generado una dependencia de senda que casi actúa como *fatum* trágico. Sin embargo, nuestro país supo sobreponerse a esa herida. La Transición estuvo dominada por narrativas consensualistas y un amplio compromiso entre las élites, tanto es así que puede decirse que España vivió un proceso de reencuentro afectivo o «despolarización» al superar, aparcando o gestionar virtuosamente las deudas del pasado en un momento histórico que ahora se resignifica como «pacto del olvido» (Davis, 2005). Lo cierto es que incluso en aquellos tiempos, o en el oasis centrípeto que se vivió a finales de los «felices noventa» (siguiendo la expresión acuñada por Joseph Stiglitz, 2003) y comienzos del nuevo milenio, España sufría desgarradores conflictos sociales, como el terrorismo de ETA. La vida en Euskadi mientras esta banda estuvo en activo representa un caso extremo, pero crucial, de polarización afectiva. Un enfrentamiento de base identitaria que se dejó sentir en la esfera personal —como retrató Fernando Aramburu en *Patria*— y que deshumaniza, incluso hasta la muerte, al exogrupo étnico-político. Tampoco el concepto de «crispación» es nuevo en nuestro país. Lo expone con precisión el profesor Lluís Orriols:

Me parece razonable pensar que la polarización no sea un fenómeno tan nuevo y que ya creciera durante los años de Rodríguez Zapatero. Algunos analistas etiquetaron ese periodo como los años de la crispación. Fueron tiempos marcados por la ruptura de grandes consensos en políticas como la organización territorial del Estado o la lucha contra ETA. La crispación iba mucho más allá de las diferencias de propuestas políticas. Se enraizaba en una disputa de trincheras, de rechazo visceral del rival (2023, pp. 137-138).

Este breve repaso histórico tan solo sirve para sumarnos a la idea de que la polarización afectiva en España no es un fenómeno excesivamente novedoso, si bien es evidente que no se ha podido medir ni estudiar previamente con la precisión con la que ahora lo hacemos. Esto no nos impide detectar en nuestro pasado reciente ciertos síntomas o consecuencias propias de

este estado de animadversión intergrupal. Estudios como los desarrollados por Gidron et al. (2020) situaron a España a la cabeza de los índices de polarización afectiva, en comparación con otras 19 democracias occidentales, entre ellas la norteamericana, incluyendo datos de nuestro país solo de 1996 a 2008. Según puntualizan Torcal y Comellas (2022), la polarización afectiva en España ha oscilado de manera importante entre 1993 y 2019, llegando a picos notables en 2015 (momento que coincide con la ruptura del sistema de partidos) y siendo baja, sin embargo, a principios de siglo (elecciones del año 2000 y 2004). Según reportan estos autores, entre 2004 y 2008, la polarización afectiva aumentó en un 24 % (Torcal y Comellas, 2022, p. 11), muestra de las mencionadas tensiones que se desataron en la primera legislatura de Rodríguez Zapatero, cuando arreció la batalla cultural en temas como el matrimonio gay, la igualdad de género o la memoria histórica. La experiencia de enfrentamiento intergrupal en España, incluso aceptando ciertas etapas de pacificación, nos permite tomar perspectiva y evitar catastrofismos o sensacionalismos («más divididos que nunca», «escala la pelea política hasta cotas inimaginables»), que son más de orden perceptivo que sustantivo. Así lo expresa el investigador del CSIC Luis Miller:

La polarización afectiva en España nos ha acompañado durante buena parte de nuestro período democrático más reciente y, desde luego, ha sido evidente en muchos momentos anteriores al incremento de las divisiones ideológicas que observamos en el siglo XXI. La polarización en España siempre ha tenido que ver más con los sentimientos y las identidades que con cuestiones prácticas (2023, p. 115).

Con todo, el desarrollo de los estudios sobre esta temática en Estados Unidos ha invitado a diferentes académicos nacionales a incorporar en sus proyectos nuevos indicadores hasta ahora impropios de nuestra tradición demoscópica (como los termómetros de sentimientos o las medidas de distancia social)³ y a recuperar preguntas de componente afectivo presentes en bases de datos como el *Comparative Study of Electoral Systems* (CSES) que incluyen muestras españolas. Algunos de los trabajos que se han centrado en el caso español han tratado asuntos no singulares de nuestro contexto que, en suma, venían a aumentar la evidencia disponible y la validez de diversas hipótesis sobre factores de expansión o consecuencias de la polarización afectiva. Encontramos, así, reflexiones sobre los efectos de la diversidad e intensidad de la dieta mediática (Padró-Solanet y Balcells, 2024; Melero-López et al., 2024; Crespo et al., 2024c) y los patrones de exposición selectiva (Cuéllar Rivero, 2025); sobre las relaciones entre la pandemia de la COVID-19 y este fenómeno (Galais y Balinhas Pérez, 2025); sobre la clasificación o convergencia social como variable explicativa de la extensión del afecto partidista negativo al ámbito personal (Comellas Bonsfills, 2022a); sobre el deterioro de la confianza social general

³El proyecto E-Dem de la Universidad Pompeu Fabra (Torcal et al., 2020) o las Encuestas Nacionales de Polarización del CEMOP (Soler-Contreras y López-Palazón, 2025) han destacado a este respecto. El Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) incluyó por primera vez en su Estudio nº 3480 (octubre de 2024) un termómetro de sentimientos hacia partidos (P13), hacia líderes (P14) y hacia votantes (P16).

a causa de estas dinámicas y sobre su matizado efecto en la confianza política dependiendo de las actitudes fuera y dentro del grupo (Torcal y Carty, 2024; Torcal y Thomson, 2023); sobre las campañas electorales como períodos de exacerbación de los sesgos identitarios (Rodríguez et al., 2022), la influencia de la polarización afectiva en la participación electoral (Serani, 2022; Hartevelt y Wagner, 2023) o el papel que juegan los acuerdos de coalición para reorientar las relaciones intergrupales y fomentar una lógica competitiva basada en los bloques ideológicos (Orriols y León, 2022; Romero-Martín et al., 2024); sobre la contestada dirección de la relación entre uso de redes sociales e incremento de la polarización afectiva y el magnificado efecto atribuido a estas aplicaciones, con particular énfasis en la contribución de las cámaras de eco frente al contacto con contenido contra-actitudinal (Lorenzo-Rodríguez y Torcal, 2022; Nordbrandt, 2022); sobre la existencia de percepciones erróneas y su relación con el rechazo afectivo y los procesos de distinción positiva del endogrupo en temas culturales cuya propiedad simbólica es decisiva para la identidad del grupo (Crespo-Martínez et al., 2021; Rojo-Martínez et al., 2023a; Crespo-Martínez et al., 2024b); sobre las relaciones de este objeto de estudio con el populismo, la reacción cultural y el retroceso democrático (Palacios-Brihuega et al., 2024; Pérez-Rajó, 2025); sobre sus raíces económicas (desempleo, desigualdad, pobreza) y los efectos indirectos de la crisis de 2008 que operan a través de un cambio en el sistema de partidos y un posible proceso de radicalización de las preferencias (Miller, 2023); sobre la responsabilidad de las élites políticas como agentes capaces de alterar las posiciones de la opinión pública (Torcal, 2023); o, por último, sobre la singular capacidad de la derecha radical para producir y recibir rechazo y reordenar los antagonismos a su alrededor al tiempo que promueve reacciones defensivas en unos electores y tensiones condicionantes en las fuerzas centristas de su espectro (Comellas Bonsfills y Torcal, 2025).

La contribución que han podido tener los cambios en el sistema de partidos, con la aparición de fuerzas desafiantes y radicales que cuestionan consensos básicos y, sobre todo, avivan los debates sobre temas de calado identitario-cultural que generan con mayor facilidad divisiones afectivas, plantea una reflexión clave: si son estos nuevos partidos los que, con su presencia, mueven al electorado hacia posiciones más polarizadas, o si, por el contrario, su éxito electoral es solo el reflejo de un desencuentro afectivo previamente existente (Garmendia Madariaga y Riera, 2022). El capítulo 6 del libro *De votantes a hooligans. La polarización política en España*, escrito por el profesor Mariano Torcal, aporta algunas ideas fundamentales para profundizar en este debate:

Las y los partidarios del PSOE reaccionaron a la irrupción de Vox reforzando, en una reacción defensiva, los sentimientos positivos hacia su propio grupo de partidarios y, simultáneamente, generando fuertes sentimientos de rechazo hacia los de la derecha radical, lo que se traduce en mayores niveles de polarización afectiva (2023, pp. 140-141).

Dado que en muchos resultados de esta tesis se va a ver con claridad que Vox despierta actitudes singulares, tanto cuando hablemos de distanciamiento social como cuando lo hagamos sobre percepciones erróneas o partidismo negativo, estos incisos eran del todo necesarios. Aunque Vox no se comporta de forma desviante respecto al resto de *Populist Radical Right Parties* de Europa, su tardía aparición y su relación de cooperación con la derecha moderada sí conforman un contexto diferente al europeo. Al margen de lo anterior, el único tema realmente único presente en la literatura sobre polarización afectiva en España se deriva de la toma en consideración de la variable territorial-nacional. Cuando Euskadi se encaminaba a un proceso de despolarización tras el anuncio del cese definitivo de la actividad armada por parte de ETA (2011), el movimiento secesionista catalán planteó un desafío de evidentes consecuencias políticas. El papel de las identidades nacionales y de las diferentes preferencias en materia de organización territorial ha generado notable atención académica al convertirse en un tema central de la competición política española desde, al menos, el año 2015 y tener un claro componente intergrupual (Rodon, 2024; Balcells y Kuo, 2023; Balinhas Pérez, 2024). La propia situación de Cataluña a partir de 2017 pudo avivar un nacionalismo español tradicionalista adormecido y precipitar la aparición de un agente polarizante como Vox, un partido que utilizó la oposición al independentismo como una parte esencial de su narrativa identitaria (Turnbull-Dugarte, 2019; Turnbull-Dugarte et al., 2020; Crespo-Martínez y Mora-Rodríguez, 2022). En otro lugar pudimos aproximarnos a la alineación de identidades territoriales y políticas y a la conexión entre los sentimientos de pertenencia a comunidades nacionales o regionales y las expresiones de afecto partidista, concluyendo que:

Entre los principales hallazgos de esta investigación se encuentra la relación estadísticamente significativa y negativa entre los sentimientos respecto al Partido Popular, Vox y Ciudadanos y las posiciones en la escala de identidad territorial. Las identidades territoriales esencialmente no españolas o predominantemente no españolas están relacionadas con la presencia de sentimientos de rechazo hacia los partidos nacionales de la derecha (...). También se ha tratado extensamente y con resultados relevantes el grado de solapamiento identitario entre pertenencia territorial, ideología y partidismo (Rojo-Martínez, 2021, pp. 107-108).

La activación de la dimensión territorial como componente central de los afectos partidistas ha ido erosionando progresivamente el carácter bidimensional de la competición. Lo que antes podía funcionar como un eje *cross-cutting* (una dimensión transversal que introducía complejidad y pluralismo), ha pasado a integrarse cada vez más en la lógica de la mega-identidad de bloque. Esta alineación se hace especialmente visible con la conformación del llamado «bloque de la moción de censura» (2018), en el que confluyeron actores ideológicamente dispares como Unidas Podemos, el PSOE, el PNV o el espacio posconvergente catalán. En segundo lugar, el ascenso de Vox ha contribuido a intensificar esta dinámica: al politizar de forma frontal la cuestión territorial desde posiciones recentralizadoras y convertirse en un partido con posibilidad real de condicionar el gobierno, ha empujado al centro-izquierda a

incorporar las demandas nacionalistas en su propia agenda, como salida preferible frente a la llegada al poder de la derecha radical y como vía de contraste simbólico. Como resultado, las identidades en conflicto (ideológica, partidista y territorial) se simplifican en un sistema de competición dominado por una lógica polarizante de bloques.

Eso sí, cuando hablamos de las etiquetas ideológicas izquierda/derecha en España en tanto que conformadoras de bloques afectivos, como sucede en otros sistemas europeos en los que permanece el sesgo de favoritismo endogrupal de base partidista pero se modera la expresión diferencial de rechazo hacia los partidos ubicados en el mismo espectro (Kekkonen e Ylä-Anttila, 2021), es importante recordar que la ideología actúa más como otra forma de identidad grupal que como suma ordenada y previa de creencias (Comellas-Bonsfills y Torcal, 2023; Miller, 2023). La forma binaria que presupone la organización en torno a bloques no conlleva en sí la eliminación de las identidades partidistas, sino una construcción jerárquica de órdenes de pertenencia alineados que pueden ser activados indistintamente atendiendo a su mejor capacidad contextual de categorización/distinción. Aunque tendremos ocasión de analizar en mayor profundidad esta cuestión en otros apartados de la tesis, la articulación discursiva que define el endogrupo y el exogrupo dependerá de determinantes cognitivos, estratégicos, pragmáticos y coyunturales, lo que no evita que encontremos en el partido el grupo mínimo de pertenencia. Al fin y al cabo, los seres humanos tienen identidades sociales múltiples que jerarquizan en una estructura compleja e interrelacionada, que están más o menos solapadas al interior del grupo, y cuyo nivel de saliencia es variable (Roccas y Brewer, 2002; Miller et al., 2009). En el ejemplo de los bloques ideológicos en España, y recuperando las ideas de Orriols y León (2022), en las elecciones de 2016 la rivalidad entre PSOE y Unidas Podemos era muy destacada. Tanto es así que el principal elemento en juego en esa elección era cuál de los dos partidos quedaba segundo y no tanto quién ganaba al PP. En ese momento, la categoría «izquierda», aunque compartida por los dos electorados, no cumplía una finalidad de distinción relevante, pues lo decisivo era si se estaba en el grupo partidista de la izquierda tradicional o de la izquierda alternativa. Luego, los condicionantes sistémicos y la aparición de Vox llevaron a estos dos grupos a coordinarse y subsumirse dentro de una categoría que agudizara el contraste con el enemigo externo. Ahora, ambos partidos vuelven a marcar importantes diferencias a propósito de cuestiones como el gasto en defensa.

Para finalizar este repaso a las investigaciones que hasta ahora han surgido en España sobre polarización afectiva, recuperamos los resultados de un artículo publicado hace dos años y en el que desarrollamos un acercamiento metodológico innovador, a partir del concepto de caracterización, para el estudio de este problema en España. Apostamos por un sistema de clasificación basado en condiciones actitudinales (tomando las puntuaciones dadas a los principales partidos en el termómetro de sentimientos) y conductuales (voto) que nos permitió distinguir entre individuos polarizados y no polarizados afectivamente dentro de

cada bloque. Posteriormente, aplicamos un análisis discriminante lineal realizado en modo secuencial, utilizando el criterio lambda de Wilks para cada función canónica. Así, pudimos conocer las variables que predecían la pertenencia a la condición de polarizado dentro de cada espectro ideológico y que, a su vez, diferenciaban a los polarizados de cada espectro entre sí (Rojo-Martínez et al., 2023b). Los polarizados de izquierdas se diferenciaban de los polarizados de derechas (como resultaba previsible) por su autoubicación ideológica, pero también el sentimiento territorial y la religiosidad se convertían en variables con poder discriminante. Este resultado validaba la aplicación de las tesis de la clasificación social a nuestro país, por cuanto territorio, religión, partidismo e ideología parecían converger en un mismo sentido de pertenencia y distinguir perfiles políticos. A su vez, los polarizados de izquierdas se distinguían del resto de personas de ese espacio por un mayor extremismo ideológico, una valoración diferente de la situación política (mayor sesgo de razonamiento motivado) y un consumo más intenso de Facebook y WhatsApp con fines políticos. Sin embargo, los polarizados de derechas solo se diferenciaban de los votantes de derechas en general por su ideología más extrema (Rojo-Martínez et al., 2023b, pp. 118-120). Un análisis integrado de estos resultados evidencia el peso del extremismo ideológico al menos cuando tratamos de clasificar perfiles psico-afectivos y la ausencia de diferencias sociodemográficas con capacidad suficiente para predecir la condición individual de polarización, a pesar de que en los datos descriptivos encontramos algunos resultados relevantes según sexo: el 58,6 % de los polarizados de izquierdas eran mujeres, pero entre los polarizados de derechas representaban el 47,5 % (Rojo-Martínez et al., 2023b, p.116). La brecha de género en las actitudes políticas ocupa un lugar destacado en algunos de los artículos de esta tesis, aunque el resultado obtenido años atrás ya nos advierte de que su influencia puede estar mediada por la identidad política en forma de interacción potenciadora que limita la influencia aislada del género. Según lo evidenciado en otro de nuestros estudios, las mujeres de Sumar estaban más polarizadas afectivamente que los hombres del mismo partido, mientras que en Vox sucedía a la inversa. Por tanto, aunque el género establecía diferencias, estas no eran uniformes y el aspecto prepolítico se activaba con influencia polarizante en interacción con determinadas identidades partidistas (Crespo-Martínez et al., 2024a, p. 238).

Como resaltábamos en los últimos párrafos de la contextualización, esta tesis forma parte de una línea de investigación altamente productiva, que evidencia la relevancia social y científica del problema. Por el momento, en España, un total de cuatro tesis doctorales han tratado la polarización afectiva como foco central de análisis. Asumimos un diálogo directo con ellas para profundizar en áreas poco exploradas, reconociendo los avances y consensos ya existentes en otras. La tesis pionera de Josep M.^a Comellas Bonsfills (2022b) exploró los factores que explican bajo qué condiciones las antipatías partidistas pueden extenderse hasta influir en las actitudes interpersonales. Esta tesis también se ocupa del papel desempeñado por la derecha radical en España, que es a la vez síntoma y motor de la polarización afectiva. Estas conclusiones justifican nuestro empeño por investigar las consecuencias sociales y

relacionales de la polarización afectiva. Previamente, la tesis de Manuel Almagro Holgado (2021), con enfoque filosófico y partiendo de los postulados del expresivismo, nos inspira al recordar que difícilmente podemos llegar a medir cómo la gente se siente o qué es lo que cree. Dado que es más plausible que podamos medir actitudes y no estados mentales profundos, las manifestaciones de hostilidad o de simpatía son demostraciones de compromiso, juicios, discursos, posiciones y no tanto emociones independientes del lenguaje o de la reflexión. Las expresiones afectivas mandan un mensaje sobre nuestra forma de comprender el mundo y sobre los valores que sostenemos (Almagro Holgado, 2021). Tiempo después, Daniel Balinhas Pérez (2024) nos enseñó que determinadas coyunturas sociopolíticas —como una pandemia— pueden condicionar los afectos intergrupales, que, por tanto, deben ser analizados en perspectiva temporal y dinámica, avanzó en la comprensión cualitativa de los razonamientos que subyacen a las relaciones entre grupos y, coincidiendo con algunos de nuestros planteamientos previos (Crespo-Martínez et al., 2021; Rojo-Martínez et al., 2023a; Crespo-Martínez et al., 2024b), se ocupó de las consecuencias que la percepción de polarización podría llegar a describir. Por último, este mismo año, Rubén Cuéllar Rivero (2025) aportó interesantes evidencias sobre los efectos de las conductas de exposición selectiva en las valoraciones hacia los líderes políticos y sobre las dinámicas de segregación que dominan la distribución de audiencias en el sistema mediático español, una prueba más de la capacidad de las identidades políticas para dividirnos incluso en nuestros gustos, hábitos y preferencias aparentemente más banales.

Cuadro 1: Tesis doctorales sobre polarización afectiva defendidas en España

Autor	Universidad	Año	Título de la tesis
Cuéllar Rubén	Rivero, USAL	2025	Dieta mediática y polarización afectiva en España: sobre el afecto y rechazo hacia líderes políticos a causa del uso de medios de comunicación
Balinhas Daniel	Pérez, UAB	2024	On Political Polarization: Conceptualizing Affective Polarization and Exploring Its Causes from a Multi-Method Approach
Comellas Josep Maria	Bonsfills, UPF	2022	Causes and Consequences of Affective Polarisation in Comparative Perspective
Almagro Manuel	Holgado, UGR	2021	Seeing Hate from Afar. The Concept of Affective Polarization Reassessed

Fuente: TESEO, Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades.

1.2. Problema de investigación, limitaciones en el conocimiento disponible y contribución

La polarización afectiva aparece ante nosotros como un importante reto social no solo por la acentuación de los sesgos de grupo y del razonamiento motivado en la vida política (sesgos que con mayor o menor intensidad ya existían previamente⁴), sino por su capacidad para dañar la convivencia, condicionar las relaciones humanas y provocar entornos homofílicos que convierten a las identidades partidistas en un factor de segregación. A pesar de esta constatación, apenas se ha prestado atención en España a las expresiones de distanciamiento social como manifestación y consecuencia más evidente de esta división sentimental. Tal vez el dominio del enfoque politológico sobre el sociológico ha contribuido a desatender la medición de diferentes expresiones de discriminación cotidiana que, sin embargo, ya fueron consideradas en estudios clásicos como *The Civic Culture: Political Attitudes and Democracy in Five Nations* de Gabriel Almond y Sidney Verba (1963), cuyos datos recuperan Iyengar et al. (2012) en el artículo seminal ampliamente citado en esta tesis. Ya en este estudio se consideró que las actitudes hacia los matrimonios interpartidistas constituían una prueba de tolerancia y pluralismo, evidenciaban la capacidad de las identidades políticas para estructurar a las sociedades (organizar comunidades, moldear trayectorias vitales) y, además, predecían las condiciones en las que se desarrollaría la socialización política de las generaciones futuras.

Probar la existencia de expresiones de distanciamiento social hacia individuos en base a sus identidades políticas representa una prueba definitiva, reveladora y exigente del alcance de los sesgos grupales. Pese a que los aportes relacionados con niveles de confianza interpartidista se acercan, desde los presupuestos de la economía conductual, a la lógica del distanciamiento (Carlin y Love, 2013; Iyengar y Westwood, 2015; Westwood et al., 2018) —tanto que la desconfianza en el exogrupo podría ser un argumento poderoso para sostener la discriminación—, al medir confianza tan solo se evalúa la expectativa de relación recíproca y cooperativa general, pero no el establecimiento de un vínculo duradero y profundo. Asimismo, cuando expresamos actitudes hacia los partidos o hacia los líderes, seguimos inscritos en el campo político y, por tanto, las expresiones de afecto diferencial tratan de ser coherentes con el sistema de predisposiciones que los individuos utilizan para tomar decisiones como el voto y consolidan las identidades que enmarcan la respuesta, sin que eso pruebe realmente la presencia de tendencias discriminatorias en lo social. En este sentido, las medidas convencionales de polarización afectiva a través de termómetros de sentimientos hacia objetos grupales solo definidos por la categoría de pertenencia estarían midiendo la intensidad de la identificación manifestada (su comunicación simbólica), pero no con claridad el alcance y las consecuencias del prejuicio

⁴Para un análisis en profundidad de la influencia de los sesgos partidistas en las evaluaciones retrospectivas, en la atribución de responsabilidades y en la racionalidad del electorado, recomendamos ver el trabajo de Orriols (2010).

intergrupar. Al rebajar el nivel de abstracción y especificar el desagrado frente a una situación social que comporta una disyuntiva de elección que no tiene consecuencias políticas evidentes, la expresión ya no es solo declarativa de la propia identidad. Transforma ese anclaje en un sistema de ordenación que eleva la pertenencia al grupo político a la condición de identidad arraigada a partir de la cual se construyen las relaciones íntimas y los anhelos vitales. Las conductas evitativas en esferas interpersonales (amistad, pareja, trabajo), captadas a través de estas medidas de distanciamiento social, presentan una correlación tan solo moderada con las valoraciones de los partidos (Druckman y Levendusky, 2019; Kekkonen et al., 2022).

Es plausible pensar que, cuando los entrevistados se enfrentan a las preguntas de distanciamiento social, no responden como si se tratara de una medida más de evaluación grupal. El trasfondo de deseabilidad o la cohibición normativa es más potente en estos casos y, además, la propia pregunta suele resultar algo sorprendente e invita a reflexionar. No obstante, algunos autores han preferido agregar las medidas de distanciamiento social junto a otras como los termómetros de sentimientos, las muestras de incivilidad y los juicios de rasgos para obtener un indicador único (Huddy y Yair, 2021; McMurtrie et al., 2024). Respetando la pertinencia de estos aportes, pero dado que en España escasean los análisis en profundidad sobre actitudes de distanciamiento social (que no son equivalentes a los termómetros de sentimientos hacia votantes corrientes), optamos por un tratamiento aislado de las preguntas relacionadas con la aceptación o rechazo a tener una pareja según su identidad partidista⁵.

No buscamos describir solo la extensión de los sesgos partidistas en las relaciones de pareja, ampliando los conceptos de homofilia y homogamia, lo que de por sí creemos que ya sería original y relevante para el caso español, sino que también estimaremos el efecto de la polarización afectiva (como dispersión de evaluaciones) en las escalas relacionales de agrado/desagrado y, a la vez, avanzaremos en el entendimiento sobre cómo operan los sesgos de favoritismo endogrupal frente a los de rechazo exogrupal, que no podemos considerar como equivalentes ni como polos de un continuo: no siempre un fuerte apego a un grupo predice el rechazo al exogrupo (Torcal, 2023; Torcal y Thomson, 2023; Martin-Gutierrez et al., 2024). El debate sobre la interrelación entre estos dos sesgos es uno de los grandes nudos gordianos de la Psicología social. En un artículo que nos atrevemos a calificar de revolucionario, Greenwald y Pettigrew (2014) acumulan un alto número de evidencias hasta concluir que la discriminación social está provocada más por la voluntad de apoyar a los miembros del grupo propio (favoritismo) que por el ánimo de perjudicar a los ajenos. Si, por tanto, en las relaciones sociales es más frecuente encontrar expresiones de preferencia endogrupal que de animosidad, deberíamos obtener resultados similares a la hora de explicar la homogamia política. Pero,

⁵Como queda reflejado en el capítulo 4, optamos por utilizar la elección de pareja y no de amigos basándonos en datos previos de encuesta que demuestran que en esta esfera se primaba más el aspecto político, algo que pensamos, por las implicaciones vitales que tiene, es consistente.

tal vez, el punto clave es que la prevalencia de estos sesgos depende del campo (social *vs.* político) en el que se produce la elección o la manifestación de preferencias. Sobre este asunto indagaron experimentalmente Rudolph y Hetherington (2021) hasta concluir que la aversión hacia el exogrupo prevalece en entornos políticos, pero no así en las interacciones sociales, donde las actitudes están más condicionadas por el apego endogrupal. Hace apenas unos meses, Norman y Green (2025) midieron la distancia social entre demócratas y republicanos en pruebas de elección forzada con un diseño *conjoint*. Concluyeron, al igual que Rudolph y Hetherington (2021), que el sesgo de rechazo exogrupal prevalecía en mediciones abstractas de actitudes y no de forma clara en los comportamientos personales intergrupales. Uniéndonos a esta discusión, podemos preguntarnos lo siguiente: ¿la mayor adhesión (pertenencia) a un grupo-partido implica mayor aceptación de una posible pareja de ese partido (favoritismo endogrupal)? ¿La mayor adhesión hacia un partido predice el rechazo hacia una pareja que vote al grupo rival de ese partido (rechazo exogrupal)? ¿Qué sucede cuando controlamos mutuamente la adhesión al endogrupo de la pareja y al resto de grupos, estimando la posibilidad de aparición de ambos sesgos, y a su vez incluimos en el modelo la dispersión de afectos?

Junto a las consecuencias sociales de la polarización afectiva y a la influencia de los sesgos grupales en estos escenarios, la posibilidad de que el intenso rechazo a un grupo constituya una forma de identificación social denominada «partidismo negativo» (Areal, 2024; Russo y Areal, 2025) nos permite abordar otro tipo de disposición grupal que puede llegar a ser influyente en el comportamiento electoral de los ciudadanos (Mayer, 2017). Esta fuerte hostilidad, que conduce a una definición del autoconcepto por oposición, puede aparecer en ausencia de apego a grupo alguno y, de nuevo, cabe incidir en que no es la mera contraparte del concepto de partidismo positivo (Caruana et al., 2015; Bankert, 2021). El partidismo no se materializa en una escala bidimensional que va de polo positivo a polo negativo, sino que es una condición identitaria que puede darse de forma negativa y positiva o solo negativa o solo positiva (Abramowitz y Webster, 2016). La independencia entre ambos constructos, que hasta se vinculan con tipos de personalidad diferentes (Bankert, 2022), conecta la línea de investigación centrada en el «partidismo negativo» (capítulo 5) con aquella otra que trata de demostrar la contribución diferencial del favoritismo endogrupal y del rechazo exogrupal (capítulo 4). Este «lado oscuro» del partidismo que se manifiesta como repulsión continuada no ha sido tradicionalmente atendido por los investigadores, menos aún en España, donde siempre se puso en duda la relevancia y fortaleza de la identificación partidista en general (Caruana et al., 2015; Crespo-Martínez et al., 2024a). No obstante, en los últimos tiempos, las identidades negativas han cobrado protagonismo porque el rechazo hacia el exogrupo representa el principal factor responsable del aumento de la polarización afectiva (Bankert, 2021). La brecha diferencial se agranda por el empeoramiento exponencial de la valoración de los rivales, a pesar de que el aprecio por el endogrupo no ha mejorado y hasta ha podido debilitarse (Iyengar et al., 2019; Iyengar, 2024). Estos fenómenos (polarización afectiva y partidismo negativo) han

sido tratados de forma asidua e imprecisa como sinónimos al coincidir algunas definiciones en la manifestación de hostilidad o en la expresión de afectos negativos exgrupales como rasgos definitorios compartidos por ambos conceptos (Mayer y Russo, 2024). Si bien está claro que no son lo mismo (el partidismo negativo no implica una diferencia de evaluación entre dos grupos, solo la actitud-disposición hacia uno), sí están abiertamente relacionados y presentan una asociación significativa y positiva (Areal, 2024; Mayer y Russo, 2024; Wagner, 2024).

Si volvemos al trabajo de Garzia y Ferreira da Silva (2022), estos autores detectan que, en EE.UU., ha crecido el número de electores que votan más «en contra» que «a favor» y consideran que esto es una manifestación clara del clima de enfrentamiento afectivo que vivía el país. Pero, ¿por qué el «voto negativo» puede ser tratado como una de las más evidentes consecuencias electorales de la polarización afectiva? Primero, porque se sostiene en un fuerte sentimiento de rechazo o aversión hacia los rivales, hasta el punto de primar su derrota como argumento esencial para justificar el comportamiento electoral individual. Segundo, porque contiene un razonamiento de base que ignora o desplaza el juicio positivo sobre la opción elegida, algo que resulta por sí mismo irracional. Sumado a esto, el «voto negativo» («voto anti») y, como antecedente del mismo, el partidismo negativo, pueden considerarse productos actitudinales y conductuales de las campañas negativas, que a su vez han sido señaladas como potenciadoras de la polarización afectiva (Nai y Maier, 2023; Martin y Nai, 2024). Estas herramientas de comunicación electoral parecen estar extendiéndose por todo tipo de democracias. Si bien Garzia y Ferreira da Silva (2022) reconocen que los sistemas bipartidistas presentan de entrada mayores incentivos para el «voto negativo», también afirman que en los sistemas multipartidistas surgen profundas brechas que deberían invitar a realizar investigaciones con enfoque afectivo sobre nuevos fundamentos del comportamiento electoral en estos contextos. Aceptando esta reflexión, el capítulo 5 de la tesis busca demostrar hasta qué punto el partidismo negativo puede ser considerado una razón de voto en España, al igual que tradicionalmente lo han sido la ideología, la identificación partidista positiva (afirmativa) o el liderazgo. Eso sí, no deja de resultar sorprendente el redescubrimiento de las identidades cuando el gran problema de los estudios politológicos fue, hasta hace una década, la desafección, el desalineamiento o el antipartidismo (Dalton et al., 2000; Torcal et al., 2003; Van Wessel, 2010; Dalton, 2012). El desapego provocado por estas tendencias representa el escenario antitético al que venimos describiendo.

Puede que la polarización, como un clima de opinión y un estado de ánimo instalado estratégicamente por las élites, sea precisamente una respuesta a esa situación previa de desencanto o ruptura de los lazos de pertenencia. Como relata Mia Costa en su reciente libro *How Politicians Polarize* (2025), el partidismo negativo forma parte de una estrategia electoral que permite definir mejor a quién representa cada candidato (centrando la comunicación en el rival y no en uno mismo), genera más visibilidad y viralidad, y parece reforzar la adhesión

de los miembros del endogrupo, que se vuelven cada vez más fieles (asumiendo cierto riesgo respecto a los votantes flotantes, menos favorables a las estrategias de ataque). Hasta se ha demostrado que el uso de mensajes negativos incrementa el número de donaciones que puede recibir una campaña (Lawall et al., 2025). De igual forma, se observa que las campañas exacerbaban más la animadversión exogrupal que los sentimientos positivos dentro del grupo (Öhberg y Cassel, 2023) y cabe pensar que la intensificación prolongada de las emociones negativas contra los rivales provocará un realineamiento y facilitará de nuevo la lealtad electoral. Para comprender esta cadena de reacciones afectivas, resulta necesario detenerse en la aparición de nuevos partidos o actores desafiantes que son asumidos por muchos votantes como una clara amenaza y que avivan identidades y sesgos latentes. Consecuentemente, en la literatura sobre partidismo negativo se ha atendido a la concentración singular de este tipo de identificación en torno a la derecha radical (Meléndez y Rovira Kaltwasser, 2021). La práctica del cordón sanitario, asociada a los principios del antifascismo, sigue vigente en la cultura política de algunos países europeos y nos permite entender esta forma de excepcionalidad afectiva que puede beneficiar electoralmente a las fuerzas *mainstream*. Si la promoción del rechazo y la hostilidad hacia el exogrupo, para conducir a procesos de identificación negativa, genera réditos electorales (incrementa la probabilidad de apoyar a una determinada formación, moviliza o fideliza), las élites tendrían un incentivo que les llevaría a adoptar una retórica de contenido antagonista, simplificado y sentimental basada en la depreciación, el ataque, el miedo o la maximización de las diferencias.

Hasta donde llega nuestro conocimiento, no hay evidencia empírica en España sobre el impacto electoral del partidismo negativo. Un buen contexto para comenzar a trabajar sobre este tema se produjo con ocasión de las elecciones generales de julio del año 2023. Estos comicios estuvieron marcados por una lucha bibloquista en torno a *frames* polarizantes cuya máxima consistía en evitar a toda costa que llegara o siguiera en el poder el exogrupo: «derogar el sanchismo» o «parar la ola reaccionaria» no eran propuestas sustantivas (Crespo-Martínez et al., 2025a). Particularmente, resultó llamativo cómo el PSOE decidió azuzar la posibilidad de que la ultraderecha llegara a Moncloa como un claro revulsivo. Tal vez algunos electores no se sintieran cómodos con las decisiones del PSOE o con los resultados de las políticas del gobierno, pero se antepuso otra pregunta crucial: ¿quieres que ganen aquellos que realmente te causan animadversión? El propio PSOE quedaba relegado en el esquema narrativo e incluso podía ser asumido como «mal menor» o voto de «nariz tapada». Más allá de la intuición estratégica, ¿qué nos dicen los datos? Maximizando los controles, ¿funcionó el intenso rechazo a la derecha radical como una variable que aumentó la probabilidad de votar al PSOE? ¿Sucedio también a la inversa? Resolver estas preguntas nos permitirá conocer mejor cómo algunos elementos constituyentes de la polarización afectiva (como los sentimientos negativos) son utilizados con fines electorales y, al actuar como incentivo estratégico, refuerzan la retórica polarizante de las élites que a su vez condicionará la percepción de los ciudadanos y sus actitudes intergrupales.

Por el momento, nos hemos referido a dos expresiones de la polarización afectiva: una de carácter social, visible en el distanciamiento interpersonal, y otra de carácter electoral, observable en la influencia política del partidismo negativo. La presente tesis no solo se ocupa de estos dos destacados asuntos, presenta mediciones de percepciones erróneas tanto de las posiciones ideológicas de los grupos partidistas como de la distancia existente a nivel sistémico y las relaciona con el incremento del rechazo intergrupalo y de la polarización afectiva individual. No se trata de estimar solo el efecto de la polarización o de la posición percibidas (Rodríguez-Teruel, 2022; Torcal, 2023; Balinhas Pérez, 2024), sino de concretar cómo de distorsionada (por sesgos de origen grupal) está esa percepción. Sabemos por una larga tradición de estudios que la percepción del desacuerdo intergrupalo es mayor que el desacuerdo real, una percepción desviada que ha recibido el nombre de «error de incompatibilidad» (Robinson et al., 1995; Chambers y Melnyk, 2006). La propia identidad grupal condiciona la deducción y el juicio sobre el exogrupo al propiciar una visión despectiva de sus motivaciones y creencias, que una vez son atribuidas contribuyen al distanciamiento y refuerzan mediante el contraste acentuado la identidad endogrupal (Van Bavel et al., 2013). El error de estimación del grado de desacuerdo no es aleatorio ni sucede en todo tipo de temas por igual, se da más intensamente en aquellos que son decisivos para definir posicionamientos distintivos del grupo y que también son más sensibles, susceptibles de provocar respuestas emocionales frente a una sensación de ataque a valores centrales (Chambers y Melnyk, 2006; Rojo-Martínez et al., 2023a). La expresión más intensa del sesgo perceptivo en los temas con valor distintivo nos invita a pensar que el mecanismo cognitivo que subyace no es solo el pensamiento categórico y simplificador o la presencia de un heurístico de representatividad activado a través de estereotipos (Bordalo et al., 2016; Fernbach y Van Boven, 2022), también existe una voluntad de procesar el entorno para obtener evidencias que respalden impresiones previas. Y estos sesgos perceptivos motivados tienen consecuencias sobre tres aspectos decisivos: la atribución de rasgos, el incremento del favoritismo endogrupal y la aparición de emociones negativas hacia el exogrupo como la ira (Chambers y Melnyk, 2006).

El esfuerzo por distinguir el efecto de percepción del efecto de falsa polarización (error cognitivo cuantificable) es el elemento de mayor interés que esta tesis puede llegar a aportar, dentro del debate general sobre la influencia de las percepciones, para el caso español. Con los acercamientos metodológicos desarrollados previamente (Crespo-Martínez et al., 2021; Rojo-Martínez et al., 2023a; Crespo-Martínez et al., 2024b), en los que hemos combinado cálculos diferenciales (percepción/autosituación/distancia real) de posiciones sobre temas concretos (*issue-based misperceptions*) y de ubicación ideológica, se ha demostrado que no solo debe medirse el efecto del desacuerdo proyectado, que puede ser más o menos preciso, sino la dimensión del error perceptivo como síntoma de la fuerza con la que operan los sesgos

de grupo⁶. En todo caso, la dirección de la relación causal entre proyección de polarización y actitudes no es unívoca.

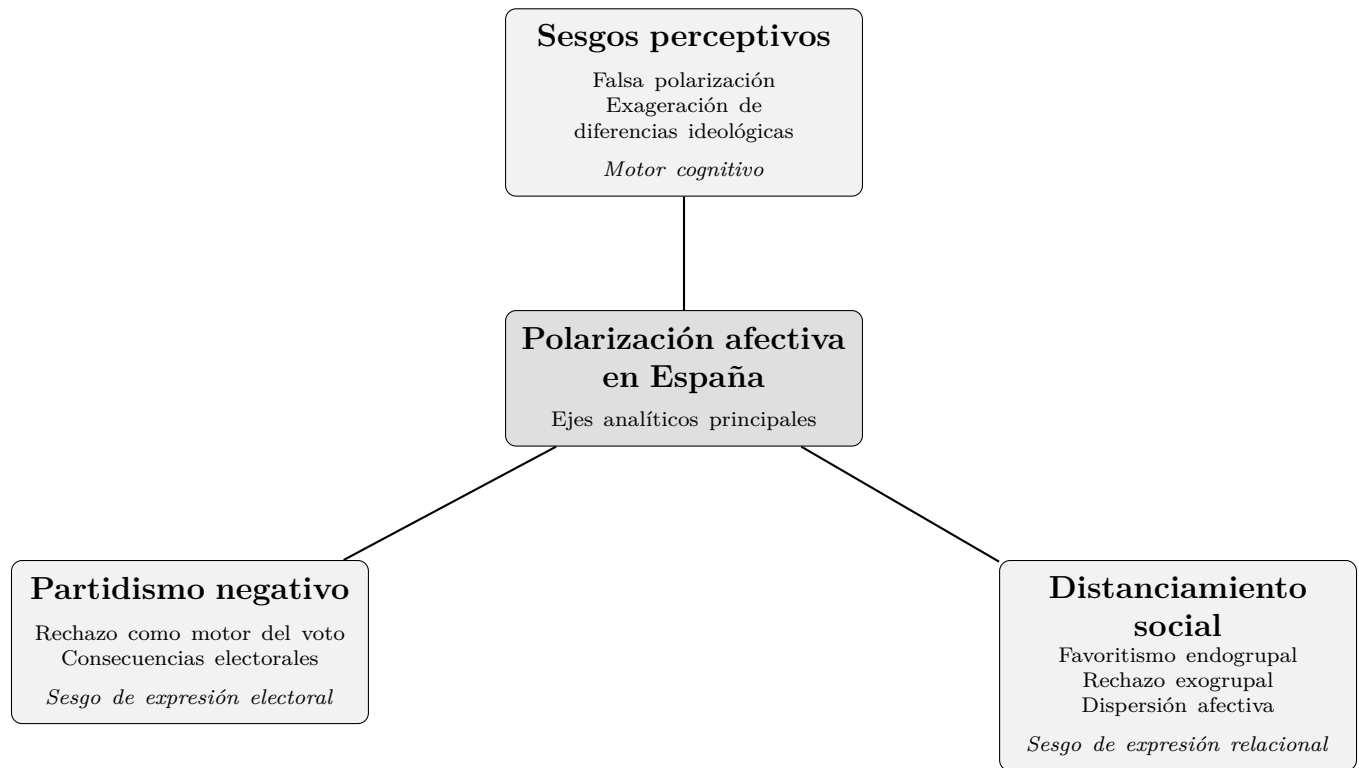


Figura 2: Esquema compacto de los motores y consecuencias de la polarización afectiva.

Fuente: elaboración propia.

Por un lado, se ha corroborado que los ciudadanos con actitudes más extremas tienden a atribuir al resto de personas una activación emocional similar a la suya y eso les hace proyectar altos niveles de polarización en los demás (Van Boven et al., 2012). Desde esta perspectiva, las estimaciones elevadas de extremismo exogrupal o, por derivación, de polarización sistémica percibida constituyen una prueba indirecta de altos niveles individuales de polarización. Sin embargo, otros estudios señalan que la cobertura mediática y la retórica partidista instalan estratégicamente una imagen estereotipada del exogrupo a partir de la cual se producen las evaluaciones afectivas negativas del mismo (Druckman et al., 2022). La animadversión sería, desde estos presupuestos, consecuencia de una brecha de percepción que, además, abre la puerta a intervenciones correctoras con potencial despolarizante (Ahler, 2014; Yudkin et al.,

⁶En EE.UU. se ha utilizado usualmente la estimación de características sociodemográficas (composición) como contenido del estereotipo y objeto de estimación (Ahler y Sood, 2018; Orr y Huber, 2021).

2019; Lees y Cikara, 2021). A pesar de que estos debates sobre la relación de causalidad entre dos fenómenos tan interrelacionados son atractivos para los científicos sociales, creemos que un excesivo empeño por desentrañar este punto puede ser improductivo, por lo que tal vez lo más razonable sea asumir la postura que ya argumentaron Enders y Armaly (2019, pp. 824-825): «la polarización real y la polarización percibida se influyen mutuamente y cada una ejerce por sí sola un impacto sobre un amplio conjunto de comportamientos y orientaciones políticas. La polarización es, en definitiva, un estado del mundo: a la vez es consecuencia y causa de sí misma» [*La traducción es propia*]. A esta frase añadimos que la polarización (mal) percibida, que es una medida más detallada que la de simple proyección, alimenta la polarización real, pero a la vez se ve influenciada por la intensidad de la identificación con el grupo (condición base de la polarización real), por cuanto todo acto de percepción integra un juicio social donde los sentimientos de pertenencia actúan como filtros detonantes de mecanismos de protección del endogrupo y diferenciación-acentuación.

Uniendo todas estas premisas podemos preguntarnos lo siguiente: ¿los ciudadanos con una imagen más distanciada de la realidad sobre la posición ideológica de un partido tienden a expresar mayores niveles de rechazo hacia ese partido? ¿Las percepciones desviadas sobre la posición de un grupo son siempre mayores entre sus exogrupos más antagónicos, lo que nos permite encontrar una coincidencia entre comparación intergrupala, categorización y sesgo perceptivo? ¿Es posible calcular y diferenciar el efecto de polarización percibida del efecto de falsa polarización o polarización (mal) percibida? ¿Confirmamos para nuestro caso y con nuestros datos hallazgos previos sobre el efecto de la polarización percibida de base ideológica y sistémica como *driver* de la polarización afectiva individual? ¿Incrementa significativamente la falsa polarización el nivel de dispersión de los afectos y con qué fuerza? Con estas preguntas, confiamos en encontrar una potencial vía para la reducción de la polarización afectiva en España y avanzar sustantivamente en un debate iniciado tiempo atrás:

El contraste entre la autoubicación y la percepción plantea una primera cuestión: ¿Hasta qué punto los individuos de un partido sienten a los del contrario más cercanos o distantes en el espacio ideológico de lo que en realidad los otros se autoperciben? Obviamente, si la percepción sobre el espacio ideológico que ocupan los otros está muy distorsionada, es más que probable que la percepción sobre las políticas que el otro defiende también esté más desviada y que la polarización afectiva o emocional sea intensa, fruto de la propia polarización ideológica, tanto por la distancia en los autoposicionamientos como por la distancia en las percepciones (Crespo-Martínez et al., 2021, p. 79).

1.3. Objetivos e hipótesis

Esta tesis se propone como objetivo general (OG) analizar las causas (cognitivas) y consecuencias (sociales y políticas) menos exploradas de la polarización afectiva en España, a partir de los sesgos y disposiciones diferenciales que configuran sus orígenes y manifestaciones, con especial atención al papel de las percepciones erróneas sobre los exogrupos y el sistema de partidos, al distanciamiento social entre individuos con distintas identidades partidistas y a la extensión e influencia del partidismo negativo sobre el comportamiento electoral. Para dar cumplimiento a este objetivo general, se establecen una serie de objetivos específicos vinculados a cada uno de los capítulos-artículos:

- OE1: Identificar el núcleo conceptual distintivo de la polarización afectiva frente a otras formas de polarización política, mediante una revisión sistemática y crítica de la literatura especializada, e integrando las principales teorías explicativas desde una perspectiva multinivel (masas, élites y esfera comunicativa).
- OE2: Estimar el papel de las percepciones erróneas en la intensificación de la polarización afectiva, analizando cómo la posición ideológica mal atribuida al exogrupo, la percepción subjetiva de polarización sistémica y la discrepancia entre polarización sistémica real y percibida (falsa polarización) inciden en la configuración de los sentimientos partidistas de los individuos.
- OE3: Examinar empíricamente el impacto de la polarización afectiva en el distanciamiento social en contextos de categorización partidista, utilizando el escenario social de selección de pareja, y contrastar la influencia del sesgo de favoritismo endogrupal frente al sesgo de rechazo exogrupal.
- OE4: Determinar el alcance del partidismo negativo y su repercusión sobre el comportamiento electoral en España, a través de la modelización del efecto del rechazo hacia la derecha radical (Vox) en la decisión de votar al PSOE, considerando las implicaciones estratégicas que este mecanismo representa para las élites políticas y su vínculo con el refuerzo de la polarización afectiva.

Tras la definición del catálogo de objetivos, procede formular la hipótesis central de la tesis y las hipótesis operativas de la investigación vinculadas a cada OE.

- **Hipótesis central.** El rechazo exogrupal y la polarización afectiva se ven potenciados por sesgos perceptivos que distorsionan la interpretación de la realidad política y alimentan dinámicas reactivas. A su vez, esta falsa polarización, al promocionar la dispersión afectiva, puede condicionar las expresiones de distanciamiento social a través de una asunción errónea de los niveles de incompatibilidad personal que intensifique el favoritismo endogrupal. La creación de brechas perceptivas y afectivas en el nivel

interpersonal se conecta con las campañas de comunicación negativa que buscan acentuar el rechazo al exogrupo y activar identificaciones por oposición potencialmente influyentes en el comportamiento electoral.

Por su parte, las hipótesis vinculadas al OE2 y al capítulo 3 son las siguientes (Rojo-Martínez, 2025a, pp. 7-9):

- Hipótesis 1 (OE2). El **efecto de la distancia mal percibida**. Cuanto mayor es la distancia entre la posición ideológica percibida de un partido y su posición real, mayores serán los sentimientos de antipatía hacia dicho partido. Los individuos que tienen una percepción más distorsionada de un partido tienden también a desarrollar un mayor grado de rechazo afectivo hacia él.
- Hipótesis 2 (OE2). El **efecto de la polarización percibida**. Cuanto mayor es el nivel de polarización que un individuo percibe en el sistema de partidos, mayor será su grado de polarización afectiva.
- Hipótesis 3 (OE2). El **efecto de la falsa polarización**. Cuanto mayor es la discrepancia entre el nivel real de polarización y el nivel de polarización percibido por un individuo, mayor será su nivel de polarización afectiva.

Seguidamente, explicitamos las hipótesis que se pretenden contrastar a partir de los propósitos contenidos en el OE3 (capítulo 4) y el OE4 (capítulo 5) (Rojo Martínez, 2025b, p. 4; Rojo-Martínez, 2025c, p. 49):

- Hipótesis 1 (OE3). **Sesgo de favoritismo endogrupal**. Los sentimientos positivos hacia un partido incrementan la aceptación mostrada hacia una posible pareja de ese mismo partido.
- Hipótesis 2 (OE3). **Sesgo de rechazo exogrupal**. Los sentimientos positivos hacia un partido incrementan las actitudes de distanciamiento (desagrado) hacia una posible pareja que vote por un partido rival.
- Hipótesis 3 (OE3). **Consecuencias de la polarización afectiva**. A mayor nivel de polarización afectiva (cuanto mayor es la diferencia entre los sentimientos expresados hacia los diferentes partidos), mayor propensión al distanciamiento social por razones políticas.
- Hipótesis 1 (OE4). El **partidismo negativo hacia Vox** incrementó la probabilidad de voto al PSOE en el marco de las elecciones generales de julio del año 2023.
- Hipótesis 2 (OE4). El **partidismo negativo hacia el PSOE** incrementó la probabilidad de voto a Vox en el marco de las elecciones generales de julio del año 2023.

1.4. Diseño metodológico

1.4.1. Diseño de la investigación y fundamentos epistemológicos

La tesis adopta un enfoque transversal (*cross-sectional*), cuantitativo, predominantemente empírico-explicativo, y utiliza datos obtenidos a partir de encuestas de opinión pública. Aceptamos como principio metodológico (derivado del paradigma conductista) que es posible llegar a conocer las actitudes y predisposiciones mentales de los ciudadanos preguntándoles explícitamente por ellas a través de este tipo de herramientas, pero no podemos ser ajenos al amplio debate que existe sobre este principio, especialmente cuando investigamos cuestiones tan sensibles y a la vez tan difusas como los sentimientos grupales, que requieren de introspección y a veces se investigan de forma implícita (Iyengar et al., 2019). La necesidad de acceder sistemáticamente a ciertos estados mentales para poder aplicar ejercicios de medición y procedimientos estadísticos requiere considerar (pragmáticamente) que la expresión verbal observable de una actitud (evaluación), en el marco de una situación social estructurada como es la encuesta, se aproxima al estado interno y latente que constituye el objeto de estudio y no a una manifestación condicionada del mismo. En este punto, se hace necesario volver a la tesis de Almagro Holgado (2021) para discutir las limitaciones de la autoatribución mental, por cuanto este autor resalta que los seres humanos solemos fallar al identificar nuestros propios estados, creencias y sentimientos. Pero, cuando nos disponemos a preguntar a un ciudadano corriente si siente antipatía o rechazo por un partido (con un termómetro de sentimientos), dónde se autoubica ideológicamente o si le agradaría o desagradaría tener una relación de pareja con un votante de ese partido, no nos interesa tanto si la respuesta refleja por completo un estado interior auténtico, sino la forma exterior (manifestada, performativa) que adquiere el mismo, que es la que va a determinar el comportamiento político y social.

De acuerdo con Elster (1996), las disposiciones orientan la manera de sentir o actuar en un sentido relativamente estable y pueden ser captadas con independencia de los estados mentales específicos. La posibilidad de conocer las creencias e inclinaciones evaluativas y afectivas que los individuos expresan de forma intencional dentro de un contexto social (en el que se proyecta la propia identidad y se conocen las implicaciones sociales de lo que se declara) resulta suficiente para inferir el conflicto intergrupal y detectar la presencia de actitudes, prejuicios o tendencias discriminatorias, más allá de la vivencia emocional interna y temporal, que nunca aparecerá plenamente en el mundo de las relaciones sociales. A partir de estas reflexiones, no puede sorprendernos que los trabajos sobre polarización afectiva se hayan centrado más en el componente sentimental que en el emocional discreto (Bakker y Lelkes, 2024). A diferencia de las emociones, los sentimientos y las actitudes no están vinculados a eventos concretos ni involucran a múltiples subsistemas orgánicos (Scherer, 2005), lo que podría provocar sesgos de coyuntura en su medición y plantear dudas sobre la capacidad real de integrar la reacción fisiológica en instrumentos de medición creados para otro tipo de fines. La decisión de observar

disposiciones afectivas estables y posicionamientos evaluativos, condicionados por anclajes de tipo identitario, nos permite analizar las relaciones entre grupos al margen de eventos específicos o estímulos reactivos e incluso nos permite llegar a pensar cómo podrían desarrollarse estos.

Por otro lado, es necesario justificar la elección del caso nacional (España) en el que se enmarca el conjunto de este trabajo. Como señala Miller (2023) en su libro, el estudio de Gidron et al. (2020), que situaba a España como el país más polarizado entre veinte democracias occidentales, tuvo un gran impacto en la comunidad académica del país. ¿Realmente somos líderes en polarización? Las lógicas de *ranking* y comparación siempre encierran algunos peligros, relacionados con los casos elegidos, el período temporal seleccionado, los datos utilizados o las decisiones de operacionalización. Fuera del titular periodístico de impacto, el interés y la relevancia del caso español no se justifican por su hipotética posición como entorno polarizado de especial intensidad. Ni siquiera si añadimos a estas evidencias su agitada historia reciente, a la que ya nos hemos referido, podríamos llegar a justificar solventemente nuestra elección. Hay otros argumentos más determinantes. El primero de ellos lo encontramos en el artículo de Tichelbaecker et al. (2023): la asociación entre rechazo a un partido y rechazo social a sus votantes es singularmente fuerte en España. Los datos disponibles sugieren que, en nuestro país, la animadversión partidista conlleva formas significativas de distanciamiento social: menos del 10 % de los encuestados españoles aceptaría a un votante del partido rival como familiar cercano, mientras que, en la muestra estadounidense analizada, la tasa de aceptación alcanza el 25 % (Tichelbaecker et al., 2023, p. 806). España parece un contexto propicio para comprender e indagar en procesos de división personal en las esferas íntimas por razones políticas.

El segundo argumento tiene que ver con el carácter multipartidista y fragmentado del sistema de partidos español, especialmente desde 2015. Esta configuración eleva el umbral para que emerjan claros sesgos afectivos grupales de sustrato partidista. Precisamente por ello, la evidencia empírica en este contexto resulta especialmente interesante. A ello se suma la tradicional desatención que han recibido las identidades partidistas en España, en favor de otras formas de identificación grupal y clivajes relacionados con la ideología o el territorio. Así se expresa en el estudio referencial, aunque ya lejano, de Pilar del Castillo (1990, pp. 139-140) con frases como: «el papel que ha desempeñado, entre 1977 y 1989, la identificación partidista en el comportamiento político y electoral de los españoles ha sido poco relevante» o «el sentimiento de identificación con un partido político alcanza en España a la mitad de los electores (el 50 por 100), encontrándose notablemente menos extendido que en los restantes países de la Comunidad Económica Europea». Estos hallazgos se basan en preguntas de identificación directa («¿Se siente usted identificado con algún partido político?»), que pueden activar mecanismos de autocontrol expresivo o responder a normas sociales de neutralidad o desdén político, lo que cambia notablemente si se capta la identificación a partir de la

expresión de actitudes en termómetros de sentimientos. La posibilidad de que la forma típica de medición de la identidad partidista en Europa y la omisión de las identidades negativas haya provocado una infraestimación del alcance y vigencia de este tipo de vínculos, ya fue advertida por Bankert et al. (2017). España representa, por tanto, una prueba exigente sobre la centralidad y consecuencias de las identidades partidistas en su componente expresivo, en términos de sesgos relacionales y perceptivos.

Por último, la presencia de la derecha radical en nuestras instituciones es un fenómeno relativamente novedoso. Vox fue un partido extraparlamentario y desconocido hasta finales de 2018, una excepcionalidad comparada (Turnbull-Dugarte, 2019). Su aparición pública comenzó a condicionar las narrativas políticas, los acuerdos de coalición y las propias estrategias de campaña hasta consolidarse como un actor influyente en todos los sentidos. Con todo, cabe preguntarse si en países como España o Portugal, donde la presencia de una fuerza de derecha radical con éxito electoral es reciente, se observan patrones similares de alta polarización afectiva en torno a dichos partidos. Esta pregunta contiene cierta particularidad en el caso español, puesto que la derecha tradicional ha evitado aislar a Vox y ha contribuido a su normalización institucional-social, dentro de un razonamiento bloquista que favorece la construcción de este partido como un aliado natural (Turnbull-Dugarte, 2019; Garrido-Rubia et al., 2022; Turnbull-Dugarte y López-Ortega, 2025). Esta situación puede afectar a las expresiones de rechazo.

1.4.2. Recolección de datos y técnicas de análisis

Los análisis empíricos incluidos en esta tesis utilizan datos de diferentes oleadas (I, II y III) de la Encuesta Nacional de Polarización Política elaborada por el CEMOP. Se trata de encuestas con muestras representativas de la población española, constituidas mediante un procedimiento polietápico estratificado, con selección última de los individuos a partir de cuotas de sexo y edad⁷. La N siempre es superior a los 1200 casos, por lo que el error real, bajo el supuesto de muestreo aleatorio simple y asumiendo máxima indeterminación ($P=Q$), es del $\pm 2,8\%$ en todos ellos (CEMOP, 2021; 2022; 2023). El uso de estas bases de datos, en cuyo diseño y análisis ha participado el doctorando, se justifica por la disponibilidad en ellas de algunas preguntas esenciales en relación con el problema de investigación definido y con los objetivos perseguidos:

- Termómetros de sentimientos (simpatía-adhesión/antipatía-rechazo) hacia partidos y hacia líderes, que permiten el cálculo de índices de polarización afectiva (como dispersión de evaluaciones) y la detección tanto de partidismo positivo como de partidismo negativo (polos de las escalas).

⁷Las bases de datos de todos los estudios, así como su ficha técnica, pueden consultarse en abierto en el siguiente enlace web: <https://www.cemopmurcia.es/estudios-informes/estudios-de-polarizacion/>.

- Escalas de agrado/desagrado hacia potenciales parejas sentimentales, presentadas en función de la identidad partidista del posible *partner*, imprescindibles para analizar distanciamiento interpersonal.
- Preguntas sobre intención de voto y simpatía partidista, especialmente relevantes en la III edición de la encuesta, realizada en plena campaña electoral de las elecciones generales de julio de 2023. Estas preguntas están diseñadas también para facilitar la definición del endogrupo primario de los entrevistados y permitir mediciones cruzadas de actitudes intergrupales.
- Preguntas sobre autoubicación ideológica, que pueden analizarse de forma bivariada para conocer la posición real de diferentes grupos partidistas. A partir de estas preguntas es posible también captar posiciones de extremismo ideológico y se complementan con ítems sobre la percepción («¿dónde ubicaría...?») de la posición ideológica de los distintos partidos.
- Preguntas que facilitan incorporar controles estadísticos esenciales, como variables socio-demográficas (sexo, edad, nivel de estudios), hábitos digitales (consumo de información política a través de distintos canales) e identidades sociales relevantes (religiosidad, escala de identidad territorial).

Cuadro 2: Condiciones técnicas de las encuestas del CEMOP

Edición	Fecha	N	Modo de administración
I	18 de marzo – 7 de abril de 2021	1236	CATI
II	25 de abril – 18 de mayo de 2022	1236	CATI
III	10 – 21 de julio de 2023	1223	CATI

Fuente: Elaboración propia a partir de las fichas técnicas del CEMOP.

Debemos aclarar seguidamente los criterios adoptados para la operacionalización de los conceptos de polarización afectiva y partidismo negativo, sin perjuicio del desarrollo metodológico más detallado que se ofrece en cada uno de los artículos incluidos. Para el cálculo de la polarización afectiva individual tomamos las evaluaciones dadas a los cuatro principales partidos de ámbito estatal en los termómetros de sentimientos y aplicamos la fórmula de dispersión (*spread*) de Wagner (2021), que se caracteriza por no exigir la identificación del endogrupo del individuo que realiza la evaluación y comprender la polarización como ausencia de similitud entre puntuaciones interbloque. A pesar de que en otros trabajos hemos expuesto algunas de las limitaciones de esta fórmula y hemos planteado una propuesta alternativa que sí ejecuta una clasificación previa del individuo y promueve una lógica de distancias (Crespo-Martínez et al., 2024a), por el momento esta es una propuesta poco utilizada en

la literatura, lo que nos lleva a optar por una fórmula ampliamente reconocida y con cuyo funcionamiento están familiarizados los revisores. Por su parte, la identificación partidista negativa se determina a partir de las valoraciones en los termómetros de sentimientos (polo de rechazo), tal y como proponen Maggiotto y Piereson (1977) o Abramowitz y Webster (2016). El componente afectivo de estos termómetros refleja mejor el núcleo de sentido del concepto de identidad que las medidas de comportamiento (probabilidad de voto) y resuelve potenciales problemas de tautología en los modelos (Lawall, 2022). No obstante, como recuerda Bankert (2021), las manifestaciones de afecto negativo pueden asumirse como una consecuencia visible de la identidad negativa y no tanto como la propia identidad. Asumiendo esta especificación, nos encontraríamos ante una medida tipo *proxy*.

Para dar por concluido este apartado, procede señalar cuáles han sido las técnicas de análisis utilizadas. Se ha optado por una complejidad estadística moderada dado el carácter exploratorio que esta tesis presenta en algunos temas para el caso español. Se prioriza asentar líneas de trabajo y ofrecer una radiografía inicial que permita desarrollos ulteriores más sofisticados. Asimismo, puesto que todos los datos considerados parten de autoinformes de encuesta, se imposibilita la inferencia causal y surgen sesgos de deseabilidad social que han podido condicionar algunas respuestas, problemas por otro lado habituales de la investigación mediante encuesta. Siendo conscientes de estas limitaciones, los artículos del compendio presentan una estructura similar que camina desde la descripción univariada hasta las pruebas de relación bivariada y los análisis de regresión, tanto lineal múltiple como logística binaria/binomial. La regresión lineal, estimada mediante el método de mínimos cuadrados ordinarios (OLS), es una de las técnicas más clásicas y extendidas de la estadística multivariante para explicar los distintos valores que puede tomar una variable dependiente continua (Y), como una escala 0-10 de agrado o rechazo a relaciones de pareja o un índice de polarización afectiva. La ecuación del modelo permite obtener el coeficiente β_i para cada variable explicativa (X_i), que podemos interpretar como un efecto marginal condicional (cuánto cambia Y ante un cambio de una unidad en X_i), manteniéndose constantes el resto de variables. En términos geométricos, el coeficiente facilitado señala la pendiente parcial del hiperplano en la dirección de X_i . Por su parte, la regresión logística binaria modeliza la probabilidad de aparición de un fenómeno (Y=1), en nuestro caso, el voto por un partido, utilizando para la estimación de parámetros el método de máxima verosimilitud (no mínimos cuadrados como en la técnica anterior). A diferencia de la regresión lineal, esta técnica no estima valores continuos, sino que transforma la probabilidad en una función no lineal (logit) para asegurar que los valores predichos se mantengan dentro del rango dicotómico de la variable dependiente [0,1]. Finalmente, la salida del modelo proporciona tanto los coeficientes logísticos estimados (B), que indican el efecto de cada variable sobre el log-odds del fenómeno, como los odds ratios (Exp(B)), que permiten una lectura intuitiva del efecto de cada variable explicativa sobre la probabilidad relativa del fenómeno.

1.5. Estructura de la tesis, coherencia y unidad científica

Los trabajos que integran una tesis por compendio deben formar una unidad científica. En términos durkheimianos, no puede ser la tesis una mera suma de partes disfuncionales sin un sentido superior y autónomo. El planteamiento del problema de investigación, de los objetivos y la propia motivación inicial ya dejan ver la íntima conexión que guardan entre sí los cuatro artículos. El primero de ellos (capítulo 2), «Lo político como algo personal: una revisión teórica sobre la polarización afectiva», que actúa a modo de marco teórico tradicional, es el punto de partida del posterior trabajo desarrollado. En él se abordan los conceptos que más tarde encontraremos en el resto de los artículos. La presencia inicial de esta revisión teórica evidencia que los temas en los que se centra el resto de trabajos no surgen de forma espontánea y aislada, parten de un conocimiento previo sobre ciertas lagunas o áreas de interés prioritario. Son continuas las referencias en este artículo a términos como falsa polarización o partidismo negativo, al tiempo que se resaltan los novedosos «efectos no políticos» del fenómeno. A partir de esta reflexión, comenzamos a explorar cómo se traduce la polarización afectiva en manifestaciones concretas de distanciamiento social (capítulo 4), ya que, como se señalaba en el apartado de conclusiones, los procesos interpersonales son la dimensión distintiva del concepto: «la polarización afectiva, que parece haberse originado por la constitución de lo político como una forma prioritaria de identidad social e incluso personal, despliega sus efectos sobre la vida cotidiana» (Rojo-Martínez y Crespo-Martínez, 2023, p. 41). También es posible encontrar referencias directas en este artículo inicial a los debates sobre sesgo perceptivo, que más tarde hemos sustanciado en el capítulo 3. Ya indicábamos que era necesario seguir expandiendo esta temática: «futuras líneas de investigación tienen ante sí el reto de incrementar la acumulación de evidencias sobre ciertas hipótesis, como las relacionadas con la brecha perceptiva y la falsa polarización, que, de ser repetidamente contrastadas, reducirían el impacto de las explicaciones basadas en la polarización ideológica» (Rojo-Martínez y Crespo-Martínez, 2023, p. 42). Y, con igual nivel de detalle, se incidía en el impacto de las estrategias de comunicación negativa que tratan de despertar sentimientos de rechazo e identificaciones por oposición capaces de favorecer determinados intereses electorales.

Otro elemento destacado que aporta coherencia y unidad científica al conjunto de la tesis es el uso exclusivo de bases de datos del CEMOP y la aparición reiterada en los artículos de algunas variables como los termómetros de sentimientos o las medidas de polarización afectiva, con idéntica redacción o forma de cálculo y siempre aplicadas al mismo caso de estudio. Si bien cada artículo aborda preguntas específicas y desarrolla modelos distintos (aunque con estrategias de control estadístico similares), el hecho de que todos los estudios partan de tres oleadas del mismo proyecto de encuesta garantiza la homogeneidad en los instrumentos de medición, los criterios de muestreo, el diseño del cuestionario y los marcos teóricos subyacentes. A propósito de esta última aportación, es importante destacar el uso de

un corpus teórico común e interconectado en todos los artículos, en el que sobresalen autores clásicos de la Psicología social y política y los hallazgos más influyentes sobre polarización afectiva. Junto a las justificaciones previamente señaladas, cabe incidir en la interconexión conceptual explícita de los subtemas de cada artículo. La tesis gravita en torno a la idea de que la polarización afectiva y sus manifestaciones sociales o electorales no pueden entenderse sin atender a los sesgos cognitivo-identitarios (como los que influyen en la proyección o atribución de posiciones o los que generan tendencias de favoritismo endogrupal/rechazo exogrupal) y a las disposiciones evaluativas que condicionan la forma en que los individuos interpretan el entorno político y social. Es precisamente este enfoque, centrado en los procesos psicológicos y disposicionales que median entre las identidades, las actitudes de fundamento grupal y el comportamiento social y político, lo que dota de unidad al conjunto de trabajos, pese a la diversidad temática de sus aplicaciones empíricas. Asimismo, todos estos temas están atravesados por una reflexión común que enfatiza la posición singular que la derecha radical ocupa a la hora de explicar el clima de enfrentamiento social, como ya apuntaron Hartevelt et al. (2022) y Wagner (2024).

La búsqueda de relaciones homofílicas constituye una manifestación directa de los efectos de la identidad social sobre la conducta y las actitudes, del mismo modo que lo es la acentuación artificial de las diferencias intergrupales. Los sesgos motivados por la identidad, de raíz relacional y de naturaleza perceptiva, contribuyen de forma significativa al distanciamiento social y tienden a reforzarse mutuamente. Resulta plausible que los ciudadanos eviten el contacto con miembros del exogrupo político y reduzcan sus niveles de tolerancia hacia ellos cuando los perciben profundamente distintos, más extremistas o incluso amenazantes. La percepción sesgada se origina en el proceso de categorización y tiene un efecto de refuerzo sobre la propia identidad a partir del aislamiento cognitivo y la segregación, en tanto que esta percepción distorsionada del adversario político impulsa el rechazo y, con ello, se disminuye el contacto. En este marco, el partidismo negativo puede entenderse como el correlato político-electoral de estos procesos sociales. Si las identidades positivas generan disposiciones estables hacia el favoritismo endogrupal, las identidades negativas operan del mismo modo, configurando otro tipo de anclaje evaluativo duradero orientado al rechazo exogrupal, que estructura decisiones y vínculos. Este sentimiento de hostilidad se ve a su vez amplificado por sesgos perceptivos de proyección negativa que generan un ambiente de falsa polarización, lo que contribuye a cerrar aún más las fronteras entre grupos. En síntesis, aunque esta tesis haya optado por un tratamiento analítico específico para cada uno de estos conceptos (sesgos perceptivos y relacionales, partidismo negativo), todos ellos se inscriben en una misma arquitectura explicativa, basada en la interacción entre identidades grupales, disposiciones evaluativas y sesgos cognitivos. Este marco permite abordar de forma integrada los factores cognitivos que impulsan la polarización afectiva y sus consecuencias, tanto en la esfera relacional como, a través de uno de sus componentes (el partidismo negativo), en la electoral.

2. Marco teórico. La polarización afectiva: polarización política con efectos no políticos

Título «Lo político como algo personal»: una revisión teórica sobre la polarización afectiva	
Autores y afiliación José M. Rojo-Martínez ¹ , Ismael Crespo-Martínez ¹ ¹ Departamento de Ciencia Política, Universidad de Murcia, España	
Datos de publicación Revista: Revista de Ciencia Política Volumen: 43(1) Año: 2023 Páginas: 25-48 Estado: Publicado DOI: 10.4067/s0718-090x2023005000102 Índices de impacto: JCR (Q2, SSCI), JIF=1.5 (2023); indexada en Scopus (Q1, Sociology and Political Science), CiteScore= 2.5 (2023). Edita: Instituto de Ciencia Política, Pontificia Universidad Católica de Chile	
Información adicional ISSN: 0718-090X (en línea), 0716-1417 (impresa) Enviado: 23 de enero de 2022 Aceptado: 23 de noviembre de 2022	
Resumen La polarización afectiva se ha convertido recientemente en uno de los fenómenos de mayor interés para los investigadores sociales. El elevado número de trabajos sobre este concepto requiere de una revisión sistemática que permita organizar sus principales teorías explicativas. A continuación, se presenta un debate sobre las dimensiones distintivas de la polarización afectiva, una polarización política con efectos no políticos, y sobre las hipótesis que nos ayudan a comprender su aparición, desde la perspectiva de las masas, las élites y el ecosistema mediático. Particularmente, se enfrenta la posibilidad de que la radicalización ideológica se sitúe como origen de esta polarización emocional o que, por el contrario, sin estar tan alejados en las ideas, sea la constitución de las identidades políticas como identidades sociales lo que provoque una sensación perceptiva de falsa polarización que induzca mayor animosidad entre los partidarios de los grupos en conflicto.	



3. Percepciones erróneas y falsa polarización como causa de la polarización afectiva. Propuestas para la medición del impacto actitudinal del sesgo perceptivo

Título	
Far away? How misperceived polarization fuels affective polarization in Spain	
Autor y afiliación	
José Miguel Rojo-Martínez ¹	
¹ Departamento de Ciencia Política, Universidad de Murcia, España	
Datos de publicación	
Revista:	Papers. Revista de Sociología
Volumen:	110(3)
Año:	2025
Páginas:	Pendiente
Estado:	Aceptado
DOI:	10.5565/rev/papers.3363
Índice de impacto:	JCR (Q3, ESCI), JIF=0.8 (2023); indexada en Scopus (Q2, Sociology and Political Science), CiteScore= 1.4 (2024).
Información adicional	
ISSN:	2013-9004 (en línea)
Enviado:	21 de junio de 2024
Aceptado:	14 de mayo de 2025
Resumen	
Spain is a country with high levels of affective polarization. Some studies argue that this is the result of increased ideological polarization, while others note the effect of certain issues, as well as the influence of social media, elites and changes in party supply. In this article we propose another explanation based on the effect of (mis)perceptions. Firstly, we show that individuals who have a more unrealistic perception of a party's ideological position will also develop more feelings of antipathy toward that party. Secondly, we show that perceived polarization increases individual affective polarization. Our attitudes are influenced by judgments about political reality, which in turn are influenced (and biased) by our group identities. Finally, we construct an indicator of false polarization to see to what extent the difference between perceived polarization and actual polarization of the party system informs higher individual levels of affective polarization. We also confirm with this strategy that as the sense of false polarization grows, so does the dispersion of affect across party groups. In short, this article explores the influence of perceptions on citizens' attitudes. These perceptions often tend to artificially exaggerate differences with outgroups, which can lead us to mistakenly think that we have little in common.	



PAPERS
Revista de Sociología

4. Consecuencias sociales de la polarización afectiva. Distanciamiento, homogamia y sesgos grupales

Título Amor y política: polarización afectiva y relaciones de pareja en España	
Autor y afiliación José Miguel Rojo-Martínez ¹ ¹ Departamento de Ciencia Política, Universidad de Murcia, España	
Datos de publicación Revista: Revista Española de Sociología (RES) Volumen: 34(1) Año: 2025 Páginas: a250 Estado: Publicado DOI: 10.22325/fes/res.2025.250 Índice de impacto: JCR (Q3, ESCI), JIF=0.7 (2023); indexada en Scopus (Q2, Sociology and Political Science), CiteScore= 1.5 (2024).	
Información adicional ISSN: 2445-0367 (en línea), 1578-2824 (impresa) Enviado: 18 de mayo de 2024 Aceptado: 21 de noviembre de 2024	
Resumen Este artículo aporta evidencia empírica sobre la existencia de procesos de distanciamiento social por razones políticas en España y cuáles son los factores que permiten explicarlos. Para abordar esta cuestión, se presentan datos de la II Encuesta Nacional de Polarización Política en España, realizada por el CEMOP, y se desarrollan diferentes modelos de regresión lineal múltiple para estimar los niveles de desagrado/aceptación hacia las relaciones de pareja con los votantes de los cuatro principales partidos del país. Los resultados indican que la polarización afectiva es el factor explicativo primordial de los procesos de distanciamiento social basados en identidades partidistas, mientras que el sesgo de favoritismo endogrupal es el motor fundamental de la homofilia. La polarización afectiva no solo tiene consecuencias sobre la democracia o las instituciones, también promueve la segregación social y hace que los individuos otorguen mayor importancia a ciertas identidades políticas en situaciones no políticas.	



5. Consecuencias electorales de la polarización afectiva. Un análisis exploratorio a partir del concepto de partidismo negativo

Título	
Partidismo negativo, derecha radical y voto: un análisis de su relación en el contexto de las elecciones generales españolas de 2023	
Autor y afiliación	
José Miguel Rojo-Martínez ¹	
¹ Departamento de Ciencia Política, Universidad de Murcia, España	
Datos de publicación	
Revista:	Revista Española de Ciencia Política (RECP)
Volumen:	67
Año:	2025
Páginas:	41–68
Estado:	Publicado
DOI:	10.21308/recp.67.02
Índice de impacto:	JCR (Q3, ESCI), JIF=0.8 (2023); indexada en Scopus (Q3, Political Science and International Relations), CiteScore= 1.1 (2024).
Edita:	Asociación Española de Ciencia Política (AECPA)
Información adicional	
ISSN:	2173-9870 (en línea), 1575-6548 (impresa)
Enviado:	04 de julio de 2024
Aceptado:	09 de enero de 2025
Resumen	
A pesar de que en lo postulado por la Escuela de Michigan el concepto de identificación parti-dista incluía una dimensión positiva y otra negativa, lo cierto es que la segunda prácticamente no ha recibido atención. La presente investigación pretende evaluar hasta qué punto el parti-dismo negativo representa en la actualidad un factor explicativo del comportamiento electoral en España. En concreto, se estudia cómo en el contexto de las elecciones generales españolas de julio del año 2023 el partidismo negativo hacia la derecha radical incrementó la probabilidad de votar al PSOE y si, a su vez, el rechazo generado por el PSOE también promovió el apoyo a Vox. Para la comprobación de estas hipótesis se usan datos de la III Encuesta Nacional de Polarización Política en España, elaborada por el Centro de Estudios Murciano de Opinión Pública (CEMOP) en plena campaña electoral. Los resultados de los modelos de regresión logística binaria implementados evidencian que el partidismo negativo hacia la derecha radical representa un (novedoso) factor explicativo del voto por el PSOE, pero que Vox no se alimentó significativamente del rechazo hacia los socialistas —ni tampoco hacia Sumar—. Asimismo, se constata la excepcional capacidad de la derecha radical para despertar procesos de identifica-ción negativa, sobre todo entre las mujeres.	



Asociación Española
de Ciencia Política y de
la Administración

6. Conclusions, limitations and future avenues

The development of this doctoral thesis has led to a set of conclusions that not only synthesize its main contributions, but also serve as a foundation for identifying future avenues of research. At the same time, it is important to acknowledge the study’s limitations, which remain fully open to critique and further discussion.

C1. The circular relationship between misperceptions, identities, and intergroup feelings. Why the impact of ideological differences cannot be explained solely by actual positions

American neuroscientists have shown that the imagined exposure to a threat produces neural and physiological consequences that are similar to those triggered by an actual threat (Reddan et al., 2018). Our brain is not particularly effective at distinguishing between what we believe or perceive and what actually exists. Traditional studies of polarization have focused on mapping how individuals’ ideological preferences and positions are distributed and to what extent they are arranged along a bimodal pattern (Fiorina and Abrams, 2008). However, interest in understanding how individuals perceive the positions of rival groups, how they think those groups view their own ingroup, or what impression they form of the political system itself, is a more recent development. For public opinion research—and for any behavioral science—it is just as important to understand what people believe to be true or how they interpret reality as it is to describe how things actually are, since it is these perceptions that shape their judgments and attitudes. Still, perceptions about the positions of outgroups or the levels of polarization cannot be analyzed solely as subjective expressions. Rather, it is essential to estimate the degree of distortion they contain as a manifestation of group-based bias.

The accentuation of intergroup differences is an effect of the categorization process, since we tend to judge the traits of group members in a simplified way, based on the stereotype that defines the group as distinct. In the political domain, the extreme prototype flattens individual nuance, reinforces homogeneity, and ultimately generates a false sense of distance that, in turn, strengthens group belonging by intensifying perceived contrast. Inferring positions from stereotypes serves to motivate intergroup attitudes and reinforces expected cognitive structures. It responds to an expectation of difference. In this sense, the presumption of incompatibility transforms perceptual bias into a potential strategy for group cohesion (one that can be activated through discursive mechanisms) especially given that we have demonstrated that greater perceptual distance regarding a party’s ideological position is associated with stronger feelings of rejection toward that party. Interparty hostility cannot be explained solely through the lens of realistic conflict theory as a competition of interests with ideological implications, because the distance between such interests is exaggerated and driven more by identity-based factors than by material or rational ones.

The amplification of group contrasts through perceptual distortions can help overcome political apathy or disengagement stemming from the perception of low competition or similarity among parties. Yet the stereotypical thinking that reduces cognitive load and may

act as a mobilizing stimulus can have concerning consequences in terms of social distancing and negative partisanship, the other two central topics of this thesis. In any case, by showing that part of the affective polarization currently observed in Spain is fueled by an artificial perception of systemic polarization or by an inaccurate estimation of the actual position of outgroups (generally perceived as more extreme) our research echoes the conclusions of Enders and Armaly (2019): the overestimation of polarization can have consequences just as significant as actual ideological distance. In particular, both their study and ours find that misperception contributes to outgroup rejection in a way that closely mirrors the effects of real ideological separation.

C2. Why social distancing matters and why ingroup favoritism and outgroup rejection are not functionally equivalent

The differential acceptance of personal relationships based on individuals' partisan identity is a heightened expression of the broader climate of affective polarization. The scientific concern surrounding intergroup conflict is directly related to its capacity to foster discrimination and harm social cohesion. Indicators of social distancing, designed to measure such differential approval, present respondents with concrete situations and avoid overly general evaluations in which prejudice might be confused with identity itself (Carlin & Love, 2025). The fact that these indicators do not show a strong correlation with partisan feeling thermometers, as previously demonstrated by Tichelbaecker et al. (2023) and confirmed in Chapter 4, supports the argument that they should become a priority object of study. Given the normative difficulty of admitting, for example, a reluctance to be friends with someone from a certain party or discomfort at the idea of marrying one of its members, capturing and explaining variations in these types of measures offers a more precise understanding of the conceptual core of affective polarization: interpersonal processes and the mechanisms that drive them. Moreover, the case of partisan homogamy becomes especially relevant in light of the fact that affective polarization and identity-based bias in partner selection can influence the socialization patterns of future generations. The increasing political homogeneity of marriages is likely to create environments of stronger attitudinal reinforcement for children, potentially amplifying the aggregate dynamics of affective polarization across countries through processes of segregation. In turn, if partisan identity is perceived as such a deeply personal matter that it structures intimate relationships and is experienced as a kind of family legacy, it becomes plausible to expect a greater tendency to interpret political conflict in personal terms—namely, as a threat to one's identity. These political identities, when linked to emotional and familial bonds, come to play a central role in the construction of the self-concept.

When we have presented this reflection at academic conferences, someone usually rushes to ask the following question: Why should we share our life with someone we know does not share our values, someone whose differences, we assume, also extend to their personality and tastes, making happiness and compatibility unlikely? Implicit in the question is the idea that partisan homogamy is a completely rational and natural aspiration. And, if we accept the premises of the question, it certainly is. However, we have also shown that much of the perceived ideological incompatibility is exaggerated, and that reducing members of

the outgroup to a stereotype amounts to an imprecise line of reasoning. The prominence of cultural and moral issues—such as those related to gender or national identity—which serve as effective markers of partisan boundaries, contributes to the politicization of many areas of everyday life. This fosters the belief in ideological incompatibility and prevents us from getting to know individuals beyond the group category to which they belong, a category often elevated to the status of a mega-identity, and from forming less Manichaeian views of our political rivals. Alongside this, a question remains as to what kinds of traits come to mind when individuals think about certain partisan categories. It is possible that partisan homogamy reflects a broader form of homogamy rooted in socio-structural factors (Hudde & Grunow, 2025). Knowing how someone votes may trigger not only rejection of their political ideas, but also of the social groups typically associated with that party; groups that feel distant or unfamiliar to us.

Accepting this possibility, the results from Chapter 4 show that the degree of approval or disapproval toward a potential partner, depending on their partisan identity, is explained primarily by the respondent’s feelings toward that party (revealing an underlying pattern of ingroup favoritism) as well as by the individual’s overall level of affective polarization. Surprisingly, ideological extremism is not relevant when partisan feelings are included in the model, and a clear gender gap in affective predispositions is reaffirmed. However, feelings toward parties other than the one being evaluated (even those belonging to the opposing ideological bloc) generally do not prove significant. For example, when assessing a potential relationship with someone who supports the PSOE, holding positive feelings toward the PP or Vox does not significantly predict higher levels of disapproval. These findings suggest that in intimate contexts such as romantic relationships, outgroup rejection bias (which would stem from attachment to a rival group) carries less weight than the respondent’s attitude toward the group associated with the potential partner. It may be that part of the observed social distancing does not arise from a desire to actively exclude the outgroup, but rather from an ingroup preference that indirectly leads to such exclusion. Following Allport (1954) and Brewer (1999), ingroup attachment does not necessarily generate outgroup hostility, which supports the view that discriminatory actions are more often motivated by ingroup preference than by explicit outgroup animosity. To these findings, we must add those related to a third type of bias: affective polarization. The coefficient for the “affective polarization” variable is consistently negative because the regression models are not estimated separately for sympathizers of each party (they are not segmented); instead, all individuals evaluate their willingness to have a partner from each party, which most of the time means evaluating outgroup parties. Since the majority of observations involve judgments about outgroups, the affective polarization index captures a general distancing bias and confirms that the more dispersed an individual’s party evaluations are, the lower their acceptance of romantic relationships with political rivals. Consequently, political identities carry more weight when forming social bonds. The results related to affective polarization do not reflect hostility toward any specific party but rather a generalized intergroup distancing effect.

C3. Negative partisanship can influence vote choice. This evidence makes it strategically useful for political elites

Just as we have sought to distinguish ingroup favoritism bias from outgroup rejection bias, we cannot assume that partisanship is expressed solely in its positive form. A lack of positive attachment should not be equated with the absence of partisanship, and it is difficult to argue that every expression of intense rejection stems from an equally intense attachment. Even when strong attachment and strong rejection overlap in some intergroup relationships, the reverse is much less consistently observed. In psychosocial models of electoral behavior, greater attention has been given to the influence of affirmative identity, where voting is seen as the ultimate outcome or coherent externalization of a pre-existing affective bond. However, this relationship becomes more complex when we account for the effect of intense feelings of rejection toward a group, which can foster identification through opposition and mobilize voters via negativity. In Spain, reflection on the scope of negative partisanship is limited—one could even say virtually nonexistent. This is hardly surprising, given that the Michigan model has long been considered unsuitable for European multiparty systems. Yet the rise of negative political communication, simplistic rhetoric, and emotionally charged appeals in political discourse has brought identities back to the center of the analysis. As trends of dealignment and political disengagement persist, party communication strategies have largely abandoned the goal of inspiring or activating increasingly fragile positive ties. Instead, they focus on emphasizing the threat posed by the other side. An alternative affective pathway thus emerges: the decision to support one group comes only after the emergence of intense rejection toward another. In this context, it seems appropriate to give negative partisanship its own conceptual and analytical status, incorporating it into models that can assess its influence on voting behavior alongside positive partisan identity, leadership evaluations, or ideology.

Radical right parties like Vox are particularly prone to generating intense feelings of rejection that eventually solidify into a negative identity. The campaign for the Spanish general elections of July 2023 was dominated by “anti” appeals and became a valuable opportunity to begin exploring the role that negative partisanship plays in our country. It is clear that this approach is merely exploratory and must be complemented with longitudinal data and models applied to parties beyond PSOE and Vox. Without ignoring these limitations, our results show that negative partisanship toward Vox (even under strict statistical controls) increased the likelihood of voting for the PSOE (something that did not occur in the opposite direction). Nor did negative partisanship toward the PP prove significant in explaining the vote for the PSOE, offering further evidence of the affective distinctiveness of the radical right. By demonstrating the electoral impact of negative partisanship, even if only for a specific type of party, a deeper reflection is prompted: how this impact sends a signal to political elites, who may be tempted to continue crafting strategies that heighten tensions with certain groups, promote animosity, and use these dynamics as a lever to prevent voter defection or demobilization. The overuse of such negative electoral strategies carries troubling implications: it undermines the quality of the democratic process (as reasoning is driven by outgroup hatred or fear rather than conviction) and may intensify negative feelings toward the outgroup. Let us recall that early studies on affective polarization linked the rise of negative

campaigning with the widening of intergroup divides (Iyengar et al., 2012). More recently, Chen and Rohla (2018) associated tensions in cross-partisan family gatherings with greater exposure to political advertising. A broad view of these findings points to a historical moment in which polarization through negativity becomes a successful political weapon, but one with non-political externalities.

C4. Vox stands apart across all dimensions studied in this thesis. The rise of this party was a tipping point in Spanish polarization

If there is one common thread running through all the findings of this thesis, it is that the data concerning Vox consistently diverge from the general patterns observed for the rest of the parties. Vox is the party that generates the highest level of perceptual distortion, and, simultaneously, the influence of that distortion on feelings of rejection is particularly intense in its case. It is also the party that provokes the most expressions of social distancing: up to 22.4 % of respondents place themselves at the extreme end of discomfort (0–1) when asked about the possibility of having a partner who votes for this party, well above the levels recorded for the other three parties considered. The data on negative partisanship follow the same pattern: nearly 70 % of respondents expressed intense rejection of Vox, whereas none of the other parties surpassed 50 %. This regularity reinforces the findings of Hartevelt et al. (2022): radical right parties are exceptional entities when it comes to polarization because they have a remarkable capacity to activate exclusionary moral identities. Consequently, it can be argued that their entry into Spanish institutions since 2018 has stirred strong emotional reactions among voters and has significantly shaped affective intergroup relations.

These findings also compel us to revisit the concept of stigmatization, which has recently regained attention among political scientists (Valentim, 2024; Turnbull-Dugarte and López Ortega, 2025). The cooperative relationship between the moderate and radical right in Spain is reflected in the affective expressions exchanged between their supporters, which suggest a bloc-level affinity without erasing the underlying intensity of partisan identity. This normalization of the radical right, driven by its acceptance from the moderate right, may have helped to soften the general stigma surrounding the party in Spain. Nevertheless, this stigma remains significantly stronger than that associated with the radical left. Affective polarization in Spain is asymmetric, at least when assessed through indicators of social distancing. Left-wing voters express considerably higher levels of discomfort toward interacting with Vox voters than the other way around. This result ties directly to Conclusion 3: while negative partisanship toward the PSOE was not a significant predictor of support for Vox, negative feelings toward Vox did significantly increase the probability of voting for the PSOE. A disaggregated sociodemographic analysis helps shed light on this asymmetric polarization. The gender gap observed in all analyses related to Vox (women express greater discomfort with Vox-voting partners, report more negative feelings toward the party, and are less likely to support it, even when controlling for political and attitudinal variables) suggests that the radical right has taken stances on issues of group rights that affect deeply sensitive areas. These positions provoke a sense of personal threat that is not easily comparable to the threat perceived from the opposing bloc. Still, even acknowledging the responsibility of party elites

for these positions, it is also true that Vox voters are often perceived through exaggerated stereotypes. They are not, or do not identify themselves as, as extremist as the rest of the population assumes. This result has important implications for understanding what lies behind support for the party and what mainstream political actors might do to reduce it. This issue would merit, on its own, a dedicated doctoral dissertation, but we venture to propose a few initial ideas. Some Vox voters may support the party because of a single issue that only Vox addresses. There are many examples of these niche concerns around which the party has mobilized voters. These individuals may be radicalized on one issue, but not others, meaning their overall political profile is far less monolithic than assumed. Their preferences may in fact be more moderate or simply more diffuse than commonly portrayed. If we adopt this interpretive framework, strategies based on moral condemnation or rhetorical degradation appear ill-advised. Rather than weakening the bond between the voter and the party, such approaches might reinforce a connection that was initially tenuous by activating dynamics of identity-based grievance. Moreover, they risk closing off opportunities to respond to these voters' concerns through alternative political channels. The necessary distinction between elites and ordinary voters—regarding both their motivations and responsibilities—helps prevent the extension of partisan affect into the realm of personal relationships.

L1. How can we know whether misperceptions are themselves overestimated because citizens conceal their true positions out of fear of social desirability?

The main problem faced by studies on misperceptions that rely on survey data (even when those surveys are administered through non-face-to-face methods) to determine the actual position of each group is that members of those groups, who do not necessarily belong to silenced minorities, may adjust their responses to appear less extreme and thereby avoid some form of social sanction. In such cases, what is being exaggerated is not the actual distance between groups but the size of the perceptual gap. Acknowledging this methodological limitation should not, however, lead us to accept the argument that these groups are unaware of their own beliefs and that others are better positioned to understand their views, even if those views are not expressed as expected. It would therefore be advisable to implement studies on misperceptions using alternative methodological approaches to determine whether similar results are obtained. On the one hand, this includes research that does not rely exclusively on survey data to assess political positions and polarization levels, but instead draws from alternative sources such as party manifestos or the observation of focus groups in which opinions can emerge more spontaneously and with less constraint. On the other hand, it would be useful to design experiments that introduce frames aimed at normalizing extremism, in order to observe whether presenting less moderate ideological positions in a positive light influences the way citizens express their own ideological self-placement.

L2. To what extent are social distancing estimates biased if the identity categorization criterion appears in both the predicted variable and the explanatory variables? Could conjoint experiments offer a way to isolate the independent contribution of partisanship?

The methodological design of this thesis does not allow for testing whether partisan identity is more influential in partner selection than other types of political identities, such as ideology or opinions on specific issues. Nor does it examine what happens when partisan identity intersects with social identities such as class or religion. Being able to comparatively assess the influence of different identities would provide a more accurate understanding of how political conflict translates into personal relationships. Conjoint experiments could offer a valuable methodological alternative to advance this objective, as they allow for a more robust estimation of the specific effect of partisanship by combining multiple attributes with their respective levels. Although the correlation levels between the feeling thermometers toward a party and the scale measuring liking or disliking a potential partner who supports that party are modest (in no case >0.5), we acknowledge a valid critique: the identity category (partisanship) used to classify the other appears simultaneously in both the dependent variable (partner evaluation) and the explanatory variable (feeling thermometer). This coincidence, in which the partisan label functions both as a defining criterion of the object being evaluated and as a predictor, introduces a risk of conceptual overlap. This may inflate the observed relationship, not because of a genuine causal effect, but due to the repetition of the same identity axis on both sides of the model. Conducting a future conjoint experiment, in which we could also re-test the influence of partisan feeling thermometers on the part-worth utilities of various attribute levels (including vote choice as a signal of partisan identity) would help address this concern.

L3. We need to refine measures to distinguish between assessments, identities, and actual behaviors. We also need to reconsider how we operationalize affective polarization

As Röllicke (2023) already warned, feeling thermometers reflect evaluations or attitudes toward groups, which is not exactly equivalent to expressing identification (whether positive or negative) with those groups. However, we also know that positive evaluations toward a group are typically based on a sense of belonging or a bond of affinity, which is why expressions of ingroup favoritism often emerge. This disposition allows us to make basic inferences by considering feelings as a constitutive component of identities and as an approximate measure of them. Still, in multiparty contexts, evaluations may not perfectly align with identities. Ultimately, despite the practical constraints of survey design, our research should aim to incorporate both evaluative measures and social identification scales in the future. For the positive dimension, the IDPG (Identification with a Psychological Group), discussed in the introduction in reference to Greene’s (2004) work, could serve as a model. For the measurement of negative partisanship, the promising scale proposed by Mayer and Russo (2024) stands out, as it emphasizes rejection of the opposing party’s worldview as a core component of negative identification. Moreover, social distancing questions may once again be capturing a

general evaluation of the group, which would not necessarily translate into discriminatory behavior in real-life situations. Even behavioral experiments focusing on trust and cooperation do not fully overcome the artificiality of these evaluative contexts. Overcoming this limitation would require controlled field experiments, non-participant observational procedures, or real-world behavioral data (such as that obtained from dating applications, for example).

Another clear limitation is the decision to use Wagner’s (2021) formula to operationalize the concept of “affective polarization”. We have already had the opportunity to discuss some of its specific features (it is based on the dispersion of evaluations and aims to prioritize polarization between blocs), justifying its use for practical reasons due to its widespread adoption in the specialized literature. Even so, we know that this formula presents at least two questionable aspects. The first is that it does not determine the subject’s group membership, which distorts the theoretical foundation of the studies and reinforces the confusion between evaluation and identity (it is not a formula adapted to the psychology of intergroup conflict). The second is that strong supporters of a single party are treated as less polarized than strong supporters of a bloc—that is, individuals who assign the highest score to two parties (it is assumed they belong to the same bloc, but this cannot be mathematically demonstrated). In future studies, we should replicate some of the results presented here using new operationalization strategies that increase the accuracy of the approach, even though, in general terms, the trends would likely remain consistent. As we have shown⁸, using a distance-based formula that incorporates the intergroup dimension and corrects the underestimation of interparty polarization scenarios, the correlation between this new calculation strategy and Wagner’s formula (based on the same dataset) would exceed 0.8.

FA. Building a depolarization agenda

The extensive body of academic work on affective polarization, which now spans a wide range of cultural contexts, has allowed us to gain a deep understanding of its causes and, increasingly, of its social, democratic, and institutional consequences. Social research should not settle for this explanatory level alone; it is called upon to articulate empirically validated interventions that can yield tangible social outcomes. So far, most depolarization proposals have been based on Allport’s (1954) foundational claims about the benefits of intergroup contact for reducing prejudice, stereotypes, and hostility (Stecula, 2025). Studies such as the one presented in *We Need to Talk: How Cross-Party Dialogue Reduces Affective Polarization* (Levendusky & Stecula, 2021) emphasize how fostering cross-party dialogue can lower animosity by humanizing intergroup relations. However, just as political distancing and segregation are increasing in our societies, contact-based interventions appear difficult to scale and unlikely to have long-term effects (Iyengar, 2024). They may work in small communities, though not without considerable economic and logistical cost, but they will not alter the trajectory of an entire country because they cannot be replicated in a massive

⁸A critical methodological commentary on Wagner’s formula and the alternative we have developed (DIPA) was presented at the seminar “Affective Polarization. Transnational and Multidimensional Perspectives” held at the University of Murcia in November 2024. The presentation, led by Professor Ismael Crespo, can be consulted at the following link: <https://www.cemopmurcia.es/wp-content/uploads/2024/10/La-medicion-de-la-polarizacion-afectiva-en-sistemas-multipartidistas.pdf>

and sustained way. In light of these limitations, we point to some promising alternatives for depolarization that do not rely on intergroup contact experiments. The first approach focuses on reducing misperceptions through the dissemination of counter-narratives that emphasize shared identities or goals, contrast feelings and impressions with factual data, provide stories of coexistence to counteract narratives of hatred, and highlight examples of successful cross-party cooperation. These counter-narratives can be promoted by civil society organizations in alliance with mainstream media outlets that are willing to reduce polarization in order to broaden their audience base. They can also be supported through a new system of algorithmic governance that encourages large technology companies to introduce content that moderates prejudice, monitors the polarizing reach of political messages, ensures exposure to diverse viewpoints to avoid cognitive isolation, and develops recommendation systems that deprioritize extreme and negative content. To achieve these goals, artificial intelligence may become a strategic ally, helping us detect affective conflict in real time and generate counter-narratives automatically, thus enabling direct intervention in ongoing debates and preventing the further spread of hostile and prejudiced content, while also contributing to the ethical and responsible mathematical redesign of digital algorithms. The second pathway involves transforming the structural conditions and social norms that currently make polarization electorally and communicatively profitable. Changing institutional rules that reward sectarian dynamics and negative campaigning, that amplify the public influence of challenger parties, or that reduce the need for cooperation among centripetal parties may, in the long run, alter perceptions about the expected returns of polarizing strategies. Finally, although it may seem entirely utopian in Spain at present, building interparty cooperation structures that model alternative forms of elite interaction and empower less polarized levels of government (such as the local or regional level) could offer a way forward. A clear example that such initiatives are possible is the U.S. National Governors Association (NGA), founded in 1908, which has long demonstrated that leaders from rival parties can share common goals and work together to achieve them. In fact, under the leadership of Governor Spencer Cox, the NGA launched the only institutional depolarization initiative we are currently aware of worldwide: The Disagree Better Initiative. Dreaming of something similar in Spain requires the prior emergence of this kind of structure.

7. Conclusiones, limitaciones y nuevas líneas de investigación

El desarrollo de esta tesis doctoral ha dado lugar a un conjunto de conclusiones que no solo sintetizan sus principales aportaciones, sino que también constituyen una base para la identificación de futuras líneas de investigación. Al mismo tiempo, es importante reconocer las limitaciones del estudio, que quedan plenamente abiertas a la crítica y a una discusión posterior.

C1. La relación circular entre percepciones erróneas, identidades y sentimientos intergrupales. Por qué el impacto de las diferencias ideológicas no puede explicarse únicamente a partir de las posiciones reales

Unos neurocientíficos norteamericanos demostraron que la exposición imaginaria a una amenaza tenía consecuencias neuronales y fisiológicas similares a la amenaza real (Reddan et al., 2018). Nuestro cerebro no es especialmente bueno distinguiendo entre lo que creemos-percibimos y lo que de verdad existe. Los estudios tradicionales de polarización se han esforzado en observar cómo se distribuían las preferencias y posiciones ideológicas de los sujetos y hasta qué punto se ordenaban de forma bimodal (Fiorina y Abrams, 2008). Sin embargo, el interés por conocer la percepción que los sujetos tienen sobre las posiciones de los grupos rivales y la metapercepción del grupo propio, sobre cómo esos grupos rivales perciben al endogrupo, o sobre la impresión que genera el sistema político, es reciente. Para los estudios de opinión pública, y para cualquier ciencia del comportamiento, es tan importante llegar a conocer lo que los ciudadanos creen que es cierto o interpretan como la descripción objetiva de las cosas, ya que son esas percepciones las que orientan sus juicios y actitudes. Ahora bien, las percepciones sobre las posiciones de los exogrupos o sobre los niveles de polarización no pueden ser analizadas aisladamente como manifestaciones subjetivas, sino que se debe aspirar a estimar los niveles de distorsión que encierran como manifestación de un sesgo grupal.

La acentuación de las diferencias intergrupales es un efecto de la propia acción de categorización, por cuanto tendemos a juzgar de forma simplificada los rasgos de los miembros de un grupo (categoría) según el estereotipo que sirve para distinguirla. En el plano político, el prototipo extremo homogeneiza, anula los matices y acaba por generar una falsa sensación de distancia que, a su vez, refuerza los lazos de pertenencia grupal al incrementarse el contraste. Inferir posiciones desde el estereotipo sirve para motivar la actitud intergrupala y consolidar las estructuras cognitivas esperables. Responde a una expectativa de diferencia. En este sentido, la presunción de incompatibilidad convierte al sesgo perceptivo en una estrategia potencial de cohesión del grupo, que puede activarse mediante mecanismos discursivos, toda vez que hemos logrado demostrar que cuando crece la brecha perceptiva sobre la posición ideológica de un partido, también crecen los sentimientos de rechazo hacia esa formación. La hostilidad interpartidista no puede ser entendida exclusivamente desde los presupuestos de la teoría del conflicto realista como la expresión de una competición de intereses (que tienen una traslación ideológica), ya que la lejanía entre esos intereses está exagerada y se debe más a un condicionante identitario que a un sustrato material-racional.

El incremento de los contrastes entre grupos a través de errores perceptivos puede resolver cierta apatía o desdén político, derivado de la sensación de escasa competición o de igualación entre la oferta partidista. Pero el pensamiento estereotípico que reduce los costes de procesamiento y potencialmente actúa como estímulo de movilización puede tener consecuencias preocupantes en términos de distanciamiento social y partidismo negativo, los otros dos grandes asuntos que han centrado nuestra atención. En cualquier caso, al constatar que parte de la polarización afectiva que vivimos en España está alimentada por una visión artificial de la polarización sistémica o por una estimación imprecisa de la posición real de los exogrupos (percibida generalmente como más extrema), como si de una reacción a una amenaza imaginada se tratase, nuestra tesis se suma a las reflexiones de Enders y Armaly (2019): la sobreestimación de la polarización puede tener consecuencias tan significativas como la polarización real. En particular, tanto su estudio como el nuestro concluyen que la percepción errónea alimenta el rechazo al exogrupo de forma parecida a la distancia ideológica real.

C2. Por qué es importante estudiar el distanciamiento social y por qué el favoritismo hacia los miembros del propio grupo y el rechazo hacia los miembros de otros grupos no son funcionalmente equivalentes

El agrado diferencial hacia las relaciones personales según la identidad partidista de los sujetos es una expresión superior del clima de polarización afectiva. Las inquietudes científicas que despierta el conflicto intergrupar se relacionan, precisamente, con su capacidad para generar discriminación y dañar la convivencia. Los indicadores de distanciamiento social, creados para medir ese agrado diferencial, plantean situaciones concretas y evitan evaluaciones generalistas en las que se confunda el prejuicio con la propia identidad (Carlin y Love, 2025). Que no presenten una gran asociación con los termómetros de sentimientos partidistas, como previamente demostraron Tichelbaecker et al. (2023) y corroboramos en el capítulo 4, creemos que es un fuerte argumento para su conversión en objeto de estudio prioritario. Dado que es más difícil (normativamente) que alguien admita no querer tener amigos de cierto partido o que le desagradaría casarse con alguno de sus miembros, captar y explicar variaciones en este tipo de escalas nos aporta una comprensión más precisa del núcleo conceptual de la polarización afectiva (los procesos interpersonales) y de los mecanismos que lo impulsan. Asimismo, el caso de la homogamia partidista adquiere una especial relevancia en tanto que los efectos de la polarización afectiva y del sesgo identitario en la elección de pareja influirán en los patrones de socialización de las generaciones futuras. El incremento de la homogeneidad política de los matrimonios creará entornos de mayor refuerzo actitudinal para los hijos y esto puede terminar por polarizar más las dinámicas afectivas agregadas de cada país, que estarán condicionadas por la situación de segregación. A su vez, si la identidad partidista se entiende como un asunto tan personal que ha estructurado las relaciones íntimas y que aparece como un legado familiar, es plausible pensar que se incrementará la probabilidad de entender el conflicto político en términos personales (de amenaza a la identidad personal) porque esas identidades se ligan con un elemento afectivo-familiar y terminan por ser centrales en la definición del autoconcepto.

Cuando hemos expuesto esta reflexión en algunos congresos, normalmente alguien se apresuraba a preguntar lo siguiente: ¿por qué deberíamos compartir nuestra vida con una persona que sabemos que no tiene nuestros mismos valores, que además suponemos que esa distancia en valores lo es también en formas de ser y gustos y, por lo tanto, no vamos a ser felices ni va a existir sintonía con ella? Se dejaba intuir que la homogamia partidista era una aspiración totalmente racional y natural. Y, si asumimos las premisas de la pregunta, ciertamente lo es. Sin embargo, también hemos demostrado que buena parte de la incompatibilidad ideológica percibida está exagerada y que la reducción de los miembros del exogrupo a un estereotipo no deja de ser un razonamiento impreciso. El protagonismo de los temas culturales y morales (como los relacionados con el género o las identidades nacionales), tan útiles para marcar las fronteras partidistas, ayuda a que se politicen numerosas esferas de la vida cotidiana y se asuma ese error de incompatibilidad, impidiéndonos conocer a las personas al margen de la categoría grupal a la que pertenecen (convertida en mega-identidad) y adquirir imágenes menos maniqueas sobre los rivales. Junto a esta constatación, permanece una duda sobre qué tipo de rasgos se hacen presentes en la mente de los individuos cuando piensan en determinadas categorías, puesto que la homogamia partidista podría relacionarse con un tipo de homogamia general de carácter socioestructural (Hudde y Grunow, 2025). Conocer el voto de un individuo no solo nos puede activar rechazo por sus ideas políticas, sino también por la asociación de ese partido con ciertos sectores sociales ajenos a nosotros.

Aceptando esta posibilidad, los resultados del capítulo 4 señalan que el agrado o desagrado hacia una posible pareja según su identidad partidista se explica fundamentalmente por los sentimientos hacia dicho partido, con un patrón subyacente de favoritismo endogrupal, así como por el nivel de polarización afectiva general del individuo. Sorprendentemente, el extremismo ideológico no es relevante en presencia de los sentimientos partidistas y se reafirma una clara diferencia en las predisposiciones afectivas hacia ciertos partidos entre hombres y mujeres. Sin embargo, los sentimientos hacia partidos ajenos al evaluado, incluso aquellos del bloque rival, no resultan por lo general significativos. Por ejemplo, a la hora de valorar una posible relación con una persona del PSOE, los sentimientos positivos hacia PP o hacia Vox no predicen de manera significativa mayores niveles de desagrado. Estos resultados nos indican que, en contextos íntimos, como las relaciones de pareja, el sesgo de rechazo al exogrupo (que parte del apego a un grupo rival de ese exogrupo) tiene menos peso que la propia actitud hacia el grupo con el que se pretende establecer la relación. Tal vez parte del distanciamiento social no provenga de una voluntad de excluir activamente al exogrupo, sino de una preferencia endogrupal que tiene como consecuencia indirecta esa exclusión. Siguiendo a Allport (1954) y a Brewer (1999), el apego endogrupal no siempre genera rechazo exogrupal, lo que nos lleva a afirmar que las acciones de discriminación están motivadas más por un impulso positivo que por una acción hostil explícita. A estos hallazgos hay que añadirles los que se derivan de un tercer tipo de sesgo: el de polarización afectiva. El coeficiente de la variable «polarización afectiva» es siempre negativo porque los modelos de regresión no se estiman solo entre simpatizantes de cada partido (no se segmentan), sino que todas las personas valoran su disposición a tener una relación de pareja con votantes de distintos partidos, la mayoría de las veces distintos al propio. Como la mayor parte de las opiniones observadas se están produciendo sobre exogrupos, el índice de polarización afectiva capta un sesgo general de distanciamiento y confirma que, cuanto mayor es la dispersión

individual de evaluaciones, menor aceptación a las relaciones de pareja con los rivales políticos y, en consecuencia, mayor atención se presta a las identidades políticas a la hora de establecer relaciones sociales. Los resultados vinculados con la polarización afectiva no reflejan un efecto dirigido contra un partido concreto, sino un sesgo general de distanciamiento intergrupalo.

C3. El partidismo negativo puede influir en el comportamiento electoral. Esta evidencia lo hace estratégicamente útil para las élites políticas

Al igual que nos hemos esforzado por diferenciar el sesgo de favoritismo endogrupal del sesgo de rechazo exogrupal, no podemos considerar que el partidismo se manifiesta exclusivamente en su vertiente positiva. La falta de apego positivo tampoco debería ser sinónimo de ausencia de partidismo y resulta difícil sostener que toda manifestación de intenso rechazo se relaciona con un intenso apego. Incluso cuando en algunas relaciones intergrupales el intenso apego se solape con el intenso rechazo, a la inversa la evidencia es más débil. En los modelos psicosociológicos del comportamiento electoral se ha prestado mayor atención a la influencia de la identidad afirmativa, considerando la acción de votar como la consecuencia última o exteriorización coherente de un vínculo afectivo previo. Sin embargo, esta relación puede complejizarse al incluir el efecto de los intensos sentimientos de rechazo hacia un grupo, capaces de promover una identificación por oposición y movilizar desde la negatividad. En España, la reflexión sobre el alcance del partidismo negativo es escasa y hasta podríamos decir que inexistente. No nos puede extrañar, pues siempre se ha argumentado que el modelo de Michigan no podía ser utilizado en los sistemas multipartidistas europeos. Ahora bien, el incremento de la comunicación política negativa, de la retórica simplificadora y de las apelaciones sentimentales en los discursos políticos devuelve a las identidades al centro del análisis. Claro está que, permaneciendo las tendencias de desalineamiento y desafección, las estrategias de comunicación de los partidos renuncian a ilusionar o a activar unos vínculos positivos cada vez más débiles y prefieren enfocarse en la amenaza que supone el otro. Una ruta afectiva alternativa nace de esta forma: la decisión de apoyar a un grupo es posterior al nacimiento de intensos sentimientos de rechazo hacia otro grupo. En este contexto, parece adecuado dotar de entidad propia al partidismo negativo, introduciéndolo en modelos que permitan controlar su influencia en el voto cuando se considera simultáneamente la identidad partidista positiva, la valoración del liderazgo o la ideología.

Las formaciones de derecha radical como Vox son especialmente proclives a crear este tipo de sentimientos de intenso rechazo que formalizan a la larga una identidad negativa. La campaña de las elecciones generales españolas de julio de 2023 estuvo dominada por apelaciones de tipo «anti» y se convirtió en una gran oportunidad para comenzar a explorar el alcance que el partidismo negativo tiene en nuestro país. Es evidente que el acercamiento realizado es tan solo exploratorio y que necesita ser complementado con datos longitudinales y con modelos aplicados a otras formaciones más allá del PSOE y de Vox. Sin obviar estas críticas, nuestros resultados evidencian que el partidismo negativo hacia Vox (en el escenario de máximos controles estadísticos) incrementó la probabilidad de votar al PSOE, cosa que no sucedió en sentido contrario. Tampoco el partidismo negativo hacia el PP resultó significativo a la hora de explicar el voto al PSOE (una nueva prueba de la excepcionalidad afectiva

de la derecha radical). Al evidenciar el impacto electoral del partidismo negativo, aunque sea solo en relación con un tipo de partido, se abre una reflexión de mayor calado: cómo ese impacto manda un mensaje a las élites, que se verán tentadas a seguir construyendo estrategias que maximicen la tensión con ciertos grupos, promocionen la animadversión y los utilicen como palanca para evitar fugas de voto o desmovilización. El abuso de este tipo de estrategias electorales negativas tiene implicaciones preocupantes: degrada la calidad del proceso democrático (porque el razonamiento se basa en el odio exogrupal o en el miedo, no en la convicción) y puede exacerbar los afectos negativos hacia el exogrupo. Recordemos nuevamente que los primeros trabajos de polarización afectiva relacionaron la mayor incidencia de la publicidad negativa con la ampliación de las brechas intergrupales (Iyengar et al., 2012). Y, más recientemente, Chen y Rohla (2018) vincularon las tensiones en reuniones familiares interpartidistas con la mayor exposición a publicidad política. Una visión global de estos hallazgos nos habla de un tiempo histórico en el que polarizar, por la vía negativa, se convierte en un arma política exitosa, pero con externalidades no políticas.

C4. Vox destaca en todas las dimensiones estudiadas en esta tesis. El auge de este partido supuso un punto de inflexión en la polarización española

Si algo tienen en común todos los resultados de esta tesis es que los datos relativos a Vox siempre se separan de la tónica general que presentan el resto de los partidos. Vox es la marca que despierta un mayor nivel de desviación perceptiva y, simultáneamente, la influencia de esa desviación en los sentimientos de rechazo es especialmente intensa en su caso. Asimismo, es el partido que más expresiones de distanciamiento social suscita, hasta un 22,4 % de los entrevistados se ubica en posiciones de máximo desagrado (0-1) cuando se le plantea tener una posible pareja que vote a esta formación, muy por encima de lo que sucede con los otros tres partidos considerados. Los datos de partidismo negativo siguen esta misma lógica: casi un 70 % de los entrevistados manifestó posiciones de intenso rechazo a Vox, pero ninguno de los demás partidos superaba el 50 %. Esta regularidad apuntala los hallazgos de Hartevelt et al. (2022): los partidos de derecha radical son entidades excepcionales cuando hablamos de polarización porque tienen una gran capacidad para activar identidades morales excluyentes. En consecuencia, puede afirmarse que su acceso a las instituciones en España a partir del año 2018 ha agitado las pasiones de los electores y ha condicionado intensamente las relaciones afectivas intergrupales.

Estos resultados también nos obligan a recuperar el concepto de estigmatización, que ha vuelto a suscitar interés recientemente entre los politólogos (Valentim, 2024; Turnbull-Dugarte y López Ortega, 2025). La relación de cooperación entre la derecha moderada y la derecha radical en España se deja ver en las expresiones afectivas cruzadas entre ambos grupos, que responden a una afinidad de bloque sin abandonar la intensidad diferencial de base partidista. Esta normalización de la derecha radical a partir de su aceptación por la derecha moderada ha podido contribuir a mitigar el estigma general hacia este partido en España, que a pesar de ello sigue siendo muy superior al que presenta la izquierda radical. La polarización afectiva es asimétrica en España, al menos si la juzgamos a partir de los indicadores de distanciamiento social. Los votantes de partidos de izquierda expresan niveles de desagrado mucho mayores

hacia las relaciones con votantes de Vox que a la inversa. Este resultado conecta directamente con la conclusión 3: mientras que el partidismo negativo hacia el PSOE no resultó significativo para explicar el voto a Vox, el rechazo hacia Vox sí incrementó de forma significativa la probabilidad de votar al PSOE. Un análisis sociodemográfico desagregado de los resultados nos puede aportar una de las claves interpretativas de esta polarización asimétrica: la *gender gap* presente en todos los análisis relativos a Vox (a las mujeres les desagradan más las parejas de Vox, tienen sentimientos más negativos hacia este partido y tienen menos probabilidad de votarle, efectos todos que permanecen siendo controlados por variables de tipo actitudinal-político) demuestra que la derecha radical ha librado ciertas batallas, en relación con derechos de colectivos, que inciden en elementos muy sensibles y provocan una sensación de amenaza personal, que no es equiparable con la que puede llegar a suscitar el bloque rival. No obstante, y sin apartarnos de esta conclusión sobre los posicionamientos de las élites del partido, no es menos cierto que sus votantes son percibidos de una forma exageradamente estereotípica, ya que no son (o no se declaran) tan extremistas como el resto de ciudadanos piensa. Este resultado tiene importantes implicaciones para comprender qué hay detrás del apoyo a este partido y qué pueden hacer los partidos centrales del sistema para tratar de rebajarlo. Este es un tema que merecería, por sí solo, una tesis doctoral monográfica, pero nos aventuramos a apuntar algunas ideas: ciertos votantes de Vox pueden mostrar su apoyo por un tema muy específico que solo este partido defiende (son muchos los ejemplos de estos pequeños nichos que el partido convoca), sin compartir o prestar atención al resto de posicionamientos programáticos (ausencia de un perfil monolítico). Estarían, si acaso, radicalizados en un asunto, pero no en todos, por lo que sus preferencias son, en realidad, más moderadas o simplemente más indefinidas de lo que se presupone. Si comprendemos desde estos presupuestos al votante de Vox, las acciones de degradación y de superioridad moral parecerían poco apropiadas, porque reforzarían un vínculo (tal vez precario en el origen) al activar dinámicas de agravio identitario y cerrarían la vía a responder a las preocupaciones de estos votantes con otro tipo de alternativas. La necesaria distinción entre élites y masas, en cuanto a sus motivaciones y responsabilidades, previene la traslación del afecto partidista a las relaciones personales.

L1. ¿Cómo podemos saber si las percepciones erróneas están sobrevaloradas porque los ciudadanos ocultan sus verdaderas opiniones por miedo a lo que se considera socialmente aceptable?

El principal problema al que se enfrentan los estudios sobre percepciones erróneas que utilizan datos de encuesta (incluso cuando estas se administran mediante métodos sin interacción cara a cara) para determinar la posición real de cada grupo, es que los miembros de esos grupos (que no pertenecen necesariamente a minorías silenciadas) puedan estar modulando sus respuestas para parecer menos extremistas y así evitar algún tipo de sanción social. En tal caso, no se estaría exagerando la distancia real entre grupos, sino el tamaño de la brecha perceptiva. Reconocer esta limitación metodológica no debería llevarnos, sin embargo, a asumir como aceptable el argumento de que estos grupos no conocen realmente sus propias creencias y que son los demás quienes entienden mejor sus posiciones, aunque estas no se expresen como se espera. Convendría implementar, eso sí, estudios sobre percepciones erróneas con otros enfoques para constatar si se producen resultados similares. Nos referimos,

por un lado, a investigaciones que no se basen exclusivamente en datos de encuesta para calcular las posiciones y niveles reales de polarización, y que, por tanto, recurran a fuentes alternativas como los programas electorales o el análisis de grupos de discusión donde las opiniones puedan fluir de forma más espontánea y menos condicionada. Por otro lado, sería pertinente desarrollar diseños experimentales que introduzcan marcos de normalización del extremismo, a fin de observar si una presentación en positivo de posturas ideológicamente menos moderadas modifica la autoubicación ideológica que manifiestan los ciudadanos.

L2. ¿En qué medida están sesgadas las estimaciones del distanciamiento social si el criterio de categorización de la identidad aparece tanto en la variable predicha como en las variables explicativas? ¿Podrían los experimentos *conjoint* ofrecer una forma de aislar la contribución independiente del partidismo?

El diseño metodológico de la tesis no permite contrastar si la identidad partidista es más influyente a la hora de elegir pareja que otro tipo de identidades políticas (ideología, opiniones sobre determinados temas) ni tampoco qué sucede cuando la identidad partidista se combina con identidades sociales (de clase, religiosas). Poder determinar de manera comparada la influencia de diferentes identidades nos facilitaría tener una visión más ajustada de la traslación del conflicto político a las relaciones personales. Los experimentos de elección tipo *conjoint* ofrecen una alternativa metodológica valiosa para avanzar en este propósito, al permitir una estimación más robusta del efecto específico del partidismo a través de la combinación de múltiples atributos con sus respectivos niveles. Pese a que la fuerza de la correlación entre los termómetros de sentimientos hacia un partido y la escala de agrado/desagrado hacia una pareja de ese partido son modestos (en ningún caso >0.5), aceptamos como crítica que la categoría identitaria (partidismo) utilizada para clasificar al otro aparece simultáneamente en la variable dependiente (pareja) y en la variable explicativa (termómetro de sentimientos). Esta coincidencia entre la etiqueta partidista como criterio definitorio del objeto de evaluación y como variable predictora introduce un riesgo de solapamiento que puede magnificar la relación observada, no tanto por un efecto causal genuino, sino por la repetición del mismo eje identitario en ambos extremos del modelo. La realización en el futuro de un experimento *conjoint*, donde además se volvería a poner a prueba la influencia de los termómetros de sentimientos partidistas sobre las *part-worth utilities* de diferentes niveles de los atributos (entre ellos el voto como señal de identidad partidista) resolvería esta duda.

L3. Necesitamos perfeccionar las medidas para distinguir entre evaluaciones, identidades y comportamientos reales. También debemos reconsiderar cómo operacionalizamos el concepto de polarización afectiva

Como ya advirtió Röllicke (2023), los termómetros de sentimientos reflejan evaluaciones o actitudes hacia grupos, lo que no equivale exactamente a que se manifieste una identificación (positiva o negativa) con los mismos. Sin embargo, también sabemos que las evaluaciones positivas hacia un grupo se basan, habitualmente, en un sentido de pertenencia o en un vínculo de cierta afinidad (motivo por el cual aparece una expresión de favoritismo endogrupal). Esta disposición nos sirve para realizar acercamientos básicos considerando a los sentimientos como

un componente constitutivo de las identidades y como una medida aproximada de las mismas, pero en contextos multipartidistas las evaluaciones pueden no coincidir perfectamente con las identidades. En definitiva, y a pesar de la exigencia en términos de viabilidad de los cuestionarios, nuestras investigaciones deberían incorporar en el futuro medidas de evaluación y, además, escalas de identificación social. Para la dimensión positiva podría tomarse como referente la IDGP (*Identification with a Psychological Group*) que mencionamos en la introducción a propósito de los trabajos de Greene (2004) y para la medición del partidismo negativo la interesante propuesta de escala de Mayer y Russo (2024), que pone el acento en el rechazo a la visión del mundo del partido objeto de identificación por oposición. Por otra parte, las preguntas de distanciamiento social podrían estar reflejando, de nuevo, una evaluación general sobre el grupo, que no se manifestaría en la vida real en forma de comportamiento discriminatorio. Ni siquiera los juegos experimentales orientados a las relaciones de confianza y cooperación resuelven la artificialidad de estas situaciones de evaluación. Solo sería posible superar esta limitación con experimentos de campo controlados, procedimientos de observación no participante o datos reales de conducta (en aplicaciones de citas, por ejemplo).

Otra limitación evidente es la decisión de utilizar la fórmula de Wagner (2021) para operacionalizar el concepto de «polarización afectiva». Ya hemos tenido ocasión con anterioridad de exponer algunas de sus particularidades (se basa en la dispersión de evaluaciones y trata de priorizar la polarización entre bloques), justificando su elección por motivos operativos debido a su extendido uso en la literatura especializada. Con todo, sabemos que esta fórmula presenta al menos dos aspectos cuestionables. El primero de ellos es que no determina la pertenencia grupal del sujeto, lo que distorsiona la propia base teórica de los estudios y refuerza la confusión entre evaluación e identidad (no es una fórmula adaptada a la psicología del conflicto intergrupal). El segundo es que los fanáticos de un partido son tratados como sujetos menos polarizados que los fanáticos de un bloque, es decir, individuos que dan a dos partidos la máxima puntuación (se presupone que son del mismo bloque, pero es imposible de demostrar matemáticamente). En futuros estudios, deberemos replicar algunos de los resultados aquí expuestos con nuevas vías de operacionalización que aumenten la precisión del enfoque, aunque en líneas generales las tendencias se mantendrían. Según hemos demostrado⁹, con una fórmula de distancias que sí incorpora el sentido intergrupal y corrige la subestimación de los escenarios de polarización interpartidista, la correlación entre esta estrategia de cálculo y la de Wagner, con los resultados obtenidos para la misma base de datos, sería superior a 0.8.

FA. Construir un horizonte de despolarización

La extensa producción académica sobre polarización afectiva, que ya alcanza a contextos culturales muy diferentes, nos ha permitido conocer en profundidad sus causas y, cada vez más, sus consecuencias tanto sociales como democráticas e institucionales. La investigación social no debería conformarse con este nivel explicativo, sino que está llamada a articular

⁹Un comentario crítico-metodológico sobre la fórmula de Wagner y la alternativa a la misma que hemos diseñado (DIPA) se expuso en el Seminario «Polarización afectiva. Miradas transnacionales y multidimensionales» celebrado en la Universidad de Murcia en noviembre de 2024. La ponencia presentada, bajo el liderazgo del profesor Ismael Crespo, se puede consultar en el siguiente enlace: <https://www.cemopmurcia.es/wp-content/uploads/2024/10/La-medicion-de-la-polarizacion-afectiva-en-sistemas-multipartidistas.pdf>

intervenciones, previa validación empírica, que puedan ofrecer resultados sociales tangibles. Hasta ahora, la mayor parte de las propuestas de despolarización se han basado en los postulados de Allport (1954) en relación con los beneficios del contacto intergrupar para la reducción de los prejuicios, los estereotipos y la hostilidad (Stecula, 2025). Estudios como el que contiene el libro *We Need to Talk How Cross-Party Dialogue Reduces Affective Polarization* (Levendusky y Stecula, 2021) inciden en los beneficios de la creación de entornos de diálogo interpartidista para rebajar la animadversión al destensar, desde lo humano, las relaciones entre grupos. Ahora bien, justo cuando sabemos que en nuestras sociedades está creciendo el distanciamiento por razones políticas y, por tanto, la segregación, las intervenciones basadas en el contacto serán difícilmente escalables y no será fácil que tengan un efecto a largo plazo (Iyengar, 2024). Pueden funcionar para pequeñas comunidades, no sin un considerable coste económico y organizativo, pero no cambiarán el rumbo de todo un país porque no se pueden reproducir de forma masiva y continuada. Ante estas limitaciones, apuntamos algunas vías prometedoras para la despolarización que no precisan de experimentos de contacto intergrupar. La primera de ellas se basa en la reducción de las percepciones erróneas mediante la difusión de contranarrativas que primen identidades u objetivos comunes, contrapongan sensaciones/impresiones con datos reales, ofrezcan relatos de convivencia frente a relatos de odio y representen casos de cooperación partidista exitosa. Estas contranarrativas pueden difundirse mediante la acción de organizaciones de la sociedad civil que establezcan alianzas con medios de comunicación generalistas decididos a rebajar la polarización para poder aumentar su público potencial, o también a través de un nuevo sistema de gobernanza algorítmico que invite a las grandes compañías tecnológicas a introducir contenidos moderadores de los prejuicios, a monitorizar el alcance polarizante de los mensajes, a proveer mensajes diversos para evitar el aislamiento cognitivo y a garantizar unos sistemas de recomendación que privilegien menos el contenido extremo y negativo. Para lograr estos objetivos, la Inteligencia Artificial puede convertirse en un aliado estratégico que nos ayude a detectar en tiempo real los procesos de enfrentamiento afectivo y a generar automáticamente esas contranarrativas con el fin de facilitar la intervención directa en los debates y evitar una mayor difusión de contenidos hostiles y prejuiciosos, al tiempo que participa en el rediseño matemático (ético y responsable) de los algoritmos. La segunda vía se relaciona con el cambio de las condiciones estructurales y de las normas sociales que hoy hacen que la polarización sí sea rentable en términos electorales-comunicativos. Cambiar las reglas institucionales que favorecen dinámicas sectarias y campañas sucias, que incrementan la influencia pública de los partidos desafiantes o que reducen la necesidad de cooperación entre los partidos centrípetos puede servir para alterar en el largo plazo la percepción sobre los rendimientos asociados a la polarización. Finalmente, y aunque por el momento parece del todo utópico en España, el fortalecimiento y expansión de las estructuras de cooperación interpartidista que enseñan a la ciudadanía otras formas de relación entre las élites y empoderan a niveles de gobierno menos polarizados (locales, regionales). Hay un ejemplo claro de que esto es posible: la Asociación Nacional de Gobernadores (NGA) de los Estados Unidos. Fundada en 1908, viene demostrando que líderes de partidos rivales comparten intereses comunes y son capaces de unirse para conseguirlos. De hecho, la NGA, bajo la dirección del gobernador Spencer Cox, puso en marcha la única campaña institucional de despolarización que (por el momento) conocemos a nivel mundial: *The Disagree Better Initiative*.

Apéndice. Otras publicaciones relacionadas con la tesis

Esta es una lista de publicaciones del autor de la tesis íntimamente relacionadas con el tema principal de la disertación. Aunque no forman parte del cuerpo de la tesis, fueron desarrolladas durante el periodo de investigación doctoral y sus resultados se integran en la discusión general, al resultar fundamentales para comprender de una forma más holística el trabajo llevado a cabo.

Rojo-Martínez, J. M., Crespo-Martínez, I., y Mora-Rodríguez, A. (2023). Dinámicas emocionales intergrupales: Un análisis sobre los rasgos de los electores polarizados afectivamente en España. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas (REIS)*, 184, 105–122. <https://doi.org/10.5477/cis/reis.184.105>

Rojo-Martínez, J. M., Crespo-Martínez, I., y Mora-Rodríguez, A. (2023). Culture Wars, Perception Gap and Affective Polarization: An Approach From the Spanish Case. *Revista OBETS*, 18(1), 79–96. <https://doi.org/10.14198/obets.21976>

Crespo-Martínez, I., Mora-Rodríguez, A., y Rojo-Martínez, J. M. (2024). Political Identity Bias in Interpersonal Attitudes: Explaining Affective Polarisation in the 2023 Spanish General Election. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 56, 233-241. <https://doi.org/10.14349/rlp.2024.v56.23>

Crespo-Martínez, I., Mora-Rodríguez, A., y Rojo-Martínez, J. M. (2024). Misperceptions and Affective Polarization: Evidence from Spain. *Revista Internacional de Sociología*, 82(4), e260. <https://doi.org/10.3989/ris.2024.82.4.1299>

Crespo-Martínez, I., Melero-López, I., Mora-Rodríguez, A., y Rojo-Martínez, J. M. (2024). Politics, Media Use and Affective Polarisation in Spain. *Revista Mediterránea de Comunicación*, 15(2), e26681. <https://doi.org/10.14198/MEDCOM.26681>

Martínez-España, R., Fernández-Pedauye, J., Pérez de Lucía, J. G., Rojo-Martínez, J. M., Bakdid-Albane, K., y García-Escribano, J. J. (2024). Methodology for Measuring Individual Affective Polarization Using Sentiment Analysis in Social Networks. *IEEE Access*, 12, 102035 - 102049. <https://doi.org/10.1109/ACCESS.2024.3431999>

Crespo-Martínez, I., Mora-Rodríguez, A., y Rojo-Martínez, J. M. (2025). No es el qué, es el quién: la importancia del líder para la aceptación del mensaje. *Revista Latina De Comunicación Social*, 83, 1 - 22. <https://doi.org/10.4185/rllcs-2025-2354>

Referencias bibliográficas

- Abramowitz, A. I., y Webster, S. (2016). The rise of negative partisanship and the nationalization of U.S. elections in the 21st century. *Electoral Studies*, 41, 12–22. <https://doi.org/10.1016/j.electstud.2015.11.001>
- Abrams, D., y Hogg, M. A. (1990). Social identification, self-categorization and social influence. *European Review of Social Psychology*, 1(1), 195–228. <https://doi.org/10.1080/14792779108401862>
- Ahler, D. J., y Sood, G. (2018). The parties in our heads: Misperceptions about party composition and their consequences. *The Journal of Politics*, 80(3), 964–981. <https://doi.org/10.1086/697253>
- Ahler, D. J., y Sood, G. (2023). Typecast: A routine mental shortcut causes party stereotyping. *Political Behavior*, 45(4), 1581–1607. <https://doi.org/10.1007/s11109-022-09780-8>
- Ahler, D. J. (2014). Self-fulfilling misperceptions of public polarization. *The Journal of Politics*, 76(3), 607–620. <https://doi.org/10.1017/s0022381614000085>
- Ahmed, A. M. (2007). Group identity, social distance and intergroup bias. *Journal of Economic Psychology*, 28(3), 324–337. <https://doi.org/10.1016/j.joep.2007.01.007>
- Allen, V. L., y Wilder, D. A. (1975). Categorization, belief similarity, and intergroup discrimination. *Journal of Personality and Social Psychology*, 32(6), 971–977. <http://dx.doi.org/10.1037/0022-3514.32.6.971>
- Allport, G. W. (1954). *The nature of prejudice*. Addison-Wesley.
- Almagro Holgado, M. (2021). *Seeing hate from afar. The concept of affective polarization reassessed* [Tesis doctoral, Universidad de Granada]. <http://hdl.handle.net/10481/70432>
- Almagro Holgado, M. (2023). Political polarization: Radicalism and immune beliefs. *Philosophy & Social Criticism*, 49(3), 309–331. <https://doi.org/10.1177/01914537211066859>
- Almond, G., y Verba, S. (1963). *The civic culture: Political attitudes and democracy in five nations*. Princeton University Press.
- Ammann, S. L. (2014). Creating partisan footprints: The influence of parental religious socialization on party identification. *Social Science Quarterly*, 95(5), 1360–1380. <https://doi.org/10.1111/ssqu.12097>
- Areal, J. (2024). Beyond disdain: Measurement and consequences of negative partisanship as a social identity. *Electoral Studies*, 90, 102831. <https://doi.org/10.1016/j.electstud.2024.102831>

- Areal, J., y Hartevelde, E. (2024). Vertical vs. horizontal affective polarization: Disentangling feelings towards elites and voters. *Electoral Studies*, 90, 102814. <https://doi.org/10.1016/j.electstud.2024.102814>
- Bakker, B. N., y Lelkes, Y. (2024). Putting the affect into affective polarisation. *Cognition and Emotion*, 38(4), 418–436. <https://doi.org/10.1080/02699931.2024.2362366>
- Balcells, L., y Kuo, A. (2023). Secessionist conflict and affective polarization: Evidence from Catalonia. *Journal of Peace Research*, 60(4). <https://doi.org/10.1177/00223433221088112>
- Balinhas Pérez, D. (2024). *On political polarization: Conceptualizing affective polarization and exploring its causes from a multi-method approach* [Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Barcelona]. <http://hdl.handle.net/10803/691873>
- Bankert, A., Huddy, L., y Rosema, M. (2017). Measuring partisanship as a social identity in multi-party systems. *Political Behavior*, 39, 103–132. <https://doi.org/10.1007/s11109-016-9349-5>
- Bankert, A. (2021). Negative and positive partisanship in the 2016 U.S. presidential elections. *Political Behavior*, 43, 1467–1485. <https://doi.org/10.1007/s11109-020-09599-1>
- Bankert, A. (2022). The personality origins of positive and negative partisanship. *Politics and Governance*, 10(4), 299–310. <https://doi.org/10.17645/pag.v10i4.5719>
- Berntzen, L. E., Kelsall, H., y Hartevelde, E. (2024). Consequences of affective polarization: Avoidance, intolerance and support for violence in the United Kingdom and Norway. *European Journal of Political Research*, 63(3), 927–949. <https://doi.org/10.1111/1475-6765.12623>
- Bishop, B. (2008). *The big sort: Why the clustering of like-minded America is tearing us apart*. Houghton Mifflin Harcourt.
- Boland, F. K., y Davidai, S. (2024). Zero-sum beliefs and the avoidance of political conversations. *Communication Psychology*, 43, 1–11. <https://doi.org/10.1038/s44271-024-00095-4>
- Bolsen, T., Druckman, J. N., y Loxman Cook, F. (2014). The influence of partisan motivated reasoning on public opinion. *Political Behavior*, 36, 235–262. <https://doi.org/10.1007/s11109-013-9238-0>
- Bordalo, P., Coffman, K., Gennaioli, N., y Shleifer, A. (2016). Stereotypes. *The Quarterly Journal of Economics*, 131(4), 1753–1794. <https://doi.org/10.1093/qje/qjw029>

- Brannon, T. N., y Walton, G. M. (2013). Enacting cultural interests: How intergroup contact reduces prejudice by sparking interest in an out-group's culture. *Psychological Science*, 24(10), 1947–1957. <https://doi.org/10.1177/0956797613481607>
- Brewer, M. B. (1999). The psychology of prejudice: Ingroup love and outgroup hate? *Journal of social issues*, 55(3), 429–444. <https://doi.org/10.1111/0022-4537.00126>
- Brown, J. R., y Enos, R. D. (2021). The measurement of partisan sorting for 180 million voters. *Nature Human Behaviour*, 5, 998–1008. <https://doi.org/10.1038/s41562-021-01066-z>
- Brown, R. (2020). The origins of the minimal group paradigm. *History of Psychology*, 23(4), 371–382. <https://doi.org/10.1037/hop0000164>
- Campbell, A., Converse, P. E., Miller, W. E., y Stokes, D. E. (1960). *The American Voter*. Wiley.
- Carlin, R. E., y Love, G. J. (2013). The politics of interpersonal trust and reciprocity: An experimental approach. *Political Behavior*, 35, 43–63. <https://doi.org/10.1007/s11109-011-9181-x>
- Carlin, R. E., y Love, G. J. (2018). Political competition, partisanship and interpersonal trust in electoral democracies. *British Journal of Political Science*, 48(1), 115–139. <https://doi.org/10.1017/s0007123415000526>
- Carlin, R. E., y Love, G. J. (2025). Measuring affective polarization. En M. Torcal y E. Hartevelt (Eds.), *Handbook of affective polarization* (pp. 52–68). Edward Elgar.
- Caruana, N. J., McGregor, R. M., y Stephenson, L. B. (2015). The power of the dark side: Negative partisanship and political behaviour in Canada. *Canadian Journal of Political Science*, 48(4), 771–789. <https://doi.org/10.1017/s0008423914000882>
- CEMOP (2021). *I Encuesta Nacional de Polarización Política*. <https://www.cemopmurcia.es/estudios-informes/estudios-de-polarizacion/>
- CEMOP (2022). *II Encuesta Nacional de Polarización Política*. <https://www.cemopmurcia.es/estudios-informes/estudios-de-polarizacion/>
- CEMOP (2023). *III Encuesta Nacional de Polarización Política*. <https://www.cemopmurcia.es/estudios-informes/estudios-de-polarizacion/>
- Chambers, J. R., y Melnyk, D. (2006). Why do I hate thee? Conflict misperceptions and intergroup mistrust. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 32(10), 1295–1311. <https://doi.org/10.1177/0146167206289979>

- Chen, M. K., y Rohla, R. (2018). The effect of partisanship and political advertising on close family ties. *Science*, 360(6392), 1020-1024. <https://doi.org/10.1126/science.aag1433>
- Cohen, G. L. (2003). Party over policy: The dominating impact of group influence on political beliefs. *Journal of Personality and Social Psychology*, 85(5), 808-822. <https://doi.org/10.1037/0022-3514.85.5.808>
- Comellas Bonsfills, J. M. (2022a). When polarised feelings towards parties spread to voters: The role of ideological distance and social sorting in Spain. *Electoral Studies*, 79, 102525. <https://doi.org/10.1016/j.electstud.2022.102525>
- Comellas Bonsfills, J. M. (2022b). *Causes and consequences of affective polarisation in comparative perspective* [Tesis doctoral, Universidad Pompeu Fabra]. <http://hdl.handle.net/10803/674083>
- Comellas Bonsfills, J. M., y Torcal, M. (2023). Ideological identity, issue-based ideology and bipolar affective polarization in multiparty systems: The cases of Argentina, Chile, Italy, Portugal and Spain. *Electoral Studies*, 83, 102615. <https://doi.org/10.1016/j.electstud.2023.102615>
- Comellas Bonsfills, J. M., y Torcal, M. (2025). Longitudinal study on the dynamic relationship between affective polarization and radical right's emergence: The case of VOX in Spain. *Political Studies*. Online First. <https://doi.org/10.1177/00323217251340890>
- Connors, E. C. (2023). Social desirability and affective polarization. *Public Opinion Quarterly*, 87(4), 911-934. <https://doi.org/10.1093/poq/nfad053>
- Coser, L. (1961). *Las funciones del conflicto social*. Fondo de Cultura Económica.
- Costa, M. (2025). *How politicians polarize. Political Representation in an Age of Negative Partisanship*. The University of Chicago Press.
- Crespo-Martínez, I., Rojo-Martínez, J. M., y Mora-Rodríguez, A. (2021). La falsa percepción sobre las creencias de los otros. *Más Poder Local*, 45, 75-94.
- Crespo-Martínez, I., y Mora, A. (2022). El auge de la extrema derecha en Europa: El caso de Vox en la Región de Murcia. *Política y Sociedad*, 59(3), e75974. <https://doi.org/10.5209/poso.75974>
- Crespo-Martínez, I., Mora-Rodríguez, A., y Rojo-Martínez, J. M. (2024a). Political identity bias in interpersonal attitudes: Explaining affective polarisation in the 2023 Spanish general election. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 56, 233-241. <https://doi.org/10.14349/r1p.2024.v56.23>

- Crespo-Martínez, I., Mora-Rodríguez, A., y Rojo-Martínez, J. M. (2024b). Misperceptions and affective polarization: Evidence from Spain. *Revista Internacional de Sociología*, 82(4), e260. <https://doi.org/10.3989/ris.2024.82.4.1299>
- Crespo-Martínez, I., Melero-López, I., Mora-Rodríguez, A., y Rojo-Martínez, J. M. (2024c). Política, uso de medios y polarización afectiva en España. *Revista Mediterránea de Comunicación*, 15(2), e26681. <https://doi.org/10.14198/MEDCOM.26681>
- Crespo-Martínez, I., Mora-Rodríguez, A., y Rojo-Martínez, J. M. (2025a). The emotional consequences of negative personalist framing in the 2023 Spanish general election. *Frontiers in Political Science*, 7, 1603646. <https://doi.org/10.3389/fpos.2025.1603646>
- Crespo-Martínez, I., Mora-Rodríguez, A., y Rojo-Martínez, J. M. (2025b). No es el qué, es el quién: La importancia del líder político para la aceptación del mensaje. *Revista Latina de Comunicación*, 83, 1–22. <https://doi.org/10.4185/rlcs-2025-2354>
- Cuéllar Rivero, R. (2025). *Dieta mediática y polarización afectiva en España: Sobre el afecto y rechazo hacia líderes políticos a causa del uso de medios de comunicación* [Tesis doctoral, Universidad de Salamanca]. <http://hdl.handle.net/10366/166519>
- Davis, M. (2005). Is Spain recovering its memory? Breaking the pacto del olvido. *Human Rights Quarterly*, 27(3), 858–880. <https://dx.doi.org/10.1353/hrq.2005.0034>
- Dalton, R. J., McAllister, I., y Wattenberg, M. P. (2000). The consequences of partisan dealignment. In R. J. Dalton y M. P. Wattenberg (Eds.), *Parties without partisans: Political change in advanced industrial democracies* (pp. 37–63). Oxford University Press.
- Dalton, R. J. (2012). *The apartisan American: Dealignment and the transformation of electoral politics*. CQ Press/Sage.
- del Castillo, P. (1990). Aproximación al estudio de la identificación partidista en España. *Revista de Estudios Políticos*, 70, 125–142.
- Dias, N., y Lelkes, Y. (2022). The nature of affective polarization: Disentangling policy disagreement from partisan identity. *American Journal of Political Science*, 66(3), 775–790. <https://doi.org/10.1111/ajps.12628>
- Druckman, J. N., y Levendusky, M. S. (2019). What do we measure affective polarization? *Public Opinion Quarterly*, 83(1), 114–122. <https://doi.org/10.1093/poq/nfz003>
- Druckman, J. N., Klar, S., Krupnikov, Y., Levendusky, M. S., y Ryan, J. B. (2022). (Mis)estimating affective polarization. *The Journal of Politics*, 84(2). <https://doi.org/10.1086/715603>

- Elster, J. (1996). Rationality and the emotions. *The Economic Journal*, 106(438), 1386–1397. <https://doi.org/10.2307/2235530>
- Enders, A. M., y Armaly, M. T. (2019). The differential effects of actual and perceived polarization. *Political Behavior*, 41, 815–839. <https://doi.org/10.1007/s11109-018-9476-2>
- Fernbach, P. M., y Van Boven, L. V. (2022). False polarization: Cognitive mechanisms and potential solutions. *Current Opinion in Psychology*, 43, 1–6. <https://doi.org/10.1016/j.copsy.2021.06.005>
- Fierman, J. (2021). Peronism is a sentiment. En K. Silva-Torres, C. Rozo-Higuera, & D. S. Leon (Eds.), *Social and political transitions during the left turn in Latin America* (pp. 183–205). Routledge.
- Finkel, E. J., Bail, B. A., Cikara, M., Ditto, P. H., Iyengar, S., Klar, S., Mason, L., McGrath, M. C., Nyhan, B., Rand, D. G., Skitka, L. J., Tucker, J. A., Van Bavel, J. J., Wang, C. S., y Druckman, J. N. (2020). Political sectarianism in America. *Science*, 370, 533–536. <https://doi.org/10.1126/science.abe1715>
- Fiorina, M. P., y Abrams, S. J. (2008). Political polarization in the American public. *Annual Review of Political Science*, 11(1), 563–588. <https://doi.org/10.1146/annurev.polisci.11.053106.153836>
- Flynn, D. J., Nyhan, B., y Reifler, J. (2017). The nature and origins of misperceptions: Understanding false and unsupported beliefs about politics. *Political Psychology*, 38(1), 127–150. <https://doi.org/10.1111/pops.12394>
- Galais, C., y Balinhas Pérez, D. (2025). Affective polarization in the face of crisis: The impact of the COVID-19 pandemic and de-escalation policies in Spain. *International Journal of Public Opinion Research*, 37(1), edae059. <https://doi.org/10.1093/ijpor/edae059>
- Garmendia Madariaga, A., y Riera, P. (2022). Territorial polarisation after radical parties' breakthrough in Spain. *South European Society and Politics*, 27(1), 51–73. <https://doi.org/10.1080/13608746.2022.2038943>
- Garrido-Rubia, A., Martínez-Rodríguez, M. A., y Mora-Rodríguez, A. (2022). Partidos spin-off, partidos nicho y derecha radical: El caso de Vox en España. *Revista internacional de Sociología*, 80(2), e207. <https://doi.org/10.3989/ris.2022.80.2.21.10>
- Garrett, R. K., Gvirsman, S. D., Johnson, B. K., Tsifti, Y., Neo, R., y Dal, A. (2014). Implications of pro- and counterattitudinal information exposure for affective polarization. *Human Communication Research*, 40(3), 309–332. <https://doi.org/10.1111/hcre.12028>

- Garrett, R. K., Long, J. A., y Jeong, M. S. (2019). From partisan media to misperception: Affective polarization as mediator. *Journal of Communication*, 69(5), 490–512. <https://doi.org/10.1093/joc/jqz028>
- Garrett, K. N., y Bankert, A. (2020). The moral roots of partisan division: How moral conviction heightens affective polarization. *British Journal of Political Science*, 50(2), 621–640. <https://doi.org/10.1017/s000712341700059x>
- Gidron, N., Adams, J., y Horne, W. (2020). *American affective polarization in comparative perspectives*. Cambridge University Press.
- Gidron, N., Adams, J., y Horne, W. (2023). Who dislikes whom? Affective polarization between pairs of parties in Western democracies. *British Journal of Political Science*, 53(3), 997–1015. <https://doi.org/10.1017/S0007123422000394>
- Garzia, D., y Ferreira da Silva, F. (2022). The electoral consequences of affective polarization? Negative voting in the 2020 US presidential election. *American Politics Research*, 50(3), 303–311. <https://doi.org/10.1177/1532673X221074633>
- Greene, S. (2004). Social identity theory and party identification. *Social Science Quarterly*, 85(1), 136–153. <https://doi.org/10.1111/j.0038-4941.2004.08501010.x>
- Greenwald, A. G., y Pettigrew, T. F. (2014). With malice toward none and charity for some: Ingroup favoritism enables discrimination. *American Psychologist*, 69(7), 669–684. <https://doi.org/10.1037/a0036056>
- Harel, T. O., Jameson, J. K., y Maoz, I. (2020). The normalization of hatred: Identity, affective polarization, and dehumanization on Facebook in the context of intractable political conflict. *Social Media + Society*, 6(2). <https://doi.org/10.1177/2056305120913983>
- Harteveld, E. (2021). Ticking all the boxes? A comparative study of social sorting and affective polarization. *Electoral Studies*, 72, 102337. <https://doi.org/10.1016/j.electstud.2021.102337>
- Harteveld, E., Mendoza, P., y Rooduijn, M. (2022). Affective polarization and the populist radical right: Creating the hating? *Government and Opposition*, 57(4), 703–727. <https://doi.org/10.1017/gov.2021.31>
- Harteveld, E., y Wagner, M. (2023). Does affective polarisation increase turnout? Evidence from Germany, The Netherlands and Spain. *West European Politics*, 46(4), 732–759. <https://doi.org/10.1080/01402382.2022.2087395>
- Hartman, R., Hester, N., y Gray, K. (2023). People see political opponents as more stupid than evil. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 49(7), 1014–1027. <https://doi.org/10.1177/01461672221089451>

- Hogg, M. A. (2000). Social identity and social comparison. En J. Suls y L. Wheeler (Eds.), *Handbook of social comparison: Theory and research* (pp. 401–421). Kluwer Academic Publishers. https://doi.org/10.1007/978-1-4615-4237-7_19
- Hong, Y.-Y., Coleman, J., Chan, G., Wong, R. Y. M., Chiu, C., Hansen, I. G., Lee, S.-L., Tong, Y.-Y., y Fu, H.-Y. (2004). Predicting Intergroup Bias: The Interactive Effects of Implicit Theory and Social Identity. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 30(8), 1035-1047. <https://doi.org/10.1177/0146167204264791>
- Huber, G. A., y Malhotra, N. (2017). Political homophily in social relationships: Evidence from online dating behavior. *The Journal of Politics*, 79(1), 269–283. <https://doi.org/10.1086/687533>
- Hudde, A., y Grunow, D. (2025). Why do partners often prefer the same political parties? Evidence from couples in Germany. *Social Forces*, 103(4), 1581-1603. <https://doi.org/10.1093/sf/soae133>
- Huddy, L., Mason, L., y Aarøe, C. (2015). Expressive partisanship: Campaign involvement, political emotion, and partisan identity. *American Political Science Review*, 109(1), 1–17. <https://doi.org/10.1017/S0003055414000604>
- Huddy, L., y Yair, O. (2021). Reducing affective polarization: Warm group relations or policy compromise? *Political Psychology*, 42(2), 291–309. <https://doi.org/10.1111/pops.12699>
- Iyengar, S., Sood, G., y Lelkes, Y. (2012). Affect, not ideology: A social identity perspective on polarization. *Public Opinion Quarterly*, 76(3), 405–431. <https://doi.org/10.1093/poq/nfs038>
- Iyengar, S., y Westwood, S. J. (2015). Fear and loathing across party lines: New evidence on group polarization. *American Journal of Political Science*, 59(3), 690–707. <https://doi.org/10.1111/ajps.12152>
- Iyengar, S., Lelkes, Y., Levendusky, M., Malhotra, N., y Westwood, S. J. (2019). The origins and consequences of affective polarization in the United States. *Annual Review of Political Science*, 22, 129–146. <https://doi.org/10.1146/annurev-polisci-051117-073034>
- Iyengar, S. (2024). Fear and loathing in American politics: A review essay. *Revista Internacional de Sociología*, 82(4), 7. <https://doi.org/10.3989/ris.2024.82.4.1303>
- Iyengar, S., y Wagner, M. (2025). Conceptualizing affective polarization. En M. Torcal y E. Hartevelt (Eds.), *Handbook of affective polarization* (pp. 36–54). Edward Elgar.
- Jaime Castillo, A. (2000). Familia y socialización política: La transmisión de orientaciones ideológicas en el seno de la familia española. *REIS: Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 92, 71–92.

- Jang, S. J., y Chang, H. (2021). Non-political consequences of partisan polarization. *The Journal of Inequality and Democracy*, 4(1), 1–19.
- Jetten, J., Spears, R., y Manstead, A. S. (1996). Intergroup norms and intergroup discrimination: Distinctive self-categorization and social identity effects. *Journal of Personality and Social Psychology*, 71(6), 1222. <https://doi.org/10.1037/0022-3514.71.6.1222>
- Kekkonen, A., y Ylä-Anttila, T. (2021). Affective blocs: Understanding affective polarization in multiparty systems. *Electoral Studies*, 72, 102367. <https://doi.org/10.1016/j.electstud.2021.102367>
- Kekkonen, A., Suuronen, A., Kawecki, D., y Strandberg, K. (2022). Puzzles in affective polarization research: Party attitudes, partisan social distance, and multiple party identification. *Frontiers in Political Science*, 4, 920567. <https://doi.org/10.3389/fpos.2022.920567>
- Klein, E. (2021). *Por qué estamos polarizados*. Capitán Swing Libros.
- Klofstad, C. A., McDermott, R., y Hatemi, P. K. (2013). The dating preferences of liberals and conservatives. *Political Behavior*, 35(3), 519–538. <https://doi.org/10.1007/s11109-012-9207-z>
- Labanyi, J. (2008). The politics of memory in contemporary Spain. *Journal of Spanish Cultural Studies*, 9(2), 119–125. <https://doi.org/10.1080/14636200802283621>
- Landy, D., Guay, B., y Marghetis, T. (2018). Bias and ignorance in demographic perception. *Psychonomic Bulletin & Review*, 25(5), 1606–1618. <https://doi.org/10.3758/s13423-017-1360-2>
- Lawall, K. (2022). *Hate trumps love? The implications of negative partisanship for voters and political parties* [Tesis doctoral, London School of Economics and Political Science]. <http://dx.doi.org/10.21953/lse.00004434>
- Lawall, K., Turnbull-Dugarte, S. J., Foos, F., y Townsley, J. (2025). Negative political identities and costly political action. *The Journal of Politics*, 87(1), 291–305. <https://doi.org/10.1086/730718>
- Lees, J., y Cikara, M. (2021). Understanding and combating misperceived polarization. *Philosophical Transactions of the Royal Society B*, 376(1822), 20200143. <https://doi.org/10.1098/rstb.2020.0143>
- Levendusky, M. S., y Malhotra, N. (2016). (Mis)perceptions of partisan polarization in the American public. *Public Opinion Quarterly*, 80(1), 378–391. <https://doi.org/10.1093/poq/nfv045>

- Levendusky, M. S. y Stecula, D. A. (2021). *We need to talk: How cross-party dialogue reduces affective polarization*. Cambridge University Press.
- Levin, S. A., y Weber, E. U. (2024). Polarization and the psychology of collectives. *Perspectives on Psychological Science*, 19(2), 335–343. <https://doi.org/10.1177/17456916231186614>
- Lorenzo-Rodríguez, J., y Torcal, M. (2022). Twitter and affective polarisation: Following political leaders in Spain. *South European Society and Politics*, 27(1), 97–123. <https://doi.org/10.1080/13608746.2022.2047554>
- Linz, J. J. (1987). *La quiebra de las democracias*. Alianza.
- Maggiotto, M. A., y Piereson, J. E. (1977). Partisan identification and electoral choice: The hostility hypothesis. *American Journal of Political Science*, 21(4), 745–767. <https://doi.org/10.2307/2110735>
- Marcuse, H. (1968). *Repressive tolerance*. Berkeley Commune.
- Martherus, J. L., Martinez, A. G., Piff, P. K., y Theodoridis, A. G. (2021). Party animals? Extreme partisan polarization and dehumanization. *Political Behavior*, 43(2), 517–540. <https://doi.org/10.1007/s11109-019-09559-4>
- Martin, G. J., y Webster, S. W. (2020). Does residential sorting explain geographic polarization? *Political Science Research and Methods*, 8(2), 215–231. <https://doi.org/10.1017/psrm.2018.44>
- Martin, D., y Nai, A. (2024). Deepening the rift: Negative campaigning fosters affective polarization in multiparty elections. *Electoral Studies*, 87, 102745. <https://doi.org/10.1016/j.electstud.2024.102745>
- Martin-Gutierrez, S., Robles Morales, J. M., Torcal, M., Losada, J. C., y Benito, R. M. (2024). In-party love spreads more efficiently than out-party hate in online communities. *Scientific Reports*, 14(1), 15700. <https://doi.org/10.1038/s41598-024-65688-9>
- Mason, L., y Wronski, J. (2018). One tribe to bind them all: How our social group attachments strengthen partisanship. *Political Psychology*, 39, 257–277. <https://doi.org/10.1111/pops.12485>
- Mason, L. (2015). “I disrespectfully agree”: The differential effects of partisan sorting on social and issue polarization. *American Journal of Political Science*, 59(1), 128–145. <https://doi.org/10.1111/ajps.12089>
- Mason, L. (2018). *Uncivil agreement. How politics become our identity*. University of Chicago Press.

- Mayer, S. J. (2017). How negative partisanship affects voting behavior in Europe: Evidence from an analysis of 17 European multi-party systems with proportional voting. *Research & Politics*, 4(1), 2053168016686636. <https://doi.org/10.1177/2053168016686636>
- Mayer, S. J., y Russo, L. (2024). What one is not: A new scale to measure negative party identity in multiparty systems. *Quality & Quantity*, 58(3), 2887–2906. <https://doi.org/10.1007/s11135-023-01793-7>
- McConell, C., Margalit, Y., Malhotra, N., y Levendusky, M. (2018). The economic consequences of partisanship in a polarized era. *American Journal of Political Science*, 62(1), 5–18. <https://doi.org/10.1111/ajps.12330>
- McMurtrie, B., Philipp, M., Hebden, R., y Williams, M. (2024). Development and validation of the Affective Polarization Scale. *International Review of Social Psychology*, 37(1). <https://doi.org/10.5334/irsp.926>
- Meléndez, C., y Kaltwasser, C. R. (2021). Negative partisanship towards the populist radical right and democratic resilience in Western Europe. *Democratization*, 28(5), 949–969. <https://doi.org/10.1080/13510347.2021.1883002>
- Melero-López, I., Quiles Bailén, M., y López Palazón, M. I. (2024). Beyond ideology: The influence of media diet on affective polarization in Spain. *Revista Internacional de Sociología*, 82(4), e263. <https://doi.org/10.3989/ris.2024.82.4.1301>
- Miller, K. P., Brewer, M. B., y Arbuckle, N. L. (2009). Social identity complexity: Its correlates and antecedents. *Group Processes & Intergroup Relations*, 12(1), 79–94. <https://doi.org/10.1177/1368430208098778>
- Miller, P. R., y Conover, P. J. (2015). Red and blue states of mind: Partisan hostility and voting in the United States. *Political Research Quarterly*, 68(2), 225–239. <https://doi.org/10.1177/1065912915577208>
- Miller, L. (2023). *Polarizados. La política que nos divide*. Ediciones Deusto.
- Moore, C. W. (1995). *El proceso de mediación: Métodos prácticos para la resolución de conflictos*. Ediciones Granica.
- Mullen, B., Brown, R., y Smith, C. (1992). Ingroup bias as a function of salience, relevance, and status: An integration. *European Journal of Social Psychology*, 22(2), 103–122. <https://doi.org/10.1002/ejsp.2420220202>
- Mummolo, J., y Nall, C. (2017). Why partisans do not sort: The constraints on political segregation. *The Journal of Politics*, 79(1), 45–59. <https://doi.org/10.1086/687569>
- Mutz, D. C. (2002). Cross-cutting social networks: Testing democratic theory in practice. *American Political Science Review*, 96(1), 111–126. <https://doi.org/10.1017/s0003055402004264>

- Nai, A., y Maier, J. (2023). Mediatized campaign attacks fuel affective polarization if perceived as negative: Experimental evidence with American voters. *International Journal of Communication (19328036)*, 17.
- Nordbrandt, M. (2022). Affective polarization in crosscutting communication networks: Offline and online evidence from Spain. *Frontiers in Political Science*, 4, 921188. <https://doi.org/10.3389/fpos.2022.921188>
- Norman, J. M., y Green, B. (2025). Why can't we be friends? Untangling conjoined polarization in America. *Political Psychology*. Early View. <https://doi.org/10.1111/pops.13084>
- Öhberg, P., y Cassel, F. (2023). Election campaigns and the cyclical nature of emotions. How politicians engage in affective polarization. *Scandinavian Political Studies*, 46(3), 219–240. <https://doi.org/10.1111/1467-9477.12258>
- Orr, L. V., y Huber, G. A. (2020). The policy basis of measured partisan animosity in the United States. *American Journal of Political Science*, 64(3), 569–586. <https://doi.org/10.1111/ajps.12498>
- Orr, L. V., y Huber, G. A. (2021). Measuring misperceptions: Limits of party-specific stereotype reports. *Public Opinion Quarterly*, 85(4), 1076–1091. <https://doi.org/10.1093/poq/nfab062>
- Orriols, L. (2010). Social spending, partisan bias and vote choice. Evidence from the US. *Electoral Studies*, 29(1), 54–65. <https://doi.org/10.1016/j.electstud.2009.07.004>
- Orriols, L., y León, S. (2022). Looking for affective polarisation in Spain: PSOE and Podemos from conflict to coalition. En A. Bosco y S. Verney (Eds.), *The politics of polarisation* (pp. 98–126). Routledge.
- Orriols, L. (2023). *Democracia de trincheras: Por qué votamos a quienes votamos*. Ediciones Península.
- Padró-Solanet, A., y Balcels, J. (2024). Media diet and polarisation: Evidence from Spain. En M. Torcal (Ed.), *Affective polarisation in Spain: Electoral, regional and media conflictuality* (pp. 74–94). Routledge.
- Palacios-Brihuega, I., Garrido-Rubia, A., y Martínez-Rodríguez, M.A. (2024). How polarization, populist attitudes, and cultural backlash affect citizens' support for democracy: Evidence from Spain. *Revista Internacional de Sociología*, 82(4), e262. <https://doi.org/10.3989/ris.2024.82.4.1304>
- Pérez-Rajó, J. (2025). Does populism fuel affective polarization? An individual-level panel data analysis. *Political Studies*, 73(1), 29–54. <https://doi.org/10.1177/00323217231224579>

- Pettigrew, T. F., y Tropp, L. R. (2006). A meta-analytic test of intergroup contact theory. *Journal of Personality and Social Psychology*, 90(5), 751. <https://doi.org/10.1037/0022-3514.90.5.751>
- Popper, K. (2017). *La sociedad abierta y sus enemigos*. Paidós.
- Reddan, M. C., Wager, T. D., y Schiller, D. (2018). Attenuating neural threat expression with imagination. *Neuron*, 100(4), 994-1005. <https://doi.org/10.1016/j.neuron.2018.10.047>
- Reiljan, A. (2020). “Fear and loathing across party lines” (also) in Europe: Affective polarisation in European party systems. *European Journal of Political Research*, 59(2), 376–396. <https://doi.org/10.1111/1475-6765.12351>
- Rekker, R. (2024). Factual belief polarization between Democrats and Republicans: Source or epiphenomenon of ideological and affective polarization? *Frontiers in Political Science*, 6, 1254826. <https://doi.org/10.3389/fpos.2024.1254826>
- Renström, E. A., Bäck, H., y Carroll, R. (2021). Intergroup threat and affective polarization in a multi-party system. *The Journal of Social and Political Psychology*, 9(2), 553–576. <https://doi.org/10.5964/jspp.7539>
- Renström, E. A., Bäck, H., y Carroll, R. (2023). Threats, emotions, and affective polarization. *Political Psychology*, 44(6), 1337–1366. <https://doi.org/10.1111/pops.12899>
- Robinson, R. J., Keltner, D., Ward, A., y Ross, L. (1995). Actual versus assumed differences in construal: “Naive realism” in intergroup perception and conflict. *Journal of Personality and Social Psychology*, 68(3), 404–417. <https://doi.org/10.1037/0022-3514.68.3.404>
- Roccas, S., y Brewer, M. B. (2002). Social identity complexity. *Personality and Social Psychology Review*, 6(2), 88–106. https://doi.org/10.1207/s15327957pspr0602_01
- Rodon, T. (2024). Affective and territorial polarisation: The impact on vote choice in Spain. En M. Torcal (Ed.), *Affective Polarisation in Spain* (pp. 144–166). Routledge.
- Rodríguez, I., Santamaría, D., y Miller, L. (2022). Electoral competition and partisan affective polarisation in Spain. *South European Society and Politics*, 27(1), 27–50. <https://doi.org/10.1080/13608746.2022.2038492>
- Rodríguez-Teruel, J. (2022). Polarisation and electoral realignment: The case of the right-wing parties in Spain. En A. Bosco y S. Verney (Eds.), *The Politics of Polarisation* (pp. 127–156). Routledge.
- Rogowski, J. C., y Sutherland, J. L. (2016). How ideology fuels affective polarization. *Political Behavior*, 38(2), 485–508. <https://doi.org/10.1007/s11109-015-9323-7>

- Rohla, R., Johnston, R., Jones, K., y Manley, D. (2018). Spatial scale and the geographical polarization of the American electorate. *Political Geography*, 65, 117–122. <https://doi.org/10.1016/j.polgeo.2018.05.010>
- Rojo-Martínez, J. M. (2021). Identidad territorial y polarización afectiva en España: una propuesta de análisis. *Más Poder Local*, 45, 95–109.
- Rojo-Martínez, J. M., y Crespo-Martínez, I. (2023). “Lo político como algo personal”. Una revisión teórica sobre la polarización afectiva. *Revista de Ciencia Política*, 43(1), 25–48. <https://doi.org/10.4067/s0718-090x2023005000102>
- Rojo-Martínez, J. M., Crespo-Martínez, I., y Mora-Rodríguez, A. (2023a). Culture wars, perception gap and affective polarization: An approach from the Spanish case. *OBETS. Revista de Ciencias Sociales*, 18(1), 79–96. <https://doi.org/10.14198/obets.21976>
- Rojo-Martínez, J. M., Crespo-Martínez, I., y Mora-Rodríguez, A. (2023b). Dinámicas emocionales intergrupales. Un análisis sobre los rasgos de los electores polarizados afectivamente en España. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 184, 105–124 <https://doi.org/10.5477/cis/reis.184.105>
- Rojo-Martínez, J. M. (2025a). Far away? How misperceived polarization fuels affective polarization in Spain. *Papers*, 110(3), e3363. <https://doi.org/10.5565/rev/papers.3363>
- Rojo-Martínez, J. M. (2025b). Amor y política: Polarización afectiva y relaciones de pareja en España. *Revista Española de Sociología*, 34(1), a250. <https://doi.org/10.22325/fes/res.2025.250>
- Rojo-Martínez, J. M. (2025c). Partidismo negativo, derecha radical y voto: Un análisis de su relación en el contexto de las elecciones generales españolas de 2023. *Revista Española de Ciencia Política*, 67, 41–68. <https://doi.org/10.21308/recp.67.02>
- Röllicke, L. (2023). Polarisation, identity and affect: Conceptualising affective polarisation in multi-party systems. *Electoral Studies*, 85, 102655. <https://doi.org/10.1016/j.electstud.2023.102655>
- Romero-Martín, G., Caraballo-Pou, M. Á., y Merchán-Hernández, C. (2024). Individual and institutional dimensions of affective polarisation: A proposal for an analytical framework. *Revista Española de Sociología*, 33(1), a206. <https://doi.org/10.22325/fes/res.2024.206>
- Rubin, M., y Hewstone, M. (1998). Social Identity Theory’s Self-Esteem Hypothesis: A Review and some Suggestions for Clarification. *Personality and Social Psychology Review*, 2(1), 40–62. https://doi.org/10.1207/s15327957pspr0201_3

- Ruckelshaus, J. (2022). What Kind of Identity is Partisan Identity? “Social” versus “Political” Partisanship in Divided Democracies. *American Political Science Review*, 116(4), 1477-1489. <https://doi.org/10.1017/s0003055422000211>
- Rudolph, J., y Hetherington, M. J. (2021). Affective Polarization in Political and Nonpolitical Settings. *International Journal of Public Opinion Research*, 33(3), 591-606. <https://doi.org/10.1093/ijpor/edaa040>
- Russo, L., y Areal, J. (2025). Negative Partisanship and Affective Polarization. En M. Torcal y E. Hartevelde (Eds.), *Handbook of Affective Polarization* (pp. 184-198). Edward Elgar.
- Sartori, G. (2012). *Partidos y sistemas de partidos. Marco para un análisis*. Alianza.
- Schedler, A. (2023). Rethinking Political Polarization. *Political Science Quarterly*, 138(3), 335-359. <https://doi.org/10.1093/psquar/qqad038>.
- Scherer, K. R. (2005). What are Emotions? And How Can They Be Measured? *Social Science Information*, 44(4), 695-729. <https://doi.org/10.1177/0539018405058216>.
- Serani, D. (2023). In-party Like, Out-Party Dislike and Propensity to Vote in Spain. En M. Torcal (Ed.), *Affective Polarisation in Spain* (pp. 122-143). Routledge.
- Smiley, A. H., y Kaiser, C. R. (2025). Partisan Communities and Affective Polarization. *Social Psychological and Personality Science*, 19485506251339520. <https://doi.org/10.1177/19485506251339520>
- Soler-Contreras, A., y López-Palazón, M. I. (2025). La polarización afectiva en España: 4 años de investigación a través de las Encuestas Nacionales de Polarización Política del CEMOP. *Más Poder Local*, 59, 75-101. <https://doi.org/10.56151/maspoderlocal.270>
- Stecula, D. (2025). Interventions targeting affective polarization: intergroup contact. En M. Torcal y E. Hartevelde (Eds.), *Handbook of affective polarization* (pp. 429-444). Edward Elgar.
- Stephan, W. G., Ybarra, O., y Rios, K. (2015). Intergroup Threat Theory. En T. D. Nelson (Ed.), *Handbook of Prejudice, Stereotyping, and Discrimination* (pp. 255-278). Psychology Press.
- Stiglitz, J. E. (2003). *Los felices 90: la semilla de destrucción*. Taurus.
- Tajfel, H., Billig, M. G., Bundy, R. P., y Flament, C. (1971). Social Categorization and Intergroup Behaviour. *European Journal of Social Psychology*, 1(2), 149-178. <https://doi.org/10.1002/ejsp.2420010202>

- Tajfel, H., y Turner, J. C. (1979). An Integrative Theory of Intergroup Conflict. En W. G. Austin y S. Worchel (Eds.), *The Social Psychology of Intergroup Relations* (pp. 33-47). Brooks/Cole.
- Tajfel, H. (1981). *Human Groups and Social Categories*. Cambridge University Press.
- Tichelbaecker, T., Gidron, N., Horne, W., y Adams, J. (2023). What do We Measure when We Measure Affective Polarization across Countries? *Public Opinion Quarterly*, 87(3), 803-815. <https://doi.org/10.1093/poq/nfad033>
- Tilley, J., y Hobolt, S. B. (2025). The Effect of Politically Homogenous Neighbourhoods on Affective Polarization: Evidence from Britain. *European Journal of Political Research*, 64(2), 930-942. <https://doi.org/10.1111/1475-6765.12720>
- Titelman, N. (2023). Class, Ethnicity, Age or Education: What Characteristics Determine Citizens' Sense of Political Commonality?. *British Journal of Political Science*, 53(2), 806-814. <https://doi.org/10.1017/S0007123422000503>
- Torcal, M., Montero, J. R., y Gunther, R. (2003). Ciudadanos y partidos en el sur de Europa: los sentimientos antipartidistas. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 101, 9-48. <https://doi.org/10.5477/cis/reis.101.9>
- Torcal, M., Santana, A., Carty, E., y Comellas-Bonsfills, J. M. (2020). Political and Affective Polarisation in a Democracy in Crisis: The E-Dem panel survey dataset. *Data in Brief*, 32, 106059. <https://doi.org/10.1016/j.dib.2020.106059>
- Torcal, M., y Carty, E. (2024). Partisan Sentiments and Political Trust: A Longitudinal Study of Spain. En M. Torcal (Ed.), *Affective Polarisation in Spain: Electoral, Regional and Media Conflictuality* (pp. 167-192). Routledge.
- Torcal, M., y Comellas Bonsfills, J. M. (2024). Introduction: Affective Polarisation in Times of Political Instability and Conflict. Spain from a Comparative Perspective. En M. Torcal (Ed.), *Affective Polarisation in Spain: Electoral, Regional and Media Conflictuality* (pp. 1-26). Routledge.
- Torcal, M. (2023). *De votantes a hooligans: La polarización política en España*. Catarata.
- Torcal, M., y Thomson Z. A. (2023). Social trust and affective polarization in Spain. *Electoral Studies*, 81, 102582. <https://doi.org/10.1016/j.electstud.2023.102582>
- Turnbull-Dugarte, S. J. (2019). Explaining the End of Spanish Exceptionalism and Electoral Support for Vox. *Research & Politics*, 6(2), 2053168019851680. <https://doi.org/10.1177/2053168019851680>
- Turnbull-Dugarte, S. J., Rama, J., y Santana, A. (2020). The Baskerville's Dog Suddenly Started Barking: Voting for VOX in the 2019 Spanish General Elections. *Political Research Exchange*, 2(1), 1781543. <https://doi.org/10.1080/2474736x.2020.1781543>

- Turnbull-Dugarte, S. J., y López Ortega, A. (2025). Far Right Normalization & Centrifugal Affect. Evidence from the Dating Market. *The Journal of Politics*, Just Accepted. <https://doi.org/10.1086/736698>
- Tyler, M., e Iyengar, S. (2023). Learning to Dislike your Opponents: Political Socialization in the Era of Polarization. *American Political Science Review*, 117(1), 347-354. <https://doi.org/10.1017/s000305542200048x>
- Valentim, V. (2024). Political stigma and preference falsification: theory and observational evidence. *The Journal of Politics*, 86(4), 1382-1402. <https://doi.org/10.1086/729966>
- Van Bavel, J. J., Xiao, Y. J., y Hackel, L. M. (2013). Social Identity Shapes Social Perception and Evaluation: Using Neuroimaging to Look inside the Social Brain. En B. Derks, D. Scheepers y N. Ellemers (Eds.), *Neuroscience of Prejudice and Intergroup Relations* (pp. 110-129). Psychology Press. <https://doi.org/10.4324/9780203124635>
- Van Boven, L., Judd, C. M., y Sherman, D. K. (2012). Political Polarization Projection: Social Projection of Partisan Attitude Extremity and Attitudinal Processes. *Journal of Personality and Social Psychology*, 103(1), 84. <https://doi.org/10.1037/a0028145>
- Van Wessel, M. (2010). Political Disaffection: What We Can Learn from Asking the People. *Parliamentary Affairs*, 63(3), 504-523. <https://doi.org/10.1093/pa/gsq004>
- Wagner, M. (2021). Affective Polarization in Multiparty Systems. *Electoral Studies*, 69, 102199. <https://doi.org/10.1016/j.electstud.2020.102199>
- Wagner, M. (2024). Affective Polarization in Europe. *European Political Science Review*, 16(3), 378-392. <https://doi.org/10.1017/S1755773923000383>
- Webster, S. W., y Abramowitz, A. I. (2017). The Ideological Foundations of Affective Polarization in the US Electorate. *American Politics Research*, 45(4), 621-647. <https://doi.org/10.1177/1532673X17703132>
- West, E. A., e Iyengar, S. (2022). Partisanship as a Social Identity: Implications for Polarization. *Political Behavior*, 44(2), 807-838. <https://doi.org/10.1007/s11109-020-09637-y>
- Westwood, S. J., Iyengar, S., Walgrave, S., Leonisio, R., Miller, L., y Strijbis, O. (2018). The Tie that Divides: Cross-National Evidence of the Primacy of Partyism. *European Journal of Political Research*, 57(2), 333-354. <https://doi.org/10.1111>
- Wojcieszak, M., y Garrett, R. K. (2018). Social identity, selective exposure, and affective polarization: How priming national identity shapes attitudes toward immigrants via news selection. *Human Communication Research*, 44(3), 247-273. <https://doi.org/10.1093/hcr/hqx010>

- Yudkin, D., Hawkins, S., y Dixon, T. (2019). *The Perception Gap: How false impressions are pulling Americans apart*. More in Common. <https://doi.org/10.31234/osf.io/r3h5q>
- Zingher, J. N., y Flynn, M. E. (2018). From on high: The effect of elite polarization on mass attitudes and behaviors, 1972–2012. *British Journal of Political Science*, 48(1), 23–45. <https://doi.org/10.1017/s0007123415000514>